2008 Ministerio de Cultura

2008 Ministerio de Cultura

AÑO 9.º

NÚM. 98.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

FEBRERO 1897

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.

2008 Ministerio de Cultura

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

2008 Ministerio de Cultura

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

VI

Naturalmente, la cita de Felipe hizo olvidar á Rosario la del bohemio. ¿Quién se para en citas de Yalomitsa? ¿Qué podrá él tener que decir que valga un pito? Seguramente alguna chismografía contra Lapamelle, á quien no tragaba; alguna murmuración recogida en los talleres, y referente al nuevo cuadro de Viodal..... Esto debiera ocurrírsele á Rosario, pero convengamos en que ni esto se le ocurrió. Su felicidad absorbente disipó las demás preocupaciones. Sólo cuando ya se vió cerca del momento decisivo sondeó la profundidad del sentimiento que consagraba á Felipe. No podía sospechar que fuese tan inmensa. Se asustó casi. Como el que recuenta su caudal y se admira de encontrarse más rico de lo que suponía, Rosario se admiraba de la cantidad de ilusión que cabía en su alma, virgen y ardorosa á la vez. La única espina era el recuerdo de Viodal. No había más remedio que enterarle, y Rosario sabía muy bien que le daba una puñalada en el corazón. El mismo exceso de su amor, los recuerdos vibrantes y deliciosos del coloquio bajo el cedro, contribuían á despertar, por comparación involuntaria, su piedad y su estéril afecto hacia el pintor. Juzgaba del daño ajeno por el propio, y la embargaba una lástima dolorosa. ¿Por qué un horizonte para ella tan hermoso había de ser para otro tan triste y nublado?

2008 Ministerio de Cultura

No era posible ocultar á Viodal la verdad. Felipe exigía que, en lo sucesivo, se viesen libremente, hasta el momento de la boda, y deseaba que cuanto antes Rosario le participase la conformidad de su tío. El día que siguió á la entrevista en el Jardin, de mañana, Rosario andaba dando vueltas por el taller, recogida la copiosa mata de pelo con una flecha de oro, vestida una bata japonesa, azul pálido, bordada de flores de cerezo, que sujetaba flojamente al talle una banda roja de crespón. Su pie inverosímil, se escapaba de la babucha turca, y taconeaba impaciente, nervioso. Maldito si sabía Rosario cómo empezar. Las primeras palabras que pronunciase se atravesarían en la laringe. ¡Cómo resonaría, en la atmósfera serena del estudio, ahora que estaban tan completamente solos ella y Viodal, la frase..... "Tío, no sabes..... Tío, tengo que decirte....." Mientras rumiaba el exordio, no podía menos de charlar, murmurando cosas insignificantes, yendo y viniendo de un elemento á otro: "¡Ay, se nos ha muerto una dorada!..... ¡Calle, ya tiene botón la *esterlicia regia!*.... ¡Pobre golondrina de Java! ¡Ha puesto un huevo, tío!..... ¡Mira qué monería!.... ¡En el nido está!....."

Jorge, soltando gustoso los pinceles, corrió á admirar el diminuto huevecillo. Era la sal de su vida, el premio de su labor, la hora bendita del día, aquella en que con Rosario curioseaba y comentaba las novedades de los tres elementos, mientras el cuarto, recién encendido, arrojando llamaradas alegres, empezaba á calentar los ámbitos del dilatado *hall*, tibios ya por el aire que enviaban ocultas tuberías, pues la chimenea sola no era bastante. En tal momento Rosario volvía á ser la bulliciosa y vivaz criatura que había sido á los trece ó catorce años, la que de todo reía, la que en todo se gozaba, la que hacía travesuras, la que no dejaba en paz al tío—un tío relativamente joven, porque solo contaba entonces treinta y pico de años, y ya empezaba á estremecerse si inadvertidamente, en su candor, la niña le echaba los brazos al cuello....—No tardó en prohibir esta familiaridad á Rosario, que le miraba atónita y tardaba en acostumbrarse á obedecer. Después de la prohibición, su instinto de mujercita interpretó pronto la causa. Hoy Viodal había cumplido los cuarenta, y creía haber dominado valerosamente aquel extravío. No era, sin embargo, tan fuerte, que no esperase con ansia los momentos de intimidad de las mañanas en el estudio. Una satisfacción así, pura, sencilla, no la reprobaba su conciencia, y saborea-

2008 Ministerio de Cultura

ba el goce de tener á su lado á la chilena, de verla seguir ansiosa e revoloteo de un colibrí, ó una lucha de monstruos en el seno del acuario..... "Sarito, mi pincel gordo..... allí, á la derecha de la caja..... El secante, Sarito..... Sarito, ayúdame á graduar el caballete.....„ ¡La dicha se funda á veces en tan poca cosa! ¡Las pequeñeces hacen un bien tan grande! El deseo de tener á Rosario encantada y divertida, era lo que había inspirado á Viodal la idea de los *cuatro elementos*. Flores, pájaros y plantas, no hacían sino servir de poético fondo á la juvenil figura.

Entre vueltas y más vueltas, charlando de lo que no le importaba, Rosario no se decidía á empezar. Algo bueno daría por salir del compromiso. Sin embargo, volaba el tiempo. Se le ocurrió entonces un modo indirecto de entablar la conversación peligrosa.

—Oye, tío—preguntó mientras reunía flores en una jarra de Delft,—ese conde de Nordis que presume de guapo, aunque ya le ha pasado el sol por la puerta, ¿trae pretensiones acerca de mí?

—¿Por qué dices eso?—preguntó Viodal volviéndose de súbito.—¿Se ha puesto pesado contigo?

—Un poco—declaró con gentil desvío la muchacha.—Es un pelma, y si vuelve le he de enseñar que no me gusta la gente patosa.

—Rosario—contestó gravemente Viodal,—ó ese hombre no te quiere, y en tal caso poco debe importársete de él, ó te quiere de veras, y entonces merece consideración. ¿Por qué me hablas de Nordis?—añadió sonriendo, con la paleta fija en el pulgar y el mango del pincel rodando entre los dedos.—Bien sé yo que Nordis no te quita el sueño, morena. Otros pensamientos tienes tú.....

—Es cierto, tío—respondió Rosario, asiendo por los cabellos la ocasión.—Perdóname si hasta hoy nada te dije; no me gusta tener secretos contigo; pero como no era todavía cosa formal, ni medio formal.....

Los labios del pintor blanquearon, y tembló el pincel que cogía.

—Según eso..... ¿es formal ahora?

—Formalísimo.....

—¿Bodas?

—Sí.....

—¿Con Felipe María?

Rosario no tuvo fuerzas para contestar sino inclinando la cabeza. Sentía en lo dolorido de la voz, en lo seco de las interrogaciones,

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

2008 Ministerio de Cultura

el sufrimiento apenas reprimido, el odio involuntario, queja y maldición juntamente. Y aquel hombre había sido para ella padre y madre; tal vez había sacrificado al deber de protegerla, á la ilusión de ver en ella una hija, los definitivos lazos que se contraen en la edad viril y son el consuelo de la vejez..... Desde quince ó diez y seis años atrás, desde que una mujer, vestida de luto y con una niña de la mano, había llamado á la puerta del pintor buscando asilo, Jorge Viodal no conocía más ternuras, más esperanzas, que su sobrina Rosario. Recoger el último suspiro de la madre; educar á la criatura, respetándola más que á una hija, porque á la hija se la respeta sin esfuerzo; librar la batalla cuyas huellas y estragos se escriben con prematuras arrugas en sienes y en frente; tal había sido el papel desempeñado por el pintor, y Rosario no lo ignoraba: por eso las palabras se detenían en sus labios, y un círculo de plomo comprimía su corazón. Pero Viodal, con varonil arranque, se levantó, depositando metódicamente los pinceles en la ranura de la caja abierta, colgando la paleta del gancho de níquel; y metiendo las manos en los bolsillos de su batín de terciopelo negro, sacó un cigarrillo, y con ligera ironía, adoptando festivo tono, murmuró:

—¿Esas teníamos, Sarito? ¿Y desde cuándo has arreglado tu boda?

—Tío—respondió ella, acercándose y cruzando las manos.—¡Por Dios, no te enfades conmigo! Ya sabes que si tú me lo prohibes..... no me caso, aunque me muera. ¿Exiges que se acabe todo? Se acaba..... Pero no me quieras mal.

—¿De dónde sacas que te quiero mal?—protestó el pintor, luchando para conservar su sangre fría, y ocupado, al parecer, en encender reposadamente el largo cigarrillo.—Es bien natural que te cases..... y también que yo lo sienta..... es decir, que sienta, no tu casamiento, sino separarme de tí..... Al fin te he tenido en mi compañía más de diez y seis años.

—Pero, tío Jorge—murmuró Rosario, afanosamente,—si no nos separaremos. Me pasaré el día aquí, en el taller, como siempre, limpiándote los pinceles..... cuidando de los pájaros y de las plantas..... ¿Había de dejarte? ¡Me sería imposible!

—Rosario—repuso el pintor, ya dueño de sí mismo;—no te apures, ni des importancia á lo que no la tiene. Te casarás y te irás con tu marido, y me verás ó no me verás; es lo que menos importa.

2008 Ministerio de Cultura

Has elegido, y ni yo ni nadie en el mundo puede oponerse á tu elección. Así como te digo esto, Rosario, hija mía..... yo, que no estoy prendado..... de tu futuro..... que no me ciega la pasion..... lealmente añado que tu elección no te hará dichosa; y esta creencia es lo que me pone así..... triste..... cuando tú rebosas felicidad.

Rosario bajó los ojos de nuevo. Su vanidad mujeril le sugería la maliciosa presunción de que siempre un enamorado es severo crítico del rival dichoso. El pintor debió de adivinar la sospecha de Rosario, y sonrió melancólicamente.

—No hablo de memoria, ni por ningún móvil interesado—continuó,—y es mi deber alegar razones. No has conocido otro padre, y me arrepentiría si por una falsa delicadeza no te previniese cuando corres un peligro. Te amargará la advertencia; peor sería que mañana te amargase la boda.

—Pero, tío..... No entiendo; explícate.

—Ya entenderás..... ¿Conoces los antecedentes de Flaviani?

—¿Los antecedentes?....

—Sabes que el hombre en quien te has fijado, tú, Rosario Quiñones, sobrina de un artista, criada en un taller de pintor, tú, sin bienes y casi sin nacimiento, aunque tengas en las venas algunas gotas de sangre española muy noble, ¿sabes que ese hombre es un hijo de rey?

—Vaya si lo sé.....—contestó Rosario rehaciéndose, resuelta á combatir.—Hijo del rey de Dacia. ¿Eso qué importa? Pero por su madre es de mi misma clase, y aún más abajo; al fin..... la Flaviani..... ¿qué? Una bailarina como la Taglioni ó la Cerito..... ¡Miren qué alcurnia! Todos los días se están viendo bodas desiguales, y felices. Ni he pensado en tal cosa, ni tengo para qué pensar.

—Pues yo no quiero el remordimiento de no haberte llamado la atención, cuando todavía es tiempo de evitar el daño. Se ven enlaces desiguales, es cierto; también lo es que la prudencia los condena; pero la desigualdad entre las clases sociales, cuando consiste en el nacimiento, puede borrarla el genio, la riqueza, el poder, la gloria militar, la artística..... La desigualdad entre la sangre real y otra sangre, jamás se borra. Un hijo de rey no puede casarse sino con hijas ó nietas de reyes. Si toma por esposa á una particular, tarde ó temprano, y generalmente temprano, llega el castigo. Una constante herida del amor propio acaba por ulcerarse y causar la

2008 Ministerio de Cultura

muerte..... la muerte de todo amor, de toda ventura. Si te casas con un hijo de rey, Rosario mía..... tú, que eres tan hermosa, tan digna de un trono..... tú le pesarás bien pronto á tu marido, como pesa una piedra al cuello; tú le humillarás, él se desdeñará de tí. Los reyes no se miden por el mismo rasero que los demás humanos..... Yo te conozco, y sé que este suplicio, para tí, es todavía más intolerable que para otra mujer.

Mientras Viodal revolvía en la herida el cuchillo, el rostro de su sobrina se descomponía por instantes, revelando cruel tortura. Las observaciones del pintor iban derechas á lo más íntimo de su ser moral, á su dignidad, á su generosidad, á la delicadeza de su cariño, á su altivez de española. Mortificada, sintió una cólera injusta contra el que la causaba dolor, y queriendo demostrar que no carecía de armas defensivas, afectó reirse, y alegó estas razones, contrarias á sus opiniones de la víspera:

—Tío, no parece sino que Felipe María Flaviani es, en efecto, un rey, y que al casarme con él me gano una corona. ¡Pobrecillo! Tan lejos está de esas grandezas, que no sólo le niegan el derecho á reinar, sino hasta la legitimidad del nacimiento. ¿Rey Felipe? Él mismo me ha dicho que no se considera más que el hijo *natural,* ¿oye usted?, *natural,* de la Flaviani. Es un bastardo, de quien su padre renegó.

—Pues míralo bien, Rosario; ahí tienes el cuadro de tu porvenir. Eso es lo que te espera á tí, lo que espera á tus hijos. Mañana, á su vez, por razones de Estado ó por razones de soberbia y miseria humana, Felipe María se divorciará, te repudiará, anulará el matrimonio. ¿Pretexto? Siempre hay pretextos. Sobra quien complazca á los grandes y á los poderosos. ¡Pobre chiquilla ilusionada! ¿A que ni te has enterado de la situación del país donde reina el padre de tu futuro? Yo sí..... yo tengo los ojos abiertos, y miro hacia donde tú no miras. Dacia es un país muy viejo y muy nuevo: viejo en tradiciones y leyendas, pero nuevo como nación. En otro tiempo no tenía reyes, sino príncipes soberanos, una cosa semejante á los margraves. Siempre andaba á la greña con los turcos y con los rusos; pero las altas montañas y el valor heroico de los montañeses preservaron su independencia. Hará poco más de un siglo, aliándose con Rusia, derrotó á los turcos, y se constituyó en nación europea. El abuelo del rey actual era todo un hombre; hizo progresar á su

2008 Ministerio de Cultura

patria. Hoy son los dacios un país casi civilizado, hija mía. Si antes sostenían su libertad como bandidos, ahora la sostienen como diplomáticos. No pierden de vista á Rusia, que no les quita ojo á ellos. Rusia se ha gastado bastantes rublos en crear allí un partido ruso, anexionista, y lo capitanea nada menos que el hermano menor del rey, el presunto heredero de la corona. Porque el rey de Dacia, el padre de tu elegido, no tiene hijos de su esposa legítima..... ¿Vas enterándote?

Rosario, inmóvil, aterrada, hizo seña de que sí.

—Entonces, ya adivinas lo que se prepara. Al morir el padre de Felipe, le sucederá el príncipe Aurelio. Rusia le exigirá el cumplimiento de sus compromisos, y la impopularidad de la anexión y del protectorado ruso hará que la mitad del país se levante contra el rey. ¿Qué bandera han de oponerle? La del príncipe Felipe María. Ahí tienes á tu esposo pretendiente á la corona. ¿Y qué alegarán contra él sus adversarios, los amigos de su tío? Siento decírtelo..... Primero recordarán á su madre..... á la Flaviani..... pero esa, desde el otro mundo, poco estorba..... Entonces saldrá su mujer..... "Se ha casado con la sobrina de un pintor....." "Una modelo....." añadirán los malos. "La amiga de Viodal" dirán los peores, los infames. Y publicarán grabados del cuadro de la Samaritana, con este letrero: "Retrato de la futura reina de Dacia, hecho por su tío....."

Rosario, pálida y yerta, abría desmesuradamente los ojos, como el que ve un fantasma..... Cada argumento se hincaba, á guisa de clavo agudo, en su cabeza. No podía desconocer la verdad de las observaciones de Viodal, aunque su engreimiento amoroso no las hubiese previsto, ni quisiese aceptarlas, aun tocándolas con las manos. En vez de revolverse ella contra los hechos, los hechos sordos y fatales se volvían—cosa bien natural, aunque ilógica—contra el que se los denunciaba implacablemente.

Se sublevaba, maldecía; deseaba lastimar á su vez. "Es inícuo,—pensaba,—que me diga estas cosas para desahogar el berrinche de que yo no le haya querido..... como él me quiere. Inícuo..... Se empeña en matarme..... Muerte por muerte, que me la dé Felipe....." Así los dos actores de esta triste escena se engañaban: Viodal, desgarrando el corazón de su sobrina, pensaba obedecer al deseo de salvarla de un desastroso porvenir; Rosario, al recibir sanas advertencias fundadas en la realidad, creía que la destrozaban el alma por envidia y por celos.....

2008 Ministerio de Cultura

—¡Cuánto me pesa afligirte, Rosario!....—murmuró el pintor con súbita y tierna explosión de pena. — Preferiría sufrir yo..... que al fin, tengo costumbre.....

—No me aflijo—exclamó Rosario con esfuerzo heroico.—Me sobra valor. Solo que necesito reflexionar, echar mis cuentas..... Pensaré, tío, pensaré.....

Pasóse la mano por la frente. Sus ojos, como dos negros pájaros, vagaron por el *hall*. Acordóse de que hacía una hora, al entrar allí, la idea de abandonar aquel caprichoso retiro, donde Viodal había reunido lo que más puede agradar y entretener á una mujer joven, la mayor poesía de que se rodea la poesía viviente de la hermosura y los pocos años, había sentido como nunca la gracia, la originalidad y el encanto de los *cuatro elementos,* notando en su espíritu, embriagado de ventura, la lozanía de las flores, el gozoso gorjeo de los pájaros, la misteriosa paz del agua y el amante é íntimo calor del fuego..... Ahora le parecía, por el contrario, que las plantas languidecían, que las aves sufrían de verse cautivas, que las ondas del acuario eran amargo llanto donde se morían los peces desterrados del Océano, y que la llama de la chimenea gótica, al iluminar las figuras grotescas y los místicos personajes de los tapices, descubría siniestras cataduras, ángeles doloridos, consumidos de melancolía eterna é incurable..... La creación, simbolizada por los cuatro lados del taller, se le figuró á Rosario algo fúnebre y espantoso, si le faltaba la luz del amor. Encaróse con Viodal, y exclamó impetuosamente:

—Tío Jorge, estimo tus advertencias..... pero ¡qué quieres! no es fácil precaverlo todo..... ¡Algo ha de quedar de cuenta del destino! Si Felipe me escoge es que tal vez me prefiere á la ambición. Yo le prefiero á cuanto hay en el mundo. Ya sabes que me paso de franca.....

Y recogiendo su bordada sotana oriental, escapóse del taller por la secreta puertecilla que bajaba á la casa del pintor, y que sólo usaban éste y Rosario..... No vió que Viodal acababa de romper entre los dedos el mango de un pincel fino..... ni pudo verle destapar el cuadro de la Samaritana y, asiendo la espátula, raspar con furor la cabeza.....

Media hora después subió la caja forrada de raso, y soltó en el *hall* á Dauff y al guapo conde de Nordis, que traía al artista un magnífico bronce griego, encontrado en ciertas excavaciones de

2008 Ministerio de Cultura

Dacia. Al "¿qué hay de nuevo?„ del cronista, siempre á caza de noticias, Viodal, impulsado por extraña necesidad de proclamar el motivo de su desesperación callada, dijo en voz que trataba de afirmar:

—¿De nuevo? Mucho. En primer lugar, que he borrado la *Samaritana*..... No quiero tratar ese asunto; es muy conocido. Otra novedad: mi sobrina va á casarse con Felipe María Flaviani..... Acaba de participármelo.

Dauff lanzó una exclamación de sorpresa; por el rostro de Nordis se extendió una satisfacción que apenas acertó á reprimir.

—¡Qué galán tan singular este Nordis!—pensó para sus adentros Viodal.—No quería á Rosario, no..... ¡Cómo le brillan los ojos de contento!

VII

Al llegar Rosario á su gabinetito, amueblado con virginal sencillez, la esperaba una visita: repantigado cómodamente en el sofá, leía un periódico Gregorio Yalomitsa en persona.

—No me darás hoy el chasco como ayer, paloma querida—exclamó el bohemio al ver á Rosario.—Pero, ¿qué es eso? Vienes muy desemblantada..... ¿Estás enferma?

—No—respondió ella con forzada sonrisa.—Un poco de jaqueca..... Ya se pasará.

—¡Jaqueca! ¡pch! Las mujeres dan una cada mañana é inventan otra cada noche..... Y las jaquecas de las muchachas, ya sabemos cómo se curan..... Sarito, perla oriental, ¡me parece que te traigo yo el remedio de la jaqueca!

Diciendo así, Yalomitsa reía de buena fe, con risa inocente y semisalvaje. Si el bohemio pudiese sospechar que, en efecto, tenía en sus manos en aquel instante el destino de tan noble y linda criatura, en vez de hablar capaz sería de arrancarse la pecadora lengua. Nadie que registre su propia historia dejará de encontrar en ella alguna página irónica parecida á la que Yalomitsa estaba viviendo; un día en que con intención cariñosa hirió en el corazón á la persona que

2008 Ministerio de Cultura

más amaba; otro en que, pensando dañar á un enemigo, le allanó el camino de la suerte. Por otra parte, el error que iba á cometer Yalomitsa se explicaba sin dificultad. ¿Cómo podía sospechar que la víspera Felipe había ofrecido su mano á Rosario, ni adivinar que sus palabras iban á ser comentario vivo de los funestos vaticinios del pintor? Creía Yalomitsa dar un paso altamente diplomático, y se frotaba las manos y sacudía la enmarañada melena, como un niño—¡y qué otra cosa era el bohemio!—á quien le sale de oro una diablura.....

—Sarito—empezó—déjate de remilgos; entendámonos, que sólo aspiro á hacerte bien..... Canta claro, tórtola..... ó no vuelves á oirme en el violín los *Gnomos*. No te pongas colorada....., no te eches á adivinar. Aquí sale el argumento. ¡Atención! Felipe María está muerto por tí..... y tú creo que no le matarás á desdenes!

—Yo.....—protestó Rosario.

—Te digo que te quiere Felipe, y que tú le quieres á él..... y si no le quisieses, de rodillas á tus pies caería Yalomitsa para pedirte que sí le quieras mucho. Siempre el cariño de una mujer como tú es regalo y bendición del cielo para un hombre; pero hay ocasiones de ocasiones, y no puedes imaginarte, lucero, el favor que harás á Felipe ahora atrayéndole y sujetándole á tu lado! Tú no sabes lo que pasa..... Yo te enteraré, hermosa, yo te enteraré..... y conspiraremos para esta buena obra. ¡Una obra de caridad!

—Venga la explicación—ordenó Rosario casi imperativamente.

—Verás..... curiosilla! ¿Te acuerdas del origen de Felipe?

—Ah! ¿De eso se trata?—dijo estremeciéndose la chilena.

—De eso. Felipe, nuestro Felipe, ha tenido la desgracia de nacer en las gradas del trono..... de eso que llaman el trono, y que es un potro de tormento y una picota ignominiosa. Por suerte de Felipe, anularon el matrimonio de sus padres, y le quitaron así la tentación de andar pretendiendo. Mas la ambición, que deshizo la tela, ha vuelto á urdirla. Hay en Dacia un pillo que se llama Stereadi y un bobo que se llama el duque de Moldau.....

—Adelante, adelante, Yalomitsa.....

—Ten paciencia, gitana..... Á ese pillo y á ese tonto, que son jefes de dos partidos importantes, se les ha puesto aquí hacer rey á Felipe. ¿Comprendes? ¡Nada menos que rey! ¡Como si no estuviese al quite, para defenderle, Gregorio, que le tuvo en brazos de chiquillo,

2008 Ministerio de Cultura

y que no quiere verle tan desgraciado y tan ridículo como su padre! Porque á su padre también le conocí: fuí su amigo íntimo, cuando no era más que príncipe de Dacia, y muchos, muchos escalones le separaban del trono maldito..... Pero verás tú lo que hace el diablo: se mueren los dos hijos del rey; el rey también espicha, ¡y le sucede Felipe Rodulfo! Una catástrofe. Imagínate tú que Felipe Rodulfo era el pícaro más feliz de la tierra. Esposo de la Flaviani, á quien adoraba, padre de Felipe, que era monísimo, loco por el arte, con una inteligencia para la música!..... ¡Qué conciertos recuerdo yo en aquella casa! Todos los jueves iba Listz..... La vida más encantadora que puede soñar un hombre. Y me lo arrebatan de su hogar, y me lo llevan á Dacia, á ese país de montañas peladas y de gente feroz..... muy poético, todo lo que gustes..... pero inhabitable..... y reine usted, y olvídese de que tiene familia, amigos..... Y anulan el matrimonio, y á la madre de Felipe la cubren de vergüenza, y á Felipe María me lo declaran bastardo..... y á Felipe Rodulfo me lo casan con una princesa de la rama de Edelburgo, una mujer como un palo seco, de la cual no tuvo hijos..... y le remachan el grillete de rey..... ¡Y ahora salimos conque les hace falta Felipe para sus chanchullos políticos, y sin más ceremonias nos le quieren robar! ¡Bueno fuera! ¡Tú y yo lo impediremos!.....—añadió estrechando las manos de la chilena.—Tú y yo..... Es preciso que os caséis, ¿lo oyes, chiquilla? Y os casaréis ¡voto á bríos! Y casado contigo no le hacen rey de Dacia, ni de bastos..... La historia de la Flaviani fué buena para una vez..... ¡No se anula tan fácilmente un matrimonio contraido en toda regla, bajo las leyes de Francia! ¡No se repite á cada veinte años la farsa del repudio de una mujer intachable!

—Pero, por Dios, Yalomitsa—preguntó Rosario, con una tranquilidad que asustaría al que leyese en su pensamiento;—¿no se encontrará usted sugestionado con la aprensión de un imaginario peligro? Felipe María ha vivido muchos años ajeno á la idea de que nadie se acuerde de él para la sucesión al trono. Jamás le he oído mentar cosa semejante. Me parece que ve usted visiones.

—Sarito, tú no entiendes palotada de política—respondió majestuosamente el bohemio, guiñando con malicia el ojo derecho, mientras el otro sonreía y brillaba.—Hija mía, la política da muchas vueltas..... mientras nosotros dormimos y roncamos y ni nos acordamos de esa harpía. Ya te dije que hay en Dacia un pillo y un

2008 Ministerio de Cultura

memo; que ambos quieren servirse de Felipe, bajo pretexto de que representa la causa de la independencia, la causa nacional..... Lo sé de cierto. Uno de ellos vino en persona á París.....

—¿Le ha visto usted?—dijo ansiosamente Rosario.

—¡Ya lo creo! Parece una lechuza..... Es el vejestorio..... El otro no vino; comisionó á un buen peje, Sebasti Miraya..... Como que se dirigieron á mí para que Felipe María los recibiese *en audiencia* (así dijeron los muy serviles)....

—¿Y les recibió?—insistió la chilena.

—En su casa.

—Y..... ¿qué resultó de la entrevista?

—Que les ha regalado unas calabazas monumentales. ¡No; si Felipe conoce lo que le conviene!

—¿Ha rehusado, dice usted?

—Solemnemente.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro días.

Rosario calló. Concordaba fechas, y la verdad se le aparecía, más que clara, refulgente. Felipe María no pensaba casarse con ella, hasta que el mensaje de Dacia le presentó la tentación de la corona. Para atarse las manos y no retroceder, para quemar las naves, en una palabra, buscaba á Rosario. No era el amor ciego y victorioso, sino la reflexiva cautela, lo que inspiraba á Flaviani su declaración bajo el cedro, en el Jardín. Sus mismas palabras, que la muchacha descifraba ahora, lo probaban sobradamente. Bien decía Viodal: á Rosario le tocaba desempeñar el papel de la rémora, del obstáculo. Por ella y á causa de ella no alcanzaría Felipe el puesto á que tenía derecho hereditario. ¡Y qué puesto! Rosario entendía que ninguna aspiración podía compararse á la que renunciaba Felipe. ¡Reinar! ¡Un rey! ¡Sonora y misteriosa palabra, envuelta en púrpura y en oro!

La vieja sangre española hablaba en Rasario; el rey era sacrosanto, era la majestad y el derecho, la persona á quien todos deben amor y abnegación, el dueño de vidas y haciendas..... Después de Dios, el rey, y abajo del rey, ninguno..... Al par que la española de raza, entusiasmábase la hija de Chile al saber que Felipe representaba, en su patria, la independencia..... ¡La independencia! ¡Cuánta sangre vertida por ella; la del mismo padre de Rosario, que había

2008 Ministerio de Cultura

muerto exhalando ese mágico grito! ¡Un rey! Felipe podía ser un rey, si no se echaba al cuello la cadena de un absurdo enlace..... ¡Ah, Felipe María! Rosario te salvará, y tú no sabrás nunca cuánto te ha querido la mujer que va á rehusar tu mano, que á su vez va á colocarse en la absoluta imposibilidad de hacerte daño, de atravesarse en la senda de tu grandeza y tu gloria!

Con uno de esos arrebatos humorísticos que á veces provoca el exceso del dolor, Rosario se rió. La risa era crispada, agria, discordante, pero Yalomitsa la tradujo á su manera.

—Ríete de los mochuelos..... ¡Las despachaderas que les dió Felipe!

—De ellos me río, Gregorio—declaró, levantándose y paseando por el gabinete.—¿Habían de poder más que nosotros? ¿Cuándo prevaleció nadie contra el arte, el arte sublime y divino? Yo he nacido artista, Gregorio, y artista moriré: sólo con un artista puedo unirme, sólo la vida del arte me lisonjea. Te prometo hacer á Felipe mucho bien, Gregorio..... Ahora abre ese piano y toca ahí la música de la *danza del chal*..... Estoy tan alegre, soñando en mi boda, que tengo ganas de bailarla.

Con un movimiento súbito, Rosario arrancó la flecha de oro que sujetaba su moño, y se desciñó la faja roja de crespón, para que hiciese de chal. Acordábase de la escena del final de *Gioconda,* y sentía no poder clavarse un cuchillo, muy agudo, que partiese de golpe el corazón, para que cesase de latir y de doler..... Arqueando los brazos y cogiendo la faja por ambos extremos, comenzó aquella danza lenta y provocadora, de lánguidas inflexiones, que á veces tiene un giro rápido, como vuelo repentino de ave que se lanza al azul del cielo, y recae fatigada, columpiándose en una rama. Los negros cabellos sueltos exhalaban, al flotar en el aire, embriagador perfume de violeta, y la cabeza, echada atrás, oscilaba al ritmo suave del baile oriental..... Yalomitsa reía candorosamente, hiriendo las teclas, mientras la banda roja describía espirales y venía á enroscarse al talle cimbrador de Rosario.....

Al siguiente día, en la edición de la mañana del periódico *La Actualidad,* sección de los *Ecos*, que Dauff firmaba con el pseudónimo *Topaze*, se leían dos noticias: la salida para Vlasta del ilustre duque de Moldau, consultado con un célebre facultativo, y la boda concertada de un joven de misterioso y alto origen, con una beldad

2008 Ministerio de Cultura

á quien servían de marco "los cuatro elementos„ y de pedestal el arte..... Y aquella noche, en la bandejita del correo, encontró Rosario una carta de letra desconocida; sólo contenía estos renglones:

"Si no es usted ambiciosa y quiere de veras á Felipe Leonato, no se case usted con él. Y si es usted ambiciosa, lo mismo, pues casado con usted, no le queda esperanza de *llegar á ninguna parte.*"

Rosario sonrió amargamente al arrugar la carta y arrojarla con su sobre á la encendida chimenea. No era necesario el aviso, Sebasti Miraya; no hacía falta ninguna. Antes de recibir tu anónimo estaba bien decidida Rosario. Inútil añadir grados á la calentura de abnegación que la abrasaba. Tu aviso, Miraya, era un rasgo de habilidad; era contar atrevidamente con la generosidad de una mujer, cuya alma habías leído en su rostro; pero tu aviso llegaba tarde. Hecho una bola, cayó en el fuego, y en cada fragmento del papel se encendió una chispa de llama; tostados ya, veíanse aún las negras letras.

En el espíritu de Rosario no quedaba, desde antes de leer el anónimo, ni sombra de incertidumbre, ni rastro de egoista vacilación. Era preciso despejar la senda por donde marchaba Felipe, y pronto, y alegremente, ó al menos con tal ficción de alegría que engañase á los más perspicaces. Y Rosario, llamando á su criada, dió varias órdenes terminantes y repetidas, pidió un ponche de rom y se acostó temprano. Al otro día se levantó febril, pero disimuló las huellas de la lucha moral con esos artificios de tocador que en la juventud son infalibles y después de pasada la juventud contraproducentes. Bañada, fresca, divinamente peinada, se vistió un traje flojo de lana blanca, que sujetó al talle con un cinturón de cuero bordado de turquesas. Preparada así, subió al estudio y encontró á Viodal esforzándose por rehacer la borrada cabeza de la Samaritana, inspirándose en la de una modelo, una jovencilla hermosa, pero de líneas poco nobles.

Se interpuso la sobrina de Viodal, y dijo afablemente á la pobre muchacha:

—Por hoy se ha terminado la sesión. Puede usted retirarse.

Apenas hubo descendido la caja de vidrio, volvióse hacia el sorprendido pintor y exclamó con alarde de queja mimosa:

—¿De cuándo acá, tío Jorge, tienes tú para ese cuadro más mo-

2008 Ministerio de Cultura

delo que tu Sarito? ¿Qué traiciones son estas? ¿Crees que me dejaré suplantar resignada?

—Hija mía,—contestó el artista manifestando extrañeza,—no me parecía decoroso que la futura nuera de una testa coronada anduviese rodando por las Exposiciones....., en traje de hija de Samaria y de pecadora..... El arte tiene sus fueros, pero no llegan á tanto. Yo respeto tu decoro.

—Mi decoro, y sobre todo, mi gusto, es que aproveches esta pobre cabeza, que no sirve para otra cosa, en tus cuadros.

—Para el tiempo que había de aprovecharla, Sari.....

—Si tú quisieras..... la aprovecharías toda la vida.

Viodal se incorporó, cogió de las manos á su sobrina, la llegó á sí, y mirándola de cerca y con inquietud, exclamó vivamente:

—Tú tienes algún disgusto grave, Rosario..... En el eco de tu voz conozco las ganas de llorar, y que las reprimes..... ¿Qué sucede? Vamos, explícate, sin cortedad.....

—Tío, lo que sucede..... Mira, sucede que estoy arrepentida de haber pensado en bodas. Te sobraba razón: era un desatino. Ni yo le convengo á Felipe María de Leonato..... ó de Flaviani..... ni él me conviene á mí.

—Vamos,—dijo Viodal chanceándose,—monos tenemos; riñitas de novios.

—No, tío, yo no gasto monos, ni riñas; hablo en serio..... hasta cuando me río, hasta cuando canto y bailo. He reflexionado..... también reflexiono..... y antes se hundirá la bóveda celeste que casarme con Felipe María.

—Querida, siéntate,—suplicó tiernamente Viodal.—Serénate; tus manitas arden. Me parece que tienes fiebre..... ¿A ver? Vaya.....—murmuró, aplicando la palma de la mano á las sienes de su sobrina.—Calentura, pulso alterado, de fijo..... ¿Qué te ha hecho tu novio?—añadió frunciendo las cejas.

—Nada, tío, nada. No he visto más á Felipe desde que hablé aquí contigo. Dí orden de que si venía á preguntar por mí, le dijesen que estoy indispuesta y que no recibo á nadie. Créeme; lo que me pasa es que he reflexionado. ¿Soy incapaz yo de hacerme cargo de las cosas? Tus advertencias eran el Evangelio: lo he reconocido, y se acabó. Para mí, como si Flaviani no hubiese existido nunca.

2008 Ministerio de Cultura

—¿Pero..... sigues..... queriéndole?—preguntó Viodal resistiendo heroicamente á sus impresiones de insensato júbilo.

—No sé,—declaró Rosario.—A veces creo que te quiero más á tí. El dejarte era una ingratitud que, al fin y al cabo, me hubiese hecho desgraciada; á bien que no llegué á cometerla. Si me estimas, olvidemos este episodio..... y tómame por modelo..... y..... y por lo que quieras..... ¡Por lo que quieras!

—Piensa bien lo que dices, Rosario,—balbuceó Viodal, sintiendo que no acertaba á dominarse.—No eres una niña que desconozca el sentido de las palabras que pronuncia. Tienes ya veintidós años cumplidos, y te has educado..... un poco á la norteamericana. Yo paso de cuarenta. Soy un viejo. Si me haces soñar y después me despiertas..... ¡Ah, Rosario!, me das la muerte.....

No parecía en aquel momento Viodal un viejo, ni siquiera un hombre maduro. Las arrugas y las tintas amarillentas que un padecimiento hepático había extendido sobre su cara larga y huesosa, inteligente y entristecida, desaparecían como por encanto al conjuro de la pasión. Sin duda era, más que un viejo, un envejecido, y la fuente del sentimiento corría viva y fresca debajo del marchito follaje de otoño. Ardorosas ilusiones transformaban su cara, chispeando en sus ojos castaños, llenos de luz, y dilatando sus labios todavía sinuosos y turgentes. La austeridad del método que Viodal había practicado, se revelaba en aquella fuerte y sana emoción, delatando un organismo rico aún de savia vital.

—También te daría la muerte al apartarme de tí,—declaró Rosario, que necesitaba exaltarse en la abnegación.—No tengas miedo, no te despertaré. Yo sí que soñaba..... disparates. Tú me abriste los ojos. No será Rosario Quiñones quien sirva de estorbo á su marido. Yo estaba ciega. Ahora veo..... ¡te veo á tí!

Una dulce mirada, límpida, inconmensurable como el sacrificio, completó la frase y envolvió al pintor, que con timidez suma se había aproximado á su sobrina, ocupando el ángulo del amplio diván, en esa posición que ni es estar sentado ni acabar de arrodillarse. Los que nunca esperaron una dicha grande, la reciben, cuando llega, sin esa embriaguez y esa arrogancia provocativa y graciosa de los acostumbrados á ser felices. Viodal notaba en sí impulsos de pedir perdón á Rosario; de cuanto podía inspirar la seductora Samaritana, lo único que en aquel momento advertía el pintor era una

2008 Ministerio de Cultura

compasión, una dolorosa piedad, como la que sienten las madres á la cabecera del hijo enfermo. El momentáneo arrebato amoroso declinaba á efusión espiritual, purificada, melancólica. Fué preciso que la misma Rosario alargase la mano, tomase la de Jorge, la acercase á su rostro, y la besase santamente.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Continuará.

2008 Ministerio de Cultura

CARTAS DE TIERRAS LEJANAS

ADEN

I

Entre nueve y diez de la noche el vapor se puso á media marcha. El capitán había subido al puente, donde hacía la guardia el primer oficial; el segundo estaba con la gente á proa. Teníamos enfrente la costa de Asia, pero solamente la vista ejercitada de los marinos podía distinguirla. A bordo no se oía más que la respiración potente y pausada de la máquina y el timbre del telégrafo, por el que el capitán enviaba allá las órdenes. El primer oficial registraba con los anteojos las masas de sombras que la proa del vapor iba cortando. Sonó otra vez el timbre, acortóse más aún la marcha, un hombre salió del puente á una tablilla que de él proyectaba sobre el mar por la parte de estribor y largó la sonda.

—Doce,—dijo al recogerla.

Otra vez balanceó el plomo, lo dejó ir cuando la oscilación lo llevaba hacia proa, cobró al sentir fondo y á la luz de un farolillo leyó las señales.

—Diez y media.

2008 Ministerio de Cultura

Y así siguió sin cesar, pero con calma.—Diez, diez, nueve y media;—iba cantando aquella voz, sin eco ni resonancia, única que del barco se alzaba, rompiendo el silencio de la noche.—Ocho, siete y media.

El capitán se asomó sobre la barandilla del puente hacia proa.

—¿Listas las dos?—dijo.

—Listas—contestaron de allá.

El hombre de la sonda seguía:

—Siete y media, siete, siete, seis y media.

—Fondo—gritó el capitán.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

Las dos anclas cayeron al agua casi á un tiempo, levantando grandes salpicones; oyóse el ruído de las cadenas resbalando por los escobenes. El vapor había dado fondo en medio de la bahía de Aden.

Nada se veía de la costa. Algunas luces que brillaban acá y allá debían ser los faroles de otros buques. Fuera de eso, la obscuridad era perfecta, lo mismo abajo que arriba.

La tierra, que debía estar á un par de millas, ni aun se adivinaba en el conjunto de sombras que nos rodeaban; el cielo, casi todo cubierto de nubes, no despedía ni esa claridad estelar que en las noches sin luna lo llena todo de un resplandor tenue.

Cuando el ruido del fondeo hubo cesado y el vapor con toda su gente parecia dedicarse al descanso, empezaron á percibirse lejos, lejos, cantos monótonos de modulaciones nunca oídas. Las voces, plañideras y chillonas, acompañaban al batir acompasado de los remos, y todo ello, cada vez más distinto, iba llegando por sobre las aguas tranquilas y despertaba la idea de aquel país extraño, casi salvaje, que nos rodeaba. Presentábanse á la imaginación procesiones de ídolos horribles, llevados en embarcaciones por negros pintarrajeados, ó ceremonias acuáticas, presididas por sacerdotes adornados con trofeos humanos.

Luego, dominando las voces y el ruído de los remos, dejóse

2008 Ministerio de Cultura

oir un batir más agitado y violento, que con más rapidez también se aproximaba, y á los pocos minutos una lanchita de vapor llegó al costado nuestro. El capitán asomóse á la baranda del puente por la banda de estribor, y desde allá arriba habló en inglés con uno que en la lancha estaba. La conversación duró muy poco; el vaporcillo, azotando otra vez con su hélice las tranquilas aguas de la bahía, se alejó hacia la costa, y momentos después de haber llegado desaparecía nuevamente en las sombras.

Para entonces, habíanse ya acercado los remeros y nos rodeaban. La claridad que irradiaban las luces de á bordo permitía verlos. Eran negritos de pelo rizoso, bajitos, desmedrados, que venían en barquichuelas largas y muy estrechas, construídas, á juzgar por su forma, con el tronco de un árbol. Habían dejado los remos, puéstose en pie, y se agitaban desesperadamente, sacudiendo brazos y piernas, como si, disgustados de tener tales extremidades, quisieran lanzarlas al fondo del mar. Gritaban con sus voces roncas ó chillonas, pero destempladas todas, con aquellas voces, únicas en el mundo para modular los cantos que antes habíamos oído, y su grito, tan repetido y constante como sus movimientos, era siempre el mismo.

—Peseto, musiu, peseto, á la mer, á la mer.

Pedían que les tirásemos monedas al agua para sacarlas buceando, y á fin de dárnoslo á entender con más claridad, se zambullían, y nadando como peces volvían á sus barquichuelas. Pronto se convencieron de que, ó por lo tardío de la hora ó por falta de voluntad nuestra, el trabajo no había de ser lucrativo; sentáronse en el fondo de las canoas, pusieron proa á tierra y el mismo canto monótono y quejumbroso se fué alejando sobre la tranquila superficie del mar, acompañado por el chapoteo acompasado de los remos.

2008 Ministerio de Cultura

II

A la mañana siguiente, como no hubo baldeo por estar dedicada la tripulación á las faenas de carga, no me desperté hasta que tocaron la campana para el desayuno. Estábamos en medio de la bahía, pero más próximos al extremo Este, que es donde se asienta la población europea. Por una y otra banda veíamos las montañas que, avanzando hacia el Sur, hacen la ensenada, y allá á proa la playa que forma el fondo, corriendo de falda á falda de los montes. Estos eran escuetos, angulosos, sin árbol ni mata que los cubriera, y la playa baja, tan baja que, á no fijarse bien, creeríase que allí no había tierra. Por encima de la montaña en que se apoya Aden, iba á salir el sol; daban sus rayos rosados en los picachos de la otra parte, y parecían ellos rosados también, rojizos, no verdes ni azulados como los montes que uno ha visto. Estaban lejos de nosotros y, sin embargo, diríase que los íbamos á tocar. Apareció el disco inflamado del sol; la atmósfera seca, sin el más ligero vapor que empañara el azul del cielo, tenía una diafanidad tal, como no podría encontrarse en otro lugar de la tierra ni aun en el día más claro, y bajo aquella luz implacable, que destacaba todos los contornos y daba relieve á las masas más pequeñas, las montañas peladas aparecían en toda su desnudez.

Arrancaban de la orilla misma del mar, con pendientes inverosímiles, ganaban en seguida alturas grandísimas y caían otra vez con taludes que se aproximaban á la vertical. No tenían las curvas suaves de nuestras montañas, ni sus laderas

2008 Ministerio de Cultura

tendidas; eran á modo de montañas de teatro, hechas de cartón, con salientes y proyecciones imposibles, bajo la idea de que no habría de pretender pisarlas persona alguna.

La misma novedad del paisaje, la idea de que aquel pedazo de tierra era algo esencialmente original, no europeo, producía mayores deseos de verlo más de cerca.

Al costado del vapor, junto á la escala que acababan de echar para que bajase el sobrecargo, había un botecillo algo mayor que los que vinieran la víspera, y en él cuatro negritos que me invitaban á ir á tierra. Contra la costumbre, no habían puesto el cartel que anuncia la hora en que se continúa el viaje; pero ya que el sobrecargo iba á tierra, y sin él no habían de marchar, bien podía permitirme yo el gustazo de poner el pie en la playa. Dos compañeros de viaje que en aquel momento subían á cubierta, se decidieron á seguirme.

Entramos en la lanchita; los negritos reíanse enseñándonos los dientes; se sentaron en sus banquillos y, á una, rompieron á remar y á cantar los mismos cantos de la víspera. Dos de ellos tenían el pelo enrojecido, á fuerza de cal, y todos áspero y rizoso. Remaban bien, para lo que podía esperarse de sus figurillas raquíticas, y los remos llevaban el compás del canto con matemática precisión.

Volví un momento la cabeza para ver el vapor. Allí sí que parecía grande, asomando su mole por cima de los remolcadores que iban y venian, y sobre las inmensas barcazas negras arrimadas á él, de las que, otros negritos semejantes á los que nos llevaban, iban subiendo sacos y sacos de carbón, no más negro que ellos. Comenzaban á llegar lanchas y botes, que llevaban vendedores, y su movimiento incesante alrededor del gran casco de hierro en reposo, dábanle mayor apariencia de grandeza y fuerza.

Los rayos del sol, muy oblícuos aún, hacían saltar en la superficie tersa del agua hacecillos de chispas; los negritos remaban y cantaban, enseñando los dientes y haciendo gestos de mono. Desde el vapor á la playa nos cruzamos con los bu-

2008 Ministerio de Cultura

ceadores de la víspera, que volvían en sus troncos ahuecados, remando con paletas anchas y cortas. Iban cantando, como siempre, y al vernos parábanse para darnos las mismas voces que la noche antes:

—Peseto, musiu, peseto, á la mer, á la mer.

Algunos dejaban canoa y remo, tirábanse de cabeza al mar, en dos brazadas alcanzaban otra vez el remo, que dejaran flotando, subían á su pedazo de madera, y seguían su camino. Unos cuantos llevaban pantalón; otros, una blusa destrozada, la mayor parte, un pedazo de tela rodeado á la cintura y atravesado después de atrás á adelante, pero á ninguno le faltaba en la muñeca derecha un aro de bronce, de piedra, de cristal ó, por lo menos, un trozo de trapo rojo liado á modo de pulsera.

Más cerca ya de tierra, pudimos distinguir los zig-zags de un camino que subía al monte, pero tan endiabladamente empinado, que sólo las cabras debían ser capaces de treparlo. En el monte mismo en que se apoya Aden, pero en la falda opuesta, en la que mira á alta mar, veíanse los fuertes de los ingleses, sus cuarteles, formando gigantescos escalones, desde la playa hasta la mitad de la pendiente. Blancos todos, con el techo plano, miraban al mar con mil ojillos por sus ventanitas cuadradas; diríase que buscaban en él alguna otra isla que ocupar.

III

Atracamos á un espigoncillo de piedra que de la playa avanza unos cuantos metros agua adentro. En lo alto, un indio inmenso, tieso é inmóvil, con el uniforme de los *policemen* ingleses, parecía un hito colocado por *John Bull* para acreditar que también aquella tierra era suya. Preguntónos cuánto ha-

2008 Ministerio de Cultura

bíamos pagado, y como, al parecer, fuera lo justo, mandó á los del bote que se marcharan.

Frente al muelle en que desembarcamos, á cincuenta pasos de él, corría, paralelo á la playa, el monte, escueto, erguido, inaccesible. A nuestra derecha veíase un fortín abandonado, que elevaba sobre el mar cosa de cuatro ó cinco varas sus viejos muros coronados de almenas, por entre las que asomaban las bocas llenas de herrumbre unos cuantos cañones. A la izquierda, un camino bastante ancho y algo más alto que la playa seguía á manera de cornisa entre ella y el montc. Por este camino venían á todo correr dos ó tres cochecillos, guiados por indios, que de pie en los pescantes nos hacían señas con el látigo. Tomamos el que primero llegó, y por el mismo sitio que viniera se volvió llevándonos.

Después de unos cuantos cientos de pasos el monte se retira, ensánchase el camino, y en un seno que hace la sierra queda una esplanada bastantemente ancha, donde, en forma de media luna, se extiende la población europea de Aden. En la primer fila de casas están las tiendas, las oficinas de los comerciantes, los consulados, los hoteles; detrás siguen otras y otras hileras, hasta subir trepando por la falda del monte. Ese primer frente de edificios es largo, muy largo, entre el arco qae hace y la playa queda una plaza grandísima, que tiene por panorama la bahía, y al fondo los picachos que por el Oeste la cierran. Las casas son bajas, de un piso, con terrado encima, como las de Andalucía; la mayor parte de ellas tenían la planta baja ocupada por tiendas, en cuyas puertas colgaban grandes cortinas blancas ó azules, destinadas á defender un poco el interior, del calor y la luz, que la reverberacion en la arena de la plaza hacía aún más fuertes.

Pasaban ingleses vestidos de blanco, con cascos blancos también; soldados, con la gorrita inclinada á un lado, sujeta por el barbuquejo, y el andar suelto, airoso y decidido; negritos semidesnudos, muchachillos de Ceylan ó de la India, con saquitos en la mano, proponiendo á voces el cambio de mone-

2008 Ministerio de Cultura

da; judíos, con grandes batas de colores obscuros; árabes, envueltos en sus ropajes blancos, la cabeza ceñida por el turbante, más blanco aún; cipayos del ejército de la India, con el uniforme á la europea y en la cabeza el casco rodeado por las vueltas de un *pagri* de seda de su tierra.

A bordo habíannos dicho que lo más interesante era la población indígena, que está á más de una legua de la otra, y las cisternas abiertas allá arriba, en el monte, cisternas donde se conserva agua para surtir á la colonia hasta siete años, hechas en previsión de las largas sequías de aquella tierra y llenas en unas cuantas horas de lluvia torrencial; pero para ver todo eso hacía falta tiempo, y nosotros no disponíamos de él: preciso era conformarse con ver lo que teníamos delante.

Entramos por una de las bocacalles que salen á la plaza, y dimos en el mercado de camellos. Había muchos, quizás ciento, sentados sobre sus patas dobladas, hasta que las excitaciones de sus amos los hacían levantarse. Arabes, indios, somalis, negros, los unos con actitudes y muecas de mono, los otros serios y graves, compraban y vendían, reconocían á los animalones aquellos, los hacían andar, los montaban.

Luego volvimos á la plaza, recorrimos unas cuantas tiendas, bebimos una botella de soda, tan mala y calentuza como la de cualquier otra parte, vimos bronces, sedas, plumas, pieles de tigre, cuernos de antílope, cajas de sándalo, bastones de ébano, todo lo que se ve en cualquiera de las escalas del extremo Oriente, desde Port-Said al Japón.

A última hora, por llevarnos algún recuerdo, entramos en una fotografía á comprar unas cuantas vistas.

Era una habitación cuadrada, con dos puertas; por una de ellas entramos nosotros, la otra, cerrada por una hoja, con cristales de colores, daba paso á la galería. En la pared, sujetas con clavillos, había vistas de la población, retratos de árabes, paisajes; por todo mueblaje, en medio de la habitación, un velador redondo cubierto con un tapetillo verde, sobre el cual se alzaba un montón de fotografías. A uno y otro lado

2008 Ministerio de Cultura

de él, un viejo y un joven las recogían en grandes cartapacios de cartón negro. Al vernos, hicieron una reverencia, y á falta de sitio mejor en que ponerlas, dejaron las carpetas en el suelo.

El objeto de nuestra visita debía suponerse, por lo que, sin dar lugar á que habláramos, el viejo empezó á enseñarnos las fotografías del velador. Separamos unas cuantas, no muchas, preguntámosle en inglés cuánto valían, y él nos lo contestó en inglés también, pero con tan mal acento, por lo menos, como nosotros. Una de las vistas que habíamos escogido tenía el margen algo roto. Observólo el viejo, y volvió la vista buscando sin duda al joven, pero éste ya no estaba.

—Simón,—dijo.

El muchachín volvió á entrar.

—Busca la otra como ésta, y trae las tijeras.

Lo dijo así, tal como lo escribo, en español perfectamente claro, sin acento de extranjería.

Quedámonos mirando unos á otros. Si viérais qué efecto tan extraño hacía nuestra lengua hablada por aquel viejo como suya propia, en la tienduca aquella, allá en un rincón del mar de las Indias.

—¿Es usted español?—le pregunté.

Pareció casi tan sorprendido como nosotros; sin duda no eran muy frecuentes las visitas de compatriotas.

—Yo, no señor,—contestó,—mis abuelos lo fueron.

—¿Y usted no ha estado nunca allá, en la tierra?

—No, señor; costaría mucho, y además, ¿para qué? Toda nuestra gente marchó también.

El viejo se animaba hablando. Bajó la vista hacia la mesilla, luego la levantó á nosotros, y con sonrisa triste, dijo:

—Ya ve usted, en cuatrocientos años que han pasado desde que salimos de España, ¿qué recuerdo nuestro puede quedar?

Entonces comprendí que aquel que teníamos delante era un descendiente de los judíos que en el siglo XV salieron de

2008 Ministerio de Cultura

España. ¡Pobre gente! Echados de su país como perros, no por eso le guardaban rencor y conservaban fielmente su lengua de generación en generación, como testimonio viviente de su origen y su triste historia. Con ella habían peregrinado de pueblo en pueblo los abuelos de aquel viejo, hasta que años, muchos años antes de hoy, llegaron á la playa de Aden, triste y árida, cien veces más que ahora, y en ella descansaron de la jornada que debía ser bien fatigosa en verdad, cuando les hizo apetecible el descanso en lugar de tanta desolación.

Nos contó, que en Aden eran muchas las familias de judíos que había, pero que no todos eran judíos españoles; que estos formaban algo así como una aristocracia, que se desdeñaba de tratar con intimidad á los otros, con quienes rara vez se contraían enlaces. Habíalos entre ellos ricos y pobres, pero todos conservaban con igual cariño la lengua patria, todos la enseñaban á sus hijos, procurando que la hablasen antes y mejor que otra alguna; en ella decían los rezos en la Sinagoga, y en ella estudiaban el Talmud y la Biblia. Y no era solamente en Aden donde los había: él conocía judíos españoles en el interior, tenía noticias de otros que residían en Süez, en El Cairo, en todo Egipto, en Europa, y sabía que todos formaban una raza dentro de su raza, y hablablan español como propio idioma donde quiera que estuviesen.

Un sobrino tenía el, llamado Ruben Baena, que había recorrido el Oriente de Europa y encontrado buena acogida y protección en todas partes entre sus hermanos los judíos españoles. De él había recibido carta últimamente, diciéndole que se iba á casar en Damieta con una judía, española por supuesto, y allí estaba la carta precisamente, escrita en castellano, pero con caracteres hebreos, lo cual hacía que no pudiéramos entenderla; lástima, porque su sobrino escribía como el que mejor.

Hablaba el viejo con animación, con soltura, sin prisa, veíase que tenía gusto en contar todo aquello, y el muchachín lo escuchaba sonriente, mirándonos á nosotros, gozoso al ver la atención con que los extranjeros oían á su padre; él también

2008 Ministerio de Cultura

hablaba aquel idioma de la familia, extraño en el país en que había nacido.

Muchas veces he tratado de recordar si en el castellano que habló el judío de Aden había palabras ó modos de decir antiguos y nunca he podido traer á la memoria frase ni palabra de las que él empleó. En aquel momento sólo pensaba en oirle, que me parecía como oir á uno de los que salieron de España, algo así como tener delante vivo y hablando á un contemporáneo de D. Fernando y Doña Isabel, á uno de los que *supieron la noticia* de la toma de Granada, de los que vieron salir á Torquemada de la cámara real y oyeron leer por boca del pregonero el decreto de expulsión.

Hablando de aquellas cosas, de su lengua, de su raza, de lo que era la patria para el que no la tenía, eran sus palabras tan sentidas, su actitud tan noble, que en toda mi vida se me borrará el recuerdo de aquel viejo de barba blanca, de perfil recto, hebreo, de ojos vivos, envuelto en la gran bata obscura, apoyada una mano sobre el velador, en tanto que la otra, con ademanes pausados, acompañaba á la palabra.

Mucho tiempo hubiéramos estado escuchándole si de pronto no oyésemos, venido de muy lejos, un silbido que á intervalos cortos se repitió tres ó cuatro veces.

—El vapor.

—Si le diera la idea al capitán de marcharse sin nosotros.

Recogimos las fotografías, dimos la mano al viejo y salimos. Los dos judios salieron á la puerta á decirnos adiós.

Montamos en el coche y el caballo arrancó al trote. Volví la vista: el viejo y el niño tenían levantada la cortina de la puerta y con la mano puesta sobre los ojos, que el sol de fuego ofuscaba, nos miraban alejarnos.

2008 Ministerio de Cultura

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

IV

No fuimos á dar al muelle donde desembarcáramos. A pocos pasos del extremo de la plaza el coche se paró bajo el cobertizo de un pequeño embarcadero, donde había amarrados otros botecillos como el que nos había traido. Un policía nos indicó cuál debíamos tomar, enbarcamos en él y cuatro negritos iguales á los de la ida, desatracaron de un empujón y con el mismo canto comenzaron á remar vivos y ágiles bajo el calor de horno que caía.

Allá lejos el vapor lanzaba por la chimenea borbotones de humo; las barcazas, arrastradas por los remolcadores, iban separándose de él; algunas lanchas de vendedores volvían ya. ¡Con tal que llegáramos á tiempo!

A mitad de camino encontramos un bote en el que venía de pie un árabe, con el traje vistoso de los que entre ellos ejercen autoridad, traje que podéis ver en cualquier cuadro en que aparezcan árabes. Aproximóse á nuestra lancha, dijo á los negritos algo que nosotros no entendimos, y luego en inglés dirigiéndose á nosotros:

—Quick, quick.

Los remos se movían más á prisa; para animarlos más aún, prometimos dos chelines de propina y el bote dobló materialmente su velocidad.

Junto al vapor sólo se veían las canoas de los buceadores; que seguían gritando y echándose al agua. Hacia tierra, lejos ya, iban los remolcadores, los lanchones con sus racimos de hombres negrísimos, horribles, subidos en los dos castilletes.

Oíamos el ruido de la maquinilla del vapor, el de la cadena

2008 Ministerio de Cultura

subiendo otra vez por los escobenes, las sacudidas que daba al soltarse un nudo de eslabones. Indudablemente nos habían visto ya, no era posible que se marcharan sin nosotros, mas á pesar de todo, parecíanos que no íbamos á llegar nunca, y á cada momento decíamos á los negritos.

—Quick, quick.

—Quick, quick, repetían ellos riéndose y enseñando los dientes.

El ancla de estribor, la que nosotros podíamos ver, salió del agua; la maquinilla dió unos cuantos golpes más, y calló: el vapor iba á echar á andar. Pero ya estábamos cerca, veíamos los pasajeros asomados á la baranda, por debajo de la gran cenefa de lona. En el puente, el capitán daba órdenes. Miró hacia nuestro lado y nos reconoció. Desde donde estábamos, comprendimos por su gesto que sólo por nosotros esperaba. La hélice aun no daba vueltas. Pasamos rascando la proa del barco. A la parte de allá, á babor, que es donde pendía la escala, treinta ó cuarenta botes, lanchucas y canoas se agrupaban, apretándose contra el vapor, y en ellas vendedores de mil cosas trataban de hacer una venta más, vociferando precios y Dios sabe qué otras palabras en todas las lenguas conocidas.

Por entre aquel apiñamiento abrieron paso los negritos como pudieron, y llegamos á la escala.

Apenas pusimos el pie en ella, los marineros empezaron á izarla; sonó el timbre del telégrafo, la hélice sacudió el agua con sus paletas, y el vapor comenzó á moverse.

Ya estaba la escala recogida, y aun quedaban arriba, en el descansillo, dos muchachinos ofreciendo caracoles y pedazos de marfil. Un marinero se dirigió á ellos, pero antes de que se acercara tiraron su mercancía á uno de los botes, y, de cabeza, se echaron al agua.

El vapor dió la vuelta en redondo, poniendo proa al Sur; en ese movimiento pasó muy cerca de la canoa en que iba un negrito, y el remolino de la hélice lo atrajo. Él tuvo tiempo para echarse fuera; en unas cuantas braceadas salió del radio

2008 Ministerio de Cultura

de atracción y subióse al bote que vió más cerca: el pedazo de madera que había sido su barquilla tropezó con una de las ramas de la hélice y, abierto en dos, apareció por lado y lado del vapor.

V

Iba quedando lejos la costa. Primero dejamos de ver distintas las casas, luego el pueblo todo formó como una gran mancha blanca: los fuertes, los cuarteles que miran hacia el mar, blancos en el fondo rojizo de la montaña, fueron apareciendo más confusos.

Fuera ya de la bahía, las dos puntas que la forman pareciéronnos irse juntando; al fin todo desapareció en la distancia.

Aden, su bahía, sus negritos, sus camellos, sus indios y árabes, aquella tierra tan extraña, quedábanme como fondo de un recuerdo, y en él, como principal figura, veía al tío de Ruben Baena hablando de lo que para él era la patria.

RAFAEL FARIAS.
Viceconsul de España en Shang-Hai.

2008 Ministerio de Cultura

NUEVA BIOGRAFIA DEL ABATE MARCHENA.

III Y ÚLTIMO.

La verdad es que Marchena no tuvo reparo en admitir el cargo de secretario de Joaquín Murat cuando éste en 1808 fué enviado por Napoleón á España (1). Acción es esta que pesa terriblemente sobre su memoria, y más todavía cuando recordamos que ni siquiera la sangre de Mayo bastó á separarle del infame verdugo del Prado y de la Moncloa. ¡Cuán

---

(1) Don Adolfo de Castro, en el articulo que con el título de *Un girondino español* publicó en el primer número de LA ESPAÑA MODERNA (1889), apunta los siguientes rumores, que no he visto consignados en ninguna otra parte:

«En aquel tiempo se decía que la protesta de Carlos IV, con motivo de »la renuncia que el tumulto de Aranjuez le obligó á hacer en su hijo, se »publicó anónima, por Marchena, en una imprenta habilitada dentro del »palacio donde vivía Murat, para que no pudiesen ser sorprendidos ni se»cuestrados los ejemplares de orden del Consejo de Castilla. Más aún: los »patriotas de aquel tiempo atribuían un escrito firmado por un coronel en »defensa de Carlos IV y de María Luisa, contra Fernando VII, á la artifi»ciosa y desenvuelta pluma del abate Marchena.»

Ignoro la procedencia y el valor que puedan tener estas noticias, que en sí mismas no son inverosímiles.

2008 Ministerio de Cultura

verdad es que, perdida la fe religiosa, apenas tiene el patriotismo en España raíz ni consistencia, ni apenas cabe en lo humano que quien reniega del agua del bautismo y escarnece todo lo que sus padres adoraron y lo que por tantos siglos fué el genio tutelar de su raza, y educó su espíritu, y formó su grandeza, y se mezcló como grano de sal en todos los portentos de su historia, pueda sentir por su gente amor que no sea retórica hueca y baladí, como es siempre el culto que se dirige al ente de razón que dicen Estado! Después de un siglo de enciclopedia y de filosofía sensualista y utilitaria, sin más norte moral que la conveniencia de cada ciudadano, es lógica la conducta de Marchena, como lógico fué más adelante el *Examen de los delitos de infidelidad*, de Reinoso, que otros han llamado *defensa de la traición á la patria*. Uno de los más abominables efectos del materialismo filosófico y de la ideología política, fué entonces amortiguar ó apagar del todo en las almas de muchos hombres cultos, el desinteresado amor á la patria. Viniera de donde viniera el destructor de la Inquisición y de los frailes, de buen grado le aceptaban los afrancesados, y de buen grado le servía Marchena.

Por aquellos días que antecedieron á la jornada de Bailén y á la primera retirada del ejército invasor, solía concurrir á la tertulia de Quintana, en quien por rara y feliz contradicción, digna de tan gran poeta como él era, pudieron vivir juntos el entusiasmo por las ideas del siglo XVIII y el patriotismo ferviente que le hizo abrazar desde los primeros momentos la causa nacional. No todos sus tertulianos le imitaron en esto. En los terribles folletos de Capmany, publicados en Cádiz en 1811 (1), pueden leerse las semblanzas de algunos afrance-

(1) *Cartas primera y segunda de un buen patriota que reside disimulado en Sevilla, escritas á un antiguo amigo suyo, domiciliado hoy en Cádiz* (Cádiz, en la imp. Real, 1811). *Manifiesto en respuesta al folleto titulado «Contestación de D. Manuel José Quintana á varios rumores y críticas»*.

2008 Ministerio de Cultura

sados y franceses con quienes tropezó en casa del cantor de *España libre*: tales como el reformador de la Gimnástica, Amorós, el abate Alea, Esménard, y Mr. Quillet (famoso *incautador* de los cuadros del Escorial). Entre estos personajes figura Marchena.

«Allí ví (dice Capmany) sabios y sabihondos, locos y cuer»dos, eruditos y legos, hombres sanos de corazón y otros de »alma corrompida..... Allí ví al renegado de Dios y de su pa»tria, al prófugo, al apóstata y ateo Marchena, fautor, factor »y espía de los enemigos que entraron en Madrid con Murat.»

Ya antes de estetiempo andaba Marchena en relaciones con Quintana y sus amigos de Madrid. Algunas alusiones de los versos del abate, nos inducen á creer que en sus mocedades cursó algún tiempo las aulas salmantinas, donde pudo conocer á la mayor parte de ellos. Lo cierto es que desde 1804 fué colaborador de las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, firmando con sus iniciales *J. M.* (1), y presentándole al público los editores (de los cuales el principal era Quintana) como «un

---

(1) Un año antes que esta Revista había comenzado á publicarse otra no menos importante y famosa en la historia literaria de aquel tiempo: el *Correo literario y económico de Sevilla* (1803-1808), órgano de la escuela poética sevillana, dirigido por el erudito D. Justino Matute. También en él colaboró Marchena, remitiendo algunas de sus poesías, cuyos originales se hallan en el ms. de París. En el tomo 1.° del *Correo* (pág. 21), está la oda que principia:

Belisa duerma: el céfiro süave.....

(con las iniciales *D. J. M.*)

En el tomo 7.°, pág. 117, la elegía que comienza

Del airado Manorte la crueza.....

(con las caprichosas iniciales *R. V.*)

En el tomo 12, pág. 5, la epístola *A Emilia*, con estas iniciales: *P. D. J. M.*

En el tomo 13, pág. 199, la traducción de la elegía de Tibulo *Quisquis adest, faveat*, firmada *D. J. M.*

2008 Ministerio de Cultura

»español ausente de su patria, más de doce años había, y que, »en medio de las vicisitudes de su fortuna, no había dejado de »cultivar las musas castellanas.» Allí se anunció que proyectaba una nueva traducción de los poemas ossiánicos, más perfecta é íntegra que las de Ortiz y Montengón, y se pusieron para muestra varios trozos. Se conoce que á Marchena, falsario por vocación, le agradaban todas las supercherías, aún las ajenas; y por ésto, traduciendo las rapsodias del supuesto bardo caledonio, anduvo más poeta que en la mayor parte de sus versos originales, de tal suerte que es de lamentar la pérdida de la versión entera, de la cual sólo quedan estos fragmentos, y los dos poemas *La guerra de Caros* y *La guerra de Inistona*, incluídos en el manuscrito de París. Como la poesía ossiánica de Macpherson, no obstante su notoria falsedad, conserva cierta importancia histórica, como primer albor que fué del romanticismo nebuloso y melancólico y como una de las primeras tentativas de poesía artificialmente nacional y autónoma, quizás no desagrade á los lectores ver estampado aquí, tal como le interpretó Marchena, el famoso *Himno al sol*, con que termina el poema de *Cárton,* trozo lírico curioso, por haber servido de modelo al *Himno al sol* de Espronceda.

¡Oh tú, que luminoso vás rodando
Por la celeste esfera,
Como de mis abuelos el bruñido
Redondo escudo. ¡Oh Sol! ¿De dó manando
En tu inmortal carrera
Va, dí, tu eterno resplandor lucido?
Radiante en tu belleza
Majestuoso te muestras, y corridas
Las estrellas esconden su cabeza
En las nubes: las ondas de Occidente,
Las luces de la luna oscurecidas
Sepultan en su seno; reluciente
Tú en tanto vas midiendo el amplio cielo.
¿Y quién podrá seguir tu inmenso vuelo?
Los robles empinados
Del monte caen; el alto monte mismo

2008 Ministerio de Cultura

Los siglos precipitan al abismo;
Los mares irritados
Ya menguan y ya crecen,
Ora se calman y ora se embravecen;
La blanca luna en la celeste esfera
Se pierde, más tú ¡oh Sol! en tu carrera
De eterna luz brillante
Ostentas tu alma faz siempre radiante.
Cuando el mundo oscurece
La tormenta horrorosa, y cruje el trueno,
Tú, riendo sereno,
Muestras tu frente hermosa
En las nubes, y el cielo se esclarece.
¡Ay! que tus puros fuegos
En balde lucen, que los ojos ciegos
De Ossián no los ven más: ya tus cabellos
Dorados vaguen bellos
En las bermejas nubes de Occidente,
Ya en las puertas se muevan del Oriente.
Pero también un día su carrera
Acaso tendrá fin, como la mía;
Y sepultado en sueño, en tu sombría
Noche, no escucharás la lisonjera
Voz de la roja aurora:
Sol, en tu juventud gózate ahora.
Escasa es la edad yerta,
Como la claridad de luna incierta
Que brilla entre vapores nebulosos
Y entre rotos nublados.....

Estos versos, jugosos y entonados, aunque pobres de rima, son muestra clarísima de que sus largas ausencias y destierros no habían sido parte á que Marchena olvidara la dicción poética española, sin que todavía en aquella fecha necesitara recurrir para abrillantarla ó remozarla á los extraños giros, inversiones y latinismos con que en sus últimos años afeó cuanto compuso en prosa y en verso.

A los pocos días de haber llegado Marchena á Madrid, donde todavía imperaba, aunque solamente *pro fórmula*, el anti-

2008 Ministerio de Cultura

guo régimen, se creyó obligado el inquisidor general D. Ramón José de Arce (varón, por otra parte, de carácter tolerantísimo y latitudinario, y aun tildado de complicidad con las nuevas ideas), á mandar prender al famoso girondino, cuya estrepitosa notoriedad de ateo había llegado hasta España, escandalizando todos los oídos piadosos. Se le prendió, pues, y se mandó recojer sus papeles (algunos de los cuales tengo yo á la vista); pero Murat envió una compañía de granaderos, que le sacó á viva fuerza de las cárceles del Santo Tribunal. Con esta ocasión compuso Marchena ocho versos insulsos, que llamó *epígrama*, y que han tenido ménos suerte que aquella su famosa chanza contra el ministro Urquijo, desdichado traductor de *La Muerte de César*, de Voltaire:

Ayer en una fonda disputaban
De la chusma que dramas escribía
Cuál entre todos el peor sería:
Unos «*Morcin*», «*Comella*» otros gritaban
«El más malo de todos, uno dijo,
Es Voltaire traducido por Urquijo.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL

Otro recuerdo literario tenemos de Marchena, en este año de 1808. Es una tragedia clásica, *Polixena*, impresa entonces (1) pero no representada nunca, por los motivos que el autor, muy pagado siempre de cualquiera obra suya, indica en el prólogo de sus *Lecciones de filosofía moral*:

«Su autor nunca quiso consentir en que se representara; »no atreviéndose á fiar la obra á actores que, exceptuando »Maiquez, ni la más leve tintura tienen de declamación trágica. Del mérito de esta tragedia no soy yo juez competente; »mis elogios parecerían hijos de mi afecto, y si quisiera tratarla con rigor, me sucedería lo que á Dédalo: *bis patriae cecidere manus.*»

(1) *Polixena*, tragedia en tres actos por D. J. M. Madrid: en la Imprenta de Sancha. Año de 1808. 8.° 50 páginas.

2008 Ministerio de Cultura

En el penúltimo número del *Memorial Literario ó Biblioteca Periódica de Ciencias, Literatura y Artes*, en el mismo que contiene los sanguinarios bandos de Murat después del 2 de Mayo, publicóse un largo artículo encomiástico de esta tragedia, firmado con las iniciales *M. de C.*, que eran las de D. Mariano Carnerero, el cual entonces comenzaba su varia y azarosa carrera de periodista y diplomático, protegido antes del Príncipe de la Paz, afrancesado después de su caída, y finalmente camaleón político de todos colores, desde el liberal más exaltado hasta el realista más intransigente. Carnerero, pues, correligionario político de Marchena á la sazón, y quizá deseoso de entrar en el favor del gran Duque de Berg por mediación de su secretario, escribió en 10 de Mayo de 1808 (fecha nada oportuna para hablar de otras tragedias que las que se representaban en la calle) un pomposo elogio de la *Polixena*, que termina con estas curiosas palabras:

«El señor Marchena manifiesta bien los conocimientos in»mensos que posee en el arte difícil de la poesía dramática, y »al mismo tiempo prueba cuán estudiados tiene los grandes »modelos, cuyas huellas sigue con paso valiente. Desearíamos »que esta tragedia se representase, tanto por ver el efecto tea»tral que puede producir, como porque es una de las poquí»simas tragedias originales que poseemos dignas de citarse »con aplauso. Acaso (nos atrevemos á decirlo sin rebozo) es »la que más se acerca á las sublimes producciones de los Grie»gos y de Racine. ¿Pero dónde están los actores? Los pocos »que algo valían, están separados y consumidos con rencilla: »pero muy pronto, *un gobierno activo y amante de las artes va* »*á decidir las necias querellas y á ponernos en el sendero de la* »*prosperidad*, por el cual, al paso que las naciones se ilus»tran y fomentan, las artes imitadoras son protegidas, recom»pensadas é impelidas al punto de perfección que nunca to»can cuando *almas frías y destituidas de amor á las luces* »*manejan á su albedrío la suerte de sus semejantes*. Entonces los »literatos y los artistas ninguna disculpa tendrán, si no pro-

2008 Ministerio de Cultura

»gresan y corren á rivalizar con los más célebres modelos; en-
»tonces es interés nacional demostrar que si los españoles no
»habíanadelantado como era justo, no era por falta de ingenio,
»y sólo sí *por la fatalidad del indolente y viciado gobierno, bajo*
»el cual han vivido por espacio de dos siglos.»

No haremos alto en la frescura que suponen estos vaticinios estampados en la misma página (1) en que comienza aquella famosa *orden del día*:

«Soldados, el populacho de Madrid se ha sublevado, y ha
»llegado hasta el asesinato..... La sangre francesa ha sido de-
»rramada; clama por la venganza.»

Pero apartando tan importunos recuerdos, que no dejan en muy buen lugar el patriotismo del crítico ni el del poeta, dudamos mucho que la *Polixena*, aun representada por Máiquez, que á tantas tragedias débiles dió por algún tiempo apariencias de vida, hubiera podido triunfar en el teatro. El abate Marchena era humanista muy docto, pero no tenía ninguna condición de poeta dramático. Su tragedia es un ensayo de gabinete que puede leerse con cierto aprecio, el que merecen las cosas sensatas y los productos laboriosos de la erudición y del estudio: hay en ella felices imitaciones de Eurípides (2), de Virgilio (3), de Séneca el trágico (4), de Raci-

---

(1) 330 del *Memorial*.

(2) En su *Hécuba*.

(3) En el episodio de la muerte de Polytes (lib. II. de la *Eneida*):

Ecce autem elapsus Pyrrhi de caede Polytes
Unus natorum Priami, per tela, per hostes,
Porticibus longis fugit, et vacua atria lustrat.
....

La imitación de Marchena está en la escena II del acto 2.° en boca de Polixena, dirigiéndose á Terpandra.

(4) En *Las Troyanas*.

2008 Ministerio de Cultura

ne (1) y de otros clásicos antiguos y modernos: no falta nervio y majestad en la locución; pero todo es allí acompasado y glacial: ni Pirro, enamorado de Polixena, ni Polixena, fiel á la sombra de Aquiles, llegan á interesarnos: la fábula, simplicísima de suyo, se desenvuelve, no en acción, sino en largos y fatigosos discursos; y para colmo de desgracia, la versificación es, con raras excepciones, intolerablemente dura, premiosa y, por decirlo así, desarticulada. No hablemos de la plaga de asonantes indebidos, porque éste es vicio general de todas las composiciones de Marchena, y en él más disculpable que en otros, por el poco tiempo que había pasado en tierras extrañas, perdiendo el hábito de la peculiar armonía de nuestra prosodia. De todos modos, estos versos, faltos de fluidez y llenos de tropezones, robustos á veces por el vigor de la sentencia, pero ingratos casi siempre al oído, y por añadidura mal cortados para el diálogo dramático, hubieran hecho penoso efecto en un público acostumbrado á la sonora magnificencia de los versos del *Orestes*, del *Pelayo*, del *Oscar*, del *Polinice* y de *La Muerte de Abel*. La *Polixena*, además, hasta por lo inoportuno del tiempo en que salió á luz, no fué leída ni por los literatos siquiera, cayendo en el olvido más profundo, que quizá no merece del todo, aunque sea manifiesta-

---

(1) Principalmente en la *Andrómaca*, de donde está tomado el carácter de Pirro, que Marchena procuró depurar de algunos rasgos de falsa galantería. Por ejemplo, había dicho Racine:

Animé d'un regard, je puis tout entreprendre,
Votre Ilion encore peut sortir de son cendre:
....

Marchena suprimió lo de la *tierna mirada*, y prosigue así:

Mi mano, que rompió las fuertes puertas
De durísimo bronce, que guardaban
De Príamo el palacio, sabrá un día
Alzar del Ilión el sacro alcázar.....

El sueño de Polixena está visiblemente imitado del de Atalía.

2008 Ministerio de Cultura

mente muy inferior á la tragedia italiana de Niccolini sobre el mismo argumento, premiada en 1811 por la Academia de la Crusca (1).

El intruso rey José Bonaparte nombró á Marchena director (ó como entonces se decía *redactor*) de la *Gaceta* y archivero mayor del Ministerio del Interior (hoy de la Gobernación); incluyó su nombre en la lista de individuos que habían de formar parte de una grande Academia ó Instituto Nacional que pensaba fundar (2); le dió la condecoración de *caballero*

---

(1) En francés hay, por lo menos, seis *Polixenas*, todas poco estimadas: la de Billord (1607), la de Lafosse (1696), la de Legouvé (1784), la de Aignan (1804), la de Vauzelles (1832), además de varias óperas. Creemos que Marchena sólo conoció ó tuvo presente la de Legouvé, pero su principal modelo fué la *Andrómaca*, como ya hemos dicho.

(2) El Sr. Danvila, que posee la lista original de los individuos que habían de formar parte de esta institución *nonnata*, la ha dado á conocer en el último de los apéndices de su voluminosa y útil compilación sobre *El Poder Civil en España* (Madrid, 1887, t. 6.°, pág. 688). En esta nómina, que es muy curiosa, figuran una porción de nombres verdaderamente ilustres en diversos ramos del saber humano, debiendo advertirse que se incluyen entre ellos algunos, como Martínez Marina, que no fueron afrancesados jamás, pero que por una ú otra razón continuaron viviendo en Madrid durante la ocupación francesa, sin aceptar cargo alguno de los invasores. De todos modos la lista fué formada con mucha inteligencia, como lo prueban las calificaciones que acompañan á cada nombre. Aparecen en ella (aparte de otros menos conocidos) los matemáticos Pedrayes, Varas, Monasterio y Lanz (no *Sanz*, como está impreso); el físico Gutiérrez; el mecánico Sureda; los astrónomos Gutiérrez y Jiménez; los mineralogistas Hergen y Donato García; los botánicos Boutelou, Ruiz y Pavón, Zea, Rojas Clemente, Mociño; el agrónomo y veterinario D. Agustín Pascual; los médicos Luzuriaga, García Suelto, Rives y D. Eugenio de la Peña; el ideólogo Narganes de Posada; los jurisconsultos Cambronero, Arnao y Sotelo; los economistas Sixto Espinosa y D. Fernando de la Serna; los eruditos é historiadores Marina, Llorente, Vargas Ponce y Navarrete; los arabistas Conde y Bacas Merino; los helenistas Canseco, Hermosilla, Tomás y García y D. Benito Pardo de Figueroa (advirtiéndose acerca de este último que se hallaba en Rusia, donde en efecto publicó en 1810 su traducción de once odas de Horacio en verso griego); el hebraizante

2008 Ministerio de Cultura

de la Orden Española creada por él (que Moratín llamaba burlescamente *la cruz del pentágono*, y los patriotas *la orden de la Berengena*); y le ayudó con una subvención para que tradujera el teatro de Molière, secundando en esta tarea á Moratín, que acababa de adaptar á la escena española, con habilidad nunca igualada, *La Escuela de los Maridos*. Marchena puso en castellano todas las comedias restantes, según afirma en sus *Lecciones de filosofía moral*, pero desgraciadamente se ignora el paradero de esta versión completa, que á juzgar por las muestras que tenemos de ella, hubiera sido la mejor obra de Marchena y la que sin escándalo de nadie hubiese recomendado su nombre á la posteridad. Sólo llegaron á representarse é imprimirse dos comedias, *El hipócrita (Tartuffe)* en 1811, y *La Escuela de las Mujeres*, en 1812, ambas recibidas con grande aplauso, especialmente la primera, en los teatros de la Cruz y del Príncipe (1). Estas traducciones, ya bastante raras, dis-

---

Orchell; los humanistas Tineo, Melón, Cabrera, Estala y un D. Carlos Pignatelli, á quien se califica de «literato muy instruído, que trabajaba en »una traducción de Lucrecio celebrada por los conocedores»; los poetas Moratín y Meléndez; los arquitectos Villanueva y Pérez; el escultor Agreda; los pintores Goya y Maella; los grabadores Carmona y Sepúlveda. El nombre de Marchena, á quien se califica secamente de *escritor*, aparece colocado entre la sección de Economía Política y la de Historia, aunque ciertamente la índole de sus estudios no parecía llamarle á ninguna de las dos. Este proyecto es curioso, porque demuestra la copia y variedad de elementos científicos con que, á pesar de todas sus desgracias, contaba España en los primeros años de este siglo.

(1) —*El hipócrita. Comedia de Molière, en cinco actos, en verso. Traducida al castellano por D. J. Marchena. Madrid, 1811. En la imprenta de Alban y Delcasse, impresores del ejército francés en España; calle de Carretas, núm. 31.* 8.°; 142 págs.—Con una advertencia y una dedicatoria al ministro de lo Interior, marqués de Almenara, en elogio del cual consigna la curiosa especie de que «á su munífica liberalidad debió el »abate Casti algún desahogo en los postreros años de su vida».

—*La escuela de las mujeres. Comedia en cinco actos, en verso, de Molière, traducida por D. Josef Marchena. De orden superior. Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1812.* 8.°; 141 págs.—Con dedicatoria al rey

2008 Ministerio de Cultura

frutan de fama tradicional, sancionada por el juicio de Lista y de Larra, y en gran parte merecida. Marchena puso en ellas todo lo que podía poner un hombre que no había nacido poeta cómico: su mucha y buena literatura, su profundo conocimiento de las lenguas francesa y castellana. En la pureza de la dicción mostró especial esmero, y quizá por huir del galicismo, cayó alguna vez en giros arcáicos y violentos.

«Sé á lo menos (pudo decir con orgullo al frente del *Tartu-»ffe*) que esta versión no está escrita en lengua franca, idioma »que hablan tantos en el día, y en que allá ellos se entien-»den..... Declamen cuanto quieran en buen hora contra los que »saben el castellano los que no le han estudiado.... Nuestros

---

Josef, en que se advierte que la traducción se daba á luz *á expensas de la Imprenta Real, por orden de V. M.*

El *Tartuffe*, sin advertencia ni dedicatoria, fné reimpreso hace años en la colección del *Teatro Selecto Nacional y Extranjero*, publicada en Barcelona por el editor Manero, y dirigida en parte por D. Cayetano Vidal y Valenciano.

No es exacto que Marchena tradujese *El avaro*, de Molière. Ninguna de las versiones castellanas que andan impresas es suya. Hay dos del siglo pasado, á cual peores, una de D. Manuel de Iparraguirre y otra de D. Dámaso de Isusquiza, que también estropeó *La escuela de las mujeres* con el título de *El celoso y la tonta*. Por el contrario, la traducción de *El avaro*, publicada en Segovia en 1820 por el capitán de artillería D. Juan de Dios Gil de Lara, está hecha con esmero y es apreciable, aunque todavía dista mucho de la de Marchena y de los dos arreglos de Moratín.

Al éxito del *Tartuffe* en 1811 hubo de contribuir, aun más que el soberano mérito de esta comedia, el espíritu anticlerical que reinaba entre los afrancesados, y que acaso quería ver en la pieza mucho más de lo que Molière había puesto. Prohibióse la representación en 1814; pero fué aplaudida de nuevo en la época constitucional de 1820 á 1823, sufriendo segunda prohibición en 1824. En el siglo pasado también fué puesto en el Indice el arreglo ó imitación que hizo D. Cándido María Trigueros, con el título de *El gazmoño ó Juan de Buen-alma*, aunque había procurado suavizar algunas frases y situaciones del original. Por el contrario, en Portugal, el marqués de Pombal, en odio á los jesuítas, había hecho representar en 1768 esta comedia, traducida por el capitán Manuel de Sousa.

2008 Ministerio de Cultura

»traductores y muchos de nuestros autores no han venido á »caer en la cuenta de que, como el latín se aprende en los auto- »res latinos, así, ni más ni menos, el castellano se aprende en »los castellanos.»

El punto flaco de estas traducciones ya le indicó Lista, con su tino y buen gusto habituales, al dar cuenta de una representación del *Tartuffe,* en las revistas dramáticas que en 1821 escribía en *El Censor:*

«El Sr. Marchena, en quien la literatura española acaba »de perder uno de sus ornamentos, y la libertad uno de sus »más antiguos y constantes defensores, ha traducido con toda »verdad el pensamiento de Molière, le ha hecho hablar espa- »ñol, y ha sabido conservar la gracia y el enlace de las ideas; »pero sus versos en el género cómico carecen de la fluidez y »armonía que hemos notado en las composiciones líricas de »aquel sabio literato. Tiene la versificación cómica un giro par- »ticular, y con el cual es muy posible que no acierte un poeta »muy estimable en otros géneros. La armonía cómica está ya »irrevocablemente fijada en nuestra lengua por los versos de »*El viejo y la niña*, *La mogigata* y algunas escenas de *El ba- »rón;* y todo lo que se separe de las formas que presentan es- »tos modelos, no será más que prosa asonantada (1).»

Con menos fundamento se ha tildado á Marchena (y lo mismo hubiera podido tildarse á Moratín) de haber trasladado el escenario de estas comedias á España, cambiando los nombres de los interlocutores. Devotos habrá de Molière, sobre todo en Francia, á quienes esto parezca profanación intolerable; pero hay que tener en cuenta que estos arreglos se hicieron para la representación, y que si á unos, por saber el original de memoria, puede disonar el oir los conceptos de Molière en boca de Don Fidel, Don Simplicio, Don Liborio Carrasco ó Doña Isabelita, todavía más ridículo é intolerable sería para

(1) *El Censor, periódico político y literario.*—Madrid, 1821; en la imprenta de *El Censor*, por D. León Amarita; pág. 113.

2008 Ministerio de Cultura

un auditorio español el que desfilaran por la escena Mad. Pernelle, Orgon, Damis, Flipote, Sganarelle, y otros personajes de nombres todavía más revesados y menos eufónicos. Si las comedias de Molière tienen, como nadie niega, un fondo humano, poco importará que se exprese por boca de *Chrysale* ó por boca de Don Antonio.

Lo que principalmente falta á Marchena es gracejo y fuerza cómica. Pero el talento del hombre donde quiera se muestra, aun en las cosas que parecen más ajenas de su índole; y por eso las traducciones de Marchena se levantan entre el vulgo de los arreglos dramáticos del siglo XVIII *quantum lenta solent inter viburna cupressi.* Creo, sin embargo, que hubiera acertado haciéndolas todas en prosa, en aquella prosa festiva, tan culta y tan familiar á un tiempo, en que tradujo, años andando, los cuentos de Voltaire. Pero, fuesen en prosa ó en verso, siempre habrá que deplorar la pérdida de estas comedias, y también de las ilustraciones que Marchena pensó añadirlas, y cuyo plan expresa en el prólogo de *La escuela de las mujeres:*

«Se irán publicando las comedias de Molière, cada una de »por sí, y á medida que se fueren representando. Como apén- »dice de esta versión, saldrán adjuntas á algunas de ellas di- »sertaciones acerca de nuestro teatro, en que, sin disimular »los gravísimos yerros en que incurrieron nuestros antiguos »poetas, haremos notar las hermosuras que á vueltas de ellos »en sus producciones se encuentran. Trataremos en otras de la »comedia francesa, del teatro cómico en general, etc., de modo »que la colección de estos discursos pueda ser reputada por »una Poética de la comedia.»

No sabemos si algo de esto llegó á realizarse. Los papeles de Marchena sufrieron extravío después de su muerte, pero no hemos de perder la esperanza de que algún día parezcan.

Además de las comedias de Molière, tradujo y dió á los actores Marchena dos piezas cómicas francesas de menos cuenta, aunque muy celebradas entonces: *El amigo de los hombres*

2008 Ministerio de Cultura

y *El Egoista* (que es el *Philinte* del convencional Fabre de l'Eglantine, que quiso presentar en ella una tesis contradictoria de la de *El Misántropo)*, y *Los dos yernos*, del académico Etienne, que había tenido gran éxito en 1810.

A pesar de sus méritos literarios, cada día mayores, Marchena no hizo gran fortuna, ni siquiera con los afrancesados (1), lo cual ha de atribuirse á su malísima lengua, afilada y cortante como un hacha, y á lo áspero, violento y desigual de su carácter, cuyas rarezas, agriadas por su vida aventurera y miserable, ni aun á sus mejores amigos perdonaban. Acompañó al rey José en su viaje á Andalucía en 1810; y hospedado en Córdoba en casa del penitenciario Arjona, escribió, de concierto con él, una oda laudatoria del intruso monarca, refundiendo en parte otra que el mismo Arjona había compuesto en 1796, dando la bienvenida á Cárlos IV. La oda no es tan mala como pudiera esperarse de un parto lírico de dos ingenios, y tiene algunos versos felices; por ejemplo, aquellos en que convida á José á gozar las delicias de las márgenes del Betis, en que el cantor de la venganza argiva fingió la mansión de los bienaventurados y donde los fabulosos reyes Argantonio y Gerión tuvieron su pacífico imperio. Pero son intolerables las tristes adulaciones á la dominación extranjera, hasta llamar al usurpador «delicias de España»:

> Así el Bétis te admira cuando goza
> A tu influjo el descanso lisonjero,
> Al tiempo que de Marte el ímpio acero
> Aún al rebelde catalán destroza.

Los versos son malos, pero aún es peor y más vergonzosa la idea. ¡Y no temían estos hombres que se levantasen á turbar su sueño las sombras de los inultas víctimas de Tarragona! No hay gloria literaria que alcance á cohonestar tan indignas

(1) Así lo afirma uno de ellos, D. José de Lira, en carta al señor de Cueto, escrita desde París en 1859 (*Poetas líricos del siglo XVIII*, página 621).

2008 Ministerio de Cultura

flaquezas, ni toda el agua del olvido bastará á borrar aquella oda en que Moratín llamó al mariscal Suchet *digno trasunto del héroe de Vivar*, porque había conquistado á Valencia como él.

Un curioso folleto, publicado en 1813 con el título de *Descripción físico-moral de los tres satélites del tirano que acompañaban al intruso José la primera vez que entró en Córdoba* (1), los cuales tres satélites eran el superintendente de policía, Amorós, el comisario regio, Angulo, y nuestro Marchena, nos ofrece del último esta curiosa semblanza:

«Marchena, presencia y aspecto de mono, canoso, flaco y »enamorado como él mismo, jorobado, cuerpo torcido, nariz »aguileña, patituerto, vivaracho de ojos aunque corto de vista, »de mal color y peor semblante; secretario del general Deso- »lles, el segundo en la rapiña de Córdoba después de la entra- »da de Dupont, y con quien vino de Francia, donde se hallaba »huído por su mala filosofía y peor condición (2).»

---

(1) La portada prosigue de esta manera: *Con la descripción asimismo de la conducta rapiñadora de los generales franceses y su gran Napoleón, nuestro pérfido regenerador; con el solo fin de que todo español marche veloz á la guerra contra ese vil inhumano francés* (Al final). *Córdoba, año de 1813.—Imprenta real, 1813.* 4.° Papel do cuatro páginas, del cual debo comunicación á mi querido amigo D. Manuel Gómez Imáz, docto é incansable colector de documentos relativos á la guerra de la Independencia.

(2) Después de esta descripción en prosa, comienzan unos que quieren ser versos, del tenor siguiente:

Son Amorós, Angulo y Marchena,
Tres personas distintas, y ninguna buena.
Fiarás de Amorós, Marchena y Angulo?
De ninguno.
.....
¿Y qué diremos del buen Marchena?
Que ni tiene la cruz de la berengena. (*a*)
¿No es sabio de bella opinión?
Sí, preguntádselo á su amigo francmasón.
Además, siendo como es, un bicho

(a) Se la dieron después, en 1812.

2008 Ministerio de Cultura

Ha de advertirse, en honor de la verdad y como nuevo testimonio de que Marchena valía, aún moralmente, más que casi todas las gentes con quienes tuvo la desgracia de unirse, que el anónimo autor del folleto se limita á burlarse de su menuda persona y estravagante facha y ridículas pretensiones amorosas, pero no le achaca ninguno de los asesinatos, rapiñas y sacrilegios de que acusa á Amorós y á Angulo.

Siguió Marchena en 1813 la retirada del ejército francés á Valencia. Alli solía concurrir de tertulia á la librería de don Salvador Fauli, la cual gustaba de convertir en cátedra de sus opiniones antirreligiosas. Los mismos afrancesados solían escandalizarse, á fuer de varones graves y moderados, y le impugnaban, aunque con tibieza, distinguiéndose en esto Moratín y Meléndez. El librero temió por la inocencia de sus hijos, que oían con la boca abierta aquel atajo de doctas blasfemias, y fué á pedir cuentas á Marchena, á quien encontró leyendo la *Guía de pecadores*. El asombro que tal lectura le produjo, acrecentóse con las palabras del abate, que ya en otro lugar quedan referidas.

Ganada por los ejércitos aliados la batalla de Vitoria, Marchena volvió á emigrar á Francia, estableciéndose primero en Nimes y luego en Montpellier y Burdeos, cada vez más pobre y hambriento, y cada vez más arrogante y descomedido. En 28 de Septiembre de 1817 escribía Moratín al abate Melón:

«Marchena, preso en Nimes por una de aquellas prontitu»des de que adolece; dícese que le juzgará un consejo de gue»rra, á causa de que insultó y desafió á todo un cuerpo de »guardia. Yo no desafío á nadie y nadie se mete conmigo.» Y en postdata añade: «Parece que ya no arcabucean á Marche-

---

Pequeño, bizco, feo y contrahecho,
Pretende con alta arrogancia
Ser de la revolución de Francia
Autor, y dice con satisfacción
Ser jefe de nuestra revolución.

2008 Ministerio de Cultura

»na, y todo se ha compuesto con una áspera reprimenda, es-»polvoreada de adjetivos.»

Como recurso de su miseria, á la vez que como medio de propaganda, emprendió Marchena, para editores franceses, la traducción de varios libros, de los que por antonomasia se llamaban prohibidos, piedras angulares de la escuela enciclopédica. Vulgarizó, pues, las *Cartas Persianas*, de Montesquieu; el *Emilio* y la *Nueva Eloisa*, de Rousseau; los *Cuentos y novelas* de Voltaire (*Cándido*, *Micromegas*, *Zadig*, *El ingenuo*, etc.); el *Manual de los Inquisidores*, del abate Morellet (extracto infiel del *Directorium Inquisitorum* de Eymerich); el *Compendio del Origen de todos los cultos*, de Dupuis (libro tan ruidoso entonces como olvidado hoy, en que se explican todas las religiones por la astronomía y el símbolo zodiacal); cierto *Tratado de la libertad religiosa*, de un Mr. Bénoist, y alguna obra histórica, como la titulada *Europa después del Congreso de Aquisgram*, por el abate De Pradt (1). En un prospecto que

(1) Como todas estas traducciones fueron impresas y reimpresas muchas veces clandestinamente, no siempre es fácil apurar las fechas. De las *Cartas Persianas* conozco dos ediciones: Nimes, 1818, y Tolosa, 1821, aunque hay ejemplares con la falsa data de Cádiz *en la librería de Ortal* (dos tomos).

Emilio ó de la Educación. Burdeos, 1817, tres tomos 12.°, Madrid, imprenta de Albán y C.ª, 1821. Reimpreso hacia 1850 en el folletín de *Las Novedades*, pero suprimidos los nombres de Rousseau y Marchena para evitar el escándalo.

Julia ó la Nueva Eloysa, cartas de dos amantes, habitantes de una ciudad chica á la falda de los Alpes, traducidas por J. Marchena. Con láminas finas. Tolosa, *Bellegarrigue*, 1821, cuatro volúmenes dozavo francés. Reimpresos en Versalles, *Imprenta Francesa y Española*, 1823; Barcelona, 1836, imp. de M. Sauri (otros ejemplares dicen imp. de J. Tauló), siempre en 8.° Hay otra edición en 4.°, también de Barcelona, 1837, imprenta de Oliveres. No debe confundirse la versión de Marchena con otra que hizo Mr. de Fuentes, llena de extravagancias de lenguaje. (Barcelona, imp. de A. Bergnes, 1836-1837).

Novelas de Voltaire. Burdeos, 1819. Sevilla, 1836 (una y otra en tres

2008 Ministerio de Cultura

repartió en 1819, anunciaba, además, que muy en breve publicaría el *Essai sur les moeurs* y el *Siglo de Luis XIV*, y quizá hiciera alguna otra versión que no ha llegado á mis manos; porque Marchena inundó literalmente á España de engendros volterianos, y á pesar de todas las trabas puestas á su circulación por el Gobierno absoluto de Fernando VII, estos libros, introducidos de contrabando por la frontera francesa, llevaron por todas partes su maléfica influencia, contagiando á gran parte de la juventud, especialmente á los estudiantes, entre quienes corrían con profusión, como sabemos por testimonios dignos de fe, respecto de Alcalá, Salamanca y Sevilla. Por desgracia, algunas de estas versiones estaban hechas con tal primor y arte, y en tan pura lengua castellana, que hacían

---

tomos 12.°). Hay otras ediciones, entre ellas una reciente de la *Biblioteca Perojo* (dos tomos 4.° con un breve prólogo de D. Juan Valera).

Compendio del origen de todos los cultos. Barcelona 1820 (parece impresión extranjera), Burdeos, 1821.

Manual de inquisidores, para uso de las inquisiciones de España y Portugal, ó compendio de la obra titulada Directorio de Inquisidores, de Nicolás Eymerico. Traducida del francés en idioma castellano por J. Marchena; con adiciones del traductor acerca de la Inquisición de España. Montpeller, F. Aviñón, 1819, XII-159 págs. (Hay ejemplares con portada de Burdeos). Esta y la que sigue son las más raras entre las traducciones de Marchena, porque no creo que se reimprimieran nunca.

De la libertad religiosa. Traducido del francés del Sr. A. V. Benoit; por D. Josef Marchena. *Impreso en Barcelona.* (Puede que lo fuese, pero los tipos parecen extranjeros.) Al fin se lee esta curiosa *Nota del traductor*, la cual prueba que el libro no había sido publicado antes de 1820.

«En la obra del Sr. Benoit que presentamos al público español se con»tienen los verdaderos principios de una sana legislación en materia de »religión. *Pero habiendo la constitución española privilegiado un culto »religioso, nos proponemos dar á luz otra producción original nuestra »con el título de «La tolerancia religiosa.»* En ella expondremos los me»dios que creemos más acertados para allanar el camino que ha de condu»cir á la libertad de cultos, sin excitar disturbios en la plebe, y especial»mente para templar, en cuanto fuere dable, los males que acarrea nece»sariamente al Estado un culto que se ha declarado nacional. Este libro

2008 Ministerio de Cultura

mucho más temible y peligroso el veneno. Otras eran atropelladas y *de pane lucrando,* hechas por el abate para salir del día, con rapidez de menesteroso y sin intención literaria. De aquí enormes desigualdades de estilo, según el humor del intérprete y la mayor ó menor largueza de los libreros que hacían trabajar á Marchena á destajo. Apenas puede creerse que salieran de la misma pluma la deplorable versión de las *Cartas Persianas*, que parece de un principiante; la extravagantísima del *Emilio*, atestada de arcaismos, transposiciones desabridas y giros inarmónicos, y la fácil, y castiza y donosa de *Cándido*, de *Micromegas* y de *El ingenuo*, que casi compiten en gracia y limpieza de estilo con los cuentos originales. Esta traducción, muy justamente ponderada por D. Juan Valera, en cuyo primoroso estilo parece haber ejercido alguna remota influencia,

---

»será utilísimo á nuestra nación, porque no sólo determinaremos en él las »relaciones que contrae un Estado con un culto cualquiera que ha decla- »rado privilegiado la ley, mas también concretaremos nuestras ideas á la »religión católica, que es la que la nación española declara nacional, y cu- »yas relaciones actuales con el Estado tanto importa por consiguiente »fijar con exactitud.»

En todas estas traducciones puso Marchena su nombre, y creemos que fueron las únicas que hizo de libros de este género, aunque con ningún fundamento le han atribuído otras, por ejemplo la rarísima de *El Contrato Social* (Londres, 1799), una de la *Pucelle,* de Voltaire (en prosa), que suena impresa en Cádiz, 1820, y otra (en verso suelto) de la *Guerra de los Dioses*, sacrílego, monstruoso y brutal poema de Parny, que se ha impreso en castellano dos veces por lo menos, y cuyo traductor, que, á juzgar por el estilo, no era lerdo, se ocultó con el seudónimo de *Ludovico Garamanta.* Algunos la atribuyen al periodista Ramajo, uno de los redactores de *El Conciso*, de Cádiz, en la primera época constitucional.

Una de las traducciones castellanas de *Las Ruinas*, de Volney, y de su *Catecismo de la ley natural*, va atribuída á Marchena en algunas ediciones (por ejemplo, en la de París, 1842, libreria Panckouke), pero dudamos que sea suya: quizá se puso su nombre para darla más crédito. *Las Ruinas* habían sido ya traducidas al castellano, é impresas clandestinamente en 1797, dando ocasión á un ruidoso proceso, de que habla demasiado rápidamente Quintana en la *Vida de Meléndez.*

2008 Ministerio de Cultura

prueba lo que Marchena era capaz de hacer en prosa castellana cuando se ponía á ello con algún cuidado, y no caía en la tentación de latinizar á todo trapo, como en el famoso *discurso* de que hablaré después. El mérito de la traducción de las *Novelas* puede apreciarse con una sencilla comparación. Moratín, uno de los perfectos modelos, quizá el más perfecto de su tiempo en la prosa festiva y familiar, tradujo también el *Cándido* de Voltaire (1). La traducción es muy digna de él, aunque por justos reparos no figure en la colección de sus obras; y, sin embargo, con todos los respetos debidos á tal maestro de lenguaje, no nos atrevemos á decir que venza en gracejo y blanda ironía á la de Marchena. Y aunque parezca cosa baladí, que está al alcance de cualquier jornalero literario, la traducción de un libro francés en prosa, no debe de ser tan fácil la empresa cuando se trata de castellanizar lo que se traduce, respetando el giro y propiedad de nuestra lengua. Los versos franceses suelen ganar puestos en castellano; pero las buenas traducciones en prosa son tan raras, que en todo el fárrago de la literatura del siglo XVIII sólo recordamos, como dignas de especial y entera alabanza, el *Gil Blas*, del P. Isla (á quien bien pueden perdonarse algunas infidelidades al texto y algunos galicismos leves, en gracia del vigor, animación y naturalidad del conjunto), el delicioso *Robinsón*, de D. Tomás de Iriarte, y las ya citadas de Moratín y Marchena.

Pero el trabajo más meritorio y más celebrado de nuestro abate por aquellos días, fué la colección de trozos selectos de nuestros clásicos, intitulada *Lecciones de filosofía moral y elocuencia* (2). La colección en sí parece pobre y mal ordenada,

---

(1) *Cándido ó el Optimismo, traducido por Moratín. Cádiz, imprenta de Santiponce*, 1838, 12.° (Creemos falsa la portada: los tipos son los de la imprenta de Cabrerizo en Valencia, y el tamaño el mismo de la colección de novelas que él publicaba.)

(2) *Lecciones de filosofía moral y elocuencia, ó colección de los trozos más selectos de poesía, elocuencia, historia, religión y filosofía moral y política de los mejores autores castellanos, puestas en orden por don*

2008 Ministerio de Cultura

comparándola con otras antologías del mismo tiempo, ó poco anteriores, como el *Teatro crítico de la elocuencia española*, de Capmany, ó la de *Poesías selectas* que formó Quintana. Pero lo notable es un *discurso preliminar* y un *exordio*, en que Marchena teje á su modo la historia literaria de España, y nos da, en breve y sustancioso resumen, sus opiniones críticas é históricas y hasta morales y religiosas. Lejos están ya de nosotros los tiempos en que este discurso fué puesto en las nubes, aun por literatos que no participaban de las aberraciones políticas y religiosas de Marchena. Don Juan María Mauri, por ejemplo, en su *Espagne poétique*, aun deplorando «el lenguaje afectado, extraño y trivialmente indígena» de Marchena, estima que este trozo crítico es, por otra parte, «el mejor hecho, «el más nutrido de ideas, el más vigoroso que se haya publicado nunca.»

Usando de una expresión vulgarísima, pero muy enérgica, tengo que decir que se cae el alma á los piés cuando, engolosinado uno con tales ponderaciones, acomete la lectura del célebre *discurso* y quiere apurar los quilates de la ciencia críti-

---

Josef Marchena.... Burdeos, imp. de D. Pedro Beaume, 1820. Tomo I (147-460 págs. , tomo II (656 pág.) 4.°

El título, y hasta cierto punto el plan de esta compilación, parecen tomados de las *Leçons de Littérature et de Morale*, de Noel y Laplace, que corrían entonces con mucho aprecio para la enseñanza de la lengua francesa en sus clásicos.

La compilación de Marchena salió como en competencia de otra más vasta y mejor ordenada que un año antes habían comenzado á publicar, también en Burdeos, otros dos emigrados españoles: *Biblioteca selecta de Literatura Española, ó modelos de elocuencia y poesía, tomados de los escritores más célebres desde el siglo XIV hasta nuestros días, y que pueden servir de lecciones prácticas á los que se dedican al conocimiento y estudio de esta lengua, por P. Mendibil y M. Silvela. Burdeos, en la imprenta de Lawalle, 1819,* 4 tomos, 4.° El *discurso preliminar* es sensato y erudito para aquel tiempo; pero si carece de las extravagancias del abate Marchena, tampoco tiene sus genialidades felices, ni sus atrevimientos ingeniosos.

2008 Ministerio de Cultura

ca de Marchena. Hoy que el libro ha perdido aquella misteriosa aureola que le prestaban de consuno la prohibición y el correr á sombra de tejado, pasma tanto estruendo por cosa tan mediana. La decantada perfección lingüística de Marchena en este fragmento, que quiso presentar como *pieza de examen*, estriba en usar, monótona y afectadamente, del hipérbaton latino con el verbo al fin de la cláusula, venga ó no á cuento, y aunque desgarre los oídos; en embutir donde quiera las locuciones *muy más*, *cabe*, *so capa* y *eso más que*, sobre todo esta última, que se le antojaba muy castiza, no sé por qué; en encrespar toda la oración con vocablos altisonantes, revueltos con otros de bajísima y plebeya ralea; en llenar la prosa de fastidiosísimos versos endecasílabos, y en torcer y descoyuntar de mil modos la frase, dándose casi siempre tal maña, que escoge, para rematar el período, la combinación más áspera y chillona. Muy loable era el purismo teórico de Marchena; excelente la doctrina que sobre este particular profesaba (1), y en algunas de sus traducciones no hay duda que predicó con el ejemplo. Pero si sólo le juzgásemos por esta muestra de su prosa original, muy menguado tendríamos que suponer el estudio que había hecho de los clásicos, puesto que no le habían enseñado lo primero que debe aprenderse de ellos: la naturalidad. Estilo más enfático y pedantesco que el del tal discurso, apenas le conozco en castellano, digo, entre las cosas castellanas que merecen ser leídas.

Porque lo merece sin duda, aunque esté lleno de gravísi-

---

(1) «De todos los modernos idiomas (dice en este mismo *discurso*), es el nuestro el que menos con el francés se aviene..... Dejo aparte que es risible empeño el de enriquecer tan abundante idioma como el nuestro con otro que lo es mucho menos, como el francés, y me ciño á apuntar el precepto tan sabido, desde Horacio á acá, que los idiomas, para remediar sus necesidades, han de acudir á su primitiva fuente; y siendo la del nuestro el latín, mezclado con el árabe; de la lengua latina, de la griega..... y de la arábiga, hemos de derivar los idiotismos y locuciones que necesitáremos, adaptándolos á la índole del castellano.»

2008 Ministerio de Cultura

mos errores de hecho y de derecho, y escrito con rencorosa saña de sectario, que transpira desde las primeras líneas. La erudición de Marchena en cosas españolas era cortísima. Hombre de vasta lectura latina y francesa, había saludado muy pocos libros castellanos, aunque estos los sabía de memoria. Garcilaso, el bachiller La Torre, Cervantes, ambos Luises, Mariana, Hurtado de Mendoza, Herrera y Rioja, Quevedo y Solís, Meléndez y Moratín, constituían para él nuestro tesoro literario. De ellos y pocos más formó su colección: de ellos casi solos trata en el *Discurso Preliminar*. La poesía de la Edad Media es para él letra muerta, aun después de las publicaciones de Sánchez; de los romances tampoco sabe nada, ó lo confunde todo: ni uno sólo de los históricos, cuanto más de los viejos, admite en su colección. Los juicios sobre autores del siglo XVI suelen ser de una petulancia y ligereza intolerables: llama á las obras de Santa Teresa *adefesios que excitan la indignación y el desprecio*, y no copia una sola línea de ellas. Tampoco del venerable Juan de Ávila, ni de otro alguno de los predicadores españoles, porque son *títeres espirituales*. Los ascéticos, con excepción de Fr. Luis de Granada, le parecen *mezquinos y risibles*: las obras místicas y de devoción, *cáfila de desatinos y extravagancias, disparatadas paparruchas*. Los *Nombres de Cristo*, del Maestro León, le agradan por el estilo; ¡lástima que *el argumento sea de tan poca importaucia*, como que *nada vale!* De obras filosóficas no se hable, porque tales ciencias (basta que lo diga Marchena bajo su palabra) *nunca se han cultivado ni podídose cultivar en España*, donde el abominable tribunal de la Inquisición aherrojó los entendimientos, privándolos de la libertad de pensar. ¿Ni qué luz ha de esperarse de los historiadores, *esclavos del estúpido fanatismo*, y llenos de milagros y patrañas? Borrémoslos, pues, sin detenernos en más averiguaciones y deslindes.

Por este sistema de exclusión prosigue Marchena hasta quedarse con Cervantes y con media docena de poetas. Tan extremado en la alabanza como antes lo fué en el vituperio, no sólo

2008 Ministerio de Cultura

afirma que nuestros líricos vencen con gran exceso á los demás de Europa, porque resulta, según su cálculo y teoría, que el fanatismo, calentando la imaginación, despierta y aviva el estro poético, sino que se arroja á decir que la canción *Á las Ruinas de Itálica* vale más que todas las odas de Píndaro y Horacio juntas: tremenda andaluzada que ni siquiera en un hijo de Utrera, paisano del verdadero autor de la oda, puede tolerarse. Bella es la canción de las *Ruinas*, y tuvo en su tiempo la novedad de la inspiración arqueológica; pero ¡cuántas composiciones líricas la vencen, aún dentro de nuestro Parnaso! Marchena, amontonando yerro sobre yerro, continúa atribuyendo (como D. Luis José Velázquez) los versos del bachiller La Torre á Quevedo: cita, como ejemplo de la fuerza y originalidad de la dicción poética de éste, una traducción de Horacio, que es del Brocense; y, finalmente, decreta, sin ningún género de salvedades, el principado de la lírica á los andaluces, poniéndose él mismo en el coro (y nada menos que al lado del Divino Herrera), no sin anunciar que ya vendrá día en que la posteridad le alce un monumento, vengándole de sus inicuos opresores.

Y sin embargo, la crítica de Marchena no es vulgar, ni mucho menos, aunque diste bastante de ser la mejor de su tiempo, como han pretendido algunos. Faltan en ella cualidades preciosas que otros tuvieron: el delicado análisis que Capmany, antes y mejor que nadie, aplicó á nuestra prosa; el hondo sentido de la forma poética, la insinuante moderación, el toque sobrio y firme de Quintana; la lucidez y simpática elegancia de Martinez de la Rosa; el buen instinto generoso y amplio de Lista; el vigor dialéctico que muestra Reinoso, aun sujeto por las trabas de la árida ideología de su tiempo. En cambio Marchena, hombre de cultura más extensa que profunda, pero grande al cabo, y en algunos puntos superior á la de casi todos sus coetáneos, tiene, á falta del juicio, que es la cualidad que menos le acompañó en sus obras ni en su vida, una libertad de espíritu aventurera é indisciplinada, que muchas veces le des-

2008 Ministerio de Cultura

carría, pero que también le sugiere casuales aciertos, expresados por él con su ingénita bizarría y con el original desenfado propio de su temperamento de polemista curtido en las más recias tormentas revolucionarias. De vez en cuando centellean en aquellas extrañas páginas algunas intuiciones felices, algunos rasgos críticos de primer orden: tal es el juicio del *Quijote;* tal alguna consideración sobre el teatro español, perdida entre mucho desvarío, que quiere ser pintura de nuestro estado social en el siglo XVII, tan desconocido para Marchena como podía serlo el XIV; tal la distinción entre la verdad poética y la filosófica; tal lo que dice del platonismo erótico; tal el hermoso paralelo entre fray Luis de Granada y fray Luis de León, considerado como prosista, que es quizá el mejor trozo que escribió Marchena, por más que algo le perjudique la forma retórica de la simetría y de la antítesis; tal el buen gusto con que en pocos y chistosos rasgos tilda el castellano de Cienfuegos, en quien le agradaban las ideas y le repugnaba el neologismo. Pero repito que todos estos brillantes destellos lucen en medio de una noche caliginosa, donde á cada paso va el lector tropezando, ya con afirmaciones gratuitas, ya con juicios radicalmente falsos, ya con ignorancias de detalle, ya con alardes intempestivos de ateismo y despreocupación, ya con brutales y sañudas injurias contra España, ya con vilísimos rasgos de mala fe. En literatura, su criterio es el de Boileau; y aunque esto parezca inverosímil en hombre como Marchena, que en materias religiosas, políticas y sociales llevaba hasta la temeridad su ansia de novedades, y sólo vivía del escándalo y por el escándalo, en literatura es, como su maestro Voltaire, acólito sumiso de la iglesia neo-clásica, observador fiel de los cánones y prácticas de los preceptistas del siglo de Luis XIV, y furibundo enemigo de los modernos estudios y teorías sobre la belleza y el arte, de «esa nueva oscurísima escolástica, con »nombre de *estética*, que califica de *romántico* ó novelesco »cuanto desatino la cabeza de un orate imaginarse pueda.» Para Marchena, como para todos los volterianos rezagados,

2008 Ministerio de Cultura

para José María Chénier, para Daunou, para La Harpe antes y después de su conversión, Racine y Molière continuaban siendo las columnas de Hércules del arte. En su crítica y en su estética (si es lícito usar aquí este nombre por él tan aborrecido), no le cuadraba mal á Marchena ese apodo de *abate*, que, quizá con intención sarcástica, añadían siempre á su apellido sus contemporáneos; porque en esto continuaba siendo un abate del siglo XVIII. A Shakespeare le llama *lodazal de la más repugnante barbarie;* á Byron, ni aún le nombra; de Goethe no conoce ó no quiere conocer más que el *Werther*.

Juzgadas con este criterio nuestras letras, todo en ellas había de parecerle excepcional y monstruoso. Restringido arbitrariamente el principio de imitación que el realismo español había interpretado con tan amplio sentido; entendida con espíritu mezquino la antigüedad misma (¿ni qué otra cosa había de esperar de quien dice que *Esquilo violó las reglas del drama*, es decir, las reglas del abate D'Aubignac?); convertidos en pauta y ejemplar único los artificiales productos de una cultura cortesana y refinadísima, flores la mayor parte de invernadero, sólo el buen gusto y el instinto de lo bello podían salvar al crítico en los pormenores y en la aplicación de sus reglas, y de hecho salvan más de una vez á Marchena. Pero aun en estos casos es tan inseguro y contradictorio su juicio, parecen tan caprichosos sus amores y sus odios, y tan podrida está la raíz de su criterio histórico, que los mismos esfuerzos que hace para dar á su crítica carácter trascendental y entretejer la historia literaria con los hilos de la historia externa, sólo sirven para despeñarle. Bien puede decirse que todo autor español comienza por desagradarle en el mero hecho de ser español y católico; y necesita un gran esfuerzo para sobreponerse á esta prevención. No concibe literatura grande y floreciente sin espíritu irreligioso; y cegado por tal manía, ora se empeña en demostrar que los españoles de la Edad Media eran muy tolerantes y hasta indiferentes en religión, como si no protestaran de lo contrario las hogueras que encendió San Fernando, las

2008 Ministerio de Cultura

matanzas de judíos, los actos de la Inquisición catalana, y todos nuestros cuerpos legales; ora se atreve á poner lengua (caso raro en un español) en la veneranda figura de la Reina Católica, á quien llama «implacable en sus venganzas, y sin fe »en la conducta pública»; ora coloca al libelista Fr. Paolo Sarpi en puesto más eminente que á todos nuestros historiadores, por el solo hecho de haber sido tenido por protestante aunque solapado; ora desprecia como *bárbara cáfila de expresiones escolásticas* la ciencia de Santo Tomás y de Suárez; ora niega, porque sí, y por quitar una gloria más á su patria, la realidad del mapa geodésico del maestro Esquivel, de que dan fe por vista de ojos Ambrosio de Morales y otros testigos irrecusables; ora explica la sabiduría de Luis Vives por haberse educado fuera de la Península (olvidando sin duda sus vehementes diatribas contra la Universidad de París); ora califica de patraña un hecho tan judicialmente comprobado como el asesinato del Niño de la Guardia; ora imagina, desbarrando, que los *monopantos* de Quevedo son los jesuitas; ora calumnia feamente á la Inquisición, atribuyéndola el desarrollo del molinosismo, que ella castigó sin paz y sin tregua; ora nos enseña como profundo descubrimiento filosófico que los *inmundos trágicos de la Epístola Moral* son «nuestros frailes, los más »torpes y disolutos de los mortales, encenagados en los más »hediondos vicios, escoria del linaje humano». Pero lo más curioso y extravagante es la razón que da para no incluir en su colección mayor número de trozos de Fr. Luis de Granada, á pesar de lo muy persuadido que estaba del soberano mérito de este escritor, que parece haber sido el predilecto suyo entre los nuestros. ¡La razón es que le tenía por *inmoral!* Y ciertamente que su moral era todo lo más contrario á la extraña moral de Marchena, el cual en otra parte de este abigarrado discurso, donde todo es intemperante, el pensamiento y la expresión, truena con frases tan estrambóticas como grande es la aberración de las ideas, contra «*la moral ascética, enemiga de los de-*»*leites sensuales en que la reproducción del humano linaje se*

2008 Ministerio de Cultura

»*vincula, tras de los cuales corren ambos sexos á porfía.*» Él »profesa la *moral de la naturaleza*, «la de Trasíbulo y Timo»león;» y en cuanto á dogma, no nos dice claro si por aquella fecha era ateo ó panteista, puesto caso que del deismo de Voltaire había ya pasado, y no aceptaba ningún género de Teodicea, dejando en la categoría de los asertos más ó menos verosímiles, y sujetos al cálculo de probabilidades, «la existen»cia de *una ó muchas naturalezas increadas*, distintas de la »materia y señoras de ella; la multiplicidad de substancias en »el ser humano; la incorruptibilidad de unas cuando se co»rrompen las otras.»

Qui habitat in cœlis irridebit eos; y en verdad que parece ironía de la Providencia que la nombradía literaria de aquel desalmado jacobino, que en París abrió cátedra de ateismo, ande vinculada principalmente (¿quién había de creerlo?) á una oda de asunto religioso: la oda *A Cristo Crucificado.* De esta feliz inspiración quedó el autor tan satisfecho, que con su habitual é inverosímil franqueza, no sólo la pone por modelo en su colección de clásicos, sino que la elogia cándidamente en el preámbulo, y, comparándose con Chateaubriand, cuya fama de poeta cristiano le sacaba de quicio, y de cuyos *Mártires* decía que «son una ensalada compuesta de mil yerbas, acedas »aquellas, saladas estotras, y que juntas forman el más repug»nante y asqueroso almodiote que gustar pudo el paladar hu»mano,» exclama con estudiantil desgarro: «Entre el poema »de *Los Mártires* y la oda *A Cristo Crucificado* media esta di»ferencia: que Chateaubriand no sabe lo que cree y cree lo »que no sabe, y el autor de la oda sabe lo que no cree y no »cree lo que sabe.»

La inmodestia del autor, por una parte, y por otra los excesivos elogios que en todo tiempo han tributado á esta oda los críticos de la escuela literaria á que el autor pertenecía, contribuyen á que la composición de Marchena no haga en todos los lectores el efecto que por su robusta entonación debiera. El autor la admiró por todos y antes que todos, se decretó

2008 Ministerio de Cultura

por ella una estatua y nada nos dejó que admirar. Así y todo, es pieza notable, algo artificial y pomposa, demasiado *herreriana* con imitaciones muy directas, desigual en la versificación, desproporcionada en sus miembros, pequeña para tan grandioso plan, que quiere ser nada menos que la exposición de toda la economía del Cristianismo, y, por último, fría y poco fervorosa, como era de temer del autor, aunque muchos, con exceso de buena fe, hayan creído descubrir en ella verdadero espíritu religioso. Si lo que Marchena se propuso, según parece, fué demostrar que sin fe pueden tratarse magistralmente los temas sagrados, la erró de medio á medio, y su oda es la mejor prueba contra su tesis. Fácil es á un hombre de talento y de muchas humanidades calcar frases de los libros santos y frases de León y de Herrera, y zurcirlas en una oda, que no será ni mejor ni peor que todas las odas de escuela; pero de esto, al brotar espontáneo de la inspiración religiosa, ¡cuánto camino! Júzguese por las primeras estancias de la oda de Marchena, que si bien compuestas de taracea, tienen, ciertamente, rotundidad y número, y vienen á ser las mejores de esta composición, en que *todo es cabeza*, como si el autor, fatigado de tan valiente arranque, se hubiese dormido al medio de la jornada:

Canto al Verbo divino,
No cuando inmenso, en piélagos de gloria,
Más allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y *el Padre se embebece*
***En la perfecta forma no creada* (1),**
Ni cuando de victoria
La sién ceñida, el rayo fulminaba
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo Averno,

BIBLIOTECA DEL PALACIO REAL

(1) ¡Admirablemente dicho! Si toda la canción estuviese escrita como este sublime rasgo, sería de un gran poeta.

E. M.—*Febrero* 1897.

2008 Ministerio de Cultura

Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el Padre conjurada.
No le canto tremendo,
En nube envuelto horrísono tonante,
Del Faraón el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundieron,
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el raudo viento,
No fueron: la mar vino
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amón y Canaán se estremecieron.

Muy inferiores á ésta son las demás poesías de Marchena, que él, con la misma falta de modestia, va poniendo por dechados en sus géneros respectivos. Todas ellas figuran en la colección manuscrita de París, siendo la más notable una *Epístola sobre la libertad política*, dirigida al insigne geómetra español D. José María Lanz, creador, juntamente con don Agustín Betancourt, de la nueva ciencia de la *Cinemática* (1).

En general, esta epístola está pésimamente versificada, llena de asonancias ilícitas, de sinéresis violentas y de cuñas prosáicas; muestra patente de que el autor sudaba tinta en cada verso, obstinado en ser poeta contra la voluntad de las hijas de la Memoria. Hay, no obstante, algunos tercetos dignos de notarse por lo feliz de la idea ó de la imagen, ya que no de la ex-

---

(1) La obra de estos dos ingenieros españoles, titulada *Essai sur la composition des machines*, cuya segunda edición es de 1819 (ignoro la fecha de la primera), obtuvo los elogios de Monge, y sirvió de texto por muchos años en la Escuela Politécnica de París.

La amistad de Marchena con Lanz hubo de fundarse, no solamente en la comunidad de ideas políticas, sino también en la afición de Marchena á los estudios matemáticos. Aludiendo á esto en su *Discurso*, dice de sí mismo «que había hecho como el enano de Saturno en el *Micromegas*, de »Voltaire, muchos cálculos largos y muchos versos cortos.»

2008 Ministerio de Cultura

presión, y porque, además, nos dan el pensamiento político de su autor acerca de la revolución después de pasados los primeros terrores de ella:

Tal la revolución francesa ha sido
Cual tormenta que inunda las campañas,
Los frutos arrancando del ejido;
Empero el despotismo las entrañas
Deseca de la tierra donde habita,
Cnal el volcán que hierve en las montañas.

Queriendo mostrar el autor que todos los excesos revolucionarios son consecuencia del despotismo, y que él nutre y educa la revolución á sus pechos, usa de esta notable comparación:

Así en Milton los monstruos del abismo
Devoran con rabioso ávido diente
De quien les diera el ser el seno mismo.

Tampoco carece de cierta originalidad Marchena como primer cantor español de *la duda*, y precursor en esto de Núñez de Arce y otros modernos:

¡Dulce esperanza, ven á consolarme!
¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?
Quien me dió el ser ¿no puede conservarme
más allá de la tumba? ¿Está ceñida
á este bajo planeta su potencia?
¿El inmenso poder hay quien lo mida?
¿Qué es el alma? ¿Conozco yo su esencia?
Yo existo. ¿Dónde iré? ¿De dó he venido?
¿Por qué el crimen repugna á mi conciencia?

Bien dijo Marchena que tal poesía era nueva en castellano, pero también ha de confesarse que la nueva cuerda añadida por él á nuestra lira no produce en sus manos más que sonidos discordes, ingratos y confusos.

2008 Ministerio de Cultura

También pagó tributo Marchena á uno de los más afectados, monótonos y fastidiosos géneros que por aquellos días estuvieron en boga: al de las epístolas *heroidas*, calcadas sobre la famosa de Pope, á la cual no llega ni se acerca ninguna de sus imitaciones. ¿Quién no conoce la famosa *Epístola de Eloisa á Abelardo*, que Colordeau imitó en francés, y que Santibáñez, Maury y algunos otros pusieron en castellano, tomándola ya del original ya de la versión, para nocivo solaz de mancebos y doncellas, que veían allí canonizados los ímpetus eróticos, reprobadas las austeridades monacales, y enaltecido sobre el matrimonio el *amor desinteresado y libre?*

Ciertamente que esta Eloisa nada tiene que ver con la escolástica y apasionadísima amante de Abelardo, ni menos con la ejemplar abadesa del Paracleto, sino que está trocada, por obra y gracia de la elegante musa de Pope, en una *miss* inglesa, sentimental, bien educada, vaporosa é inaguantable. ¿Dónde encontrar aquellas tan deliciosas pedanterías de la Eloisa antigua, aquellas citas de Macrobio y de las epístolas de Séneca, del *Pastoral* de San Gregorio y de la regla de San Benito; aquellos juegos de palabras *¡oh inclementem clementiam! ¡oh infortunatam fortunam!* mezcladas con palabras de fuego sentidas y no pensadas: *non matrimonii foedera, non dote aliquas expectavi, non denique meas voluptates aut voluntates, sed tuas, sicut ipse nosti, adimplere studui. ... Quae regina vel praepotens femina gaudiis meis non invidebit vel thalamis?..... Et si uxoris nomen sanctius ac validius videtur, dulcius mihi semper extitit amicae vocabulum, aut (si non indigneris) concubinae vel scorti, ut quo me videlicet pro te amplius humiliarem, ampliorem apud te consequerer gratiam, et sic excellentiae tuae gloriam minus laederem..... Quae cum ingemiscere debeam de commissis, suspiro potius de amissis.*

Después de leídas tales cartas, parece amanerada, aunque agradable siempre, la *Heroida* de Pope, donde ha desaparecido todo este encanto de franqueza y barbarie, de ardor vehementísimo y sincero. Con todo eso, esta ingeniosa falsificación

2008 Ministerio de Cultura

de los sentimientos del siglo XVIII tuvo portentoso éxito, y engendró una porción de imitaciones con el nombre de *heroidas*, dado ya en la antigüedad latina por Ovidio á otras epístolas galantes suyas, no menos infieles al carácter de los tiempos heroicos que lo eran las de sus imitadores al espíritu de la Edad Media.

¿Pero cuál de las imitaciones de la *Heroida* de Pope que hay en castellano es la de Marchena? El señor marqués de Valmar, doctísimo colector de nuestros poetas del siglo XVIII, se inclina á atribuirle la más popular de todas: la que se imprimió en Salamanca por Francisco de Toxár, en 1796, con título de *Cartas de Abelardo y Eloisa, en verso castellano,* y fué prohibida por un edicto de la Inquisición de 6 de Abril de 1799. El Sr. Bergnes de las Casas, que imprimió en Barcelona en 1839, juntamente con el texto latino de las *Cartas de Abelardo* y el inglés de la epístola de Pope, todas las imitaciones castellanas que pudo hallar de unas y otras, atribuye á D. Vicente María Santibáñez, catedrático de humanidades en Vergara, la susodicha famosa traducción que comienza:

En este silencioso y triste albergue,
De la inocencia venerable asilo.....

y da como anónima la respuesta, que parece obra original del traductor de la primera epístola, si bien muy inferior á ella en condiciones literarias, porque ya el original de Pope ó de Colardeau no sostenía la flaca vena de su autor:

¿Quién pudiera pensar que en tantos años
De penitente y retirada vida.....

El hallazgo del manuscrito de París ha venido á resolver la cuestión, puesto que en él aparecen dos epístolas de Eloisa y Abelardo, enteramente originales del abate Marchena y mucho más libres é impías que las que se imprimieron en Sala-

2008 Ministerio de Cultura

manca, de las cuales una, por lo menos, es de Santibáñez, según el testimonio irrecusable de Quintana, que le había conocido mucho, como también á Marchena (1). No es maravilla que tratándose de autores tan análogos en su vida y en sus ideas, y de composiciones sobre el mismo asunto, se hayan confundido las especies. Conste, pues, que las *heroidas* de Marchena son las que empiezan:

Sepulturas horribles, tumbas frías.....
¡Oh vida, oh vanidad, oh error, oh nada..... (2)

Así éstas como la mayor parte de las poesías líricas de Marchena, que yo he impreso en colección por vez primera, han sido fielmente copiadas por el docto profesor y querido amigo nuestro Mr. Alfred Morel-Fatio de un códice autógrafo de Marchena, que se conserva hoy en la Biblioteca de la Sor-

---

(1) «D. Vicente María Santibáñez, traductor de la *Heroida* de Pope, »con cuyo estilo y carácter tenía el suyo tan poca analogía y semejanza.» *(Introducción á la poesía castellana del siglo XVIII,* art. IV.)

(2) Faltan en la curiosa edición de las *Cartas de Abelardo y Eloisa* (dos tomos 4.°), Barcelona, 1839, imp. de A. Bergnes, que además de las cartas latinas y los estudios de Guizot, Cousin, etc., sobre Abelardo, contiene los textos originales de la heroida de Pope y de la de Colardeau, las dos de Santibáñez; la de Maury, en octavas (muy fría, pero audazmente versificada, como suya: ensayo de su juventud, impreso en Málaga en 1792, prohibido por la Inquisición en 1796), y tres heroidas más, de Beauchamps, Dorat y Mercier, puestas en versos castellanos nada vulgares por un poeta, cuyas iniciales son J. V.

Como prueba de la aceptación que tenía este falso género á principios del siglo, puede citarse la *Colección de varias heroidas, traducidas libremente de los mejores autores franceses por D. M. A. de C.....* (¿Don Mariano de Carnerero?) Madrid, en la imprenta de Repullés, 1810; dos tomos 12.°. A imitación de estas heroidas francesas, compuso algunas el P. Arolas, las cuales pueden leerse en la colección de sus versos juveniles (Valencia, 1842).

El final de la oda de Quintana *A la hermosura*, es una reminiscencia de la *heroida* de Pope.

2008 Ministerio de Cultura

bona, y procede de la librería de Mr. Lefebure de Fourcy, antiguo catedrático de la Facultad de Ciencias (1). De muchas de estas composiciones ya se ha ido haciendo mérito en el curso de esta biografía. Todas ellas parecen compuestas antes de 1808, y sin duda por eso no figura en el manuscrito de París la canción *A Cristo crucificado*, que debe de ser posterior.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

V

Cuando la revolución de 1820 abrió á los afrancesados las puertas de España, Marchena fué de los que regresaron, muy esperanzado sin duda de ver premiados bajo el nuevo régimen sus servicios á las ideas liberales, que ciertamente eran más antiguos que los de ningún otro español. Pero nada logró; porque la tacha de traidor á la patria le cerraba todo camino, en un tiempo en que las heridas del año 1808 manaban sangre todavía; y los mismos afrancesados, que apenas habían comenzado su laboriosa tarea para irse rehabilitando en la opi-

---

(1) Este códice tiene la signatura I—IV—48, y una nota en el reverso de la cubierta indica la procedencia: «*Ex libris Lefebure de Fourcy in Parisiensi Scientiarum facultate olim professoris à filiis datum MDCCCXIX.*» El Sr. Morel-Fatio describe el códice en estos términos:

«Tiene el códice 69 hojas escritas, y además muchas blancas; el texto acaba en la hoja 69, con el título de los *Diálogos filosóficos* en verso, que no se insertaron. Es indudablemente autógrafo, porque la letra de las correcciones es la misma que la del texto, y estas correcciones se ve luego que son del autor mismo y no de un copista. Al principio del códice se cortaron unas veinte hojas; pero como en la primera de las guardas hay el título de *Oeuvres de Marchena*, y en la segunda *Poesías* (de mano de Marchena), es probable que dichas hojas se cortaron antes de que escribiese nada nuestro autor en el libro. En todo caso, por el título *Poesías* de la segunda hoja hay motivo de suponer que, si falta algo, lo que falta será prosa y no versos.»

2008 Ministerio de Cultura

nión (como al fin lo consiguieron en los últimos años de Fernando VII, llegando á ejercer grande influencia en sus consejos como autores ó fautores de la teoría del despotismo ilustrado), huían de Marchena, clérigo apóstata, cuyo radicalismo político y religioso, todavía raro en España, bastaba para comprometer cualquier partido á que se afiliase. Bien á su costa lo experimentó en Sevilla, á donde le llevaron, sin duda, los recuerdos de su juventud y el apego al suelo natal. Sevilla era entonces un pueblo eminentemente realista, donde las ideas constitucionales sólo eran profesadas por una minoría exigua, al revés de lo que acontecía en Cádiz, Barcelona y otras ciudades marítimas. Uno de los biógrafos de Marchena (1), cuyos recuerdos personales se remontan bastante lejos, da sobre este punto curiosas y autorizadas noticias.

«La gente liberal en Sevilla era entonces baladí. La mayoría de lo que se llama pueblo, casi toda la nobleza y los propietarios y labradores pertenecían en ideas al absolutismo, fomentado por el numeroso y alto clero y por los más de los frailes.

»El bando liberal se componía de muy pocas personas importantes de la ciudad, comerciantes, tenderos, oficiales retirados, ociosos y vagabundos, alguna tropa de la guarnición y de los aficionados á alborotos.

»Se decía entonces, por fina ironía, que *todo el pueblo junto en el café del Turco* había promovido tal ó cual asonada, en cuya frase se pintaba gráficamente cuán reducido número de personas contaba el partido liberal en Sevilla.....»

Al principio Marchena fué bien recibido por los liberales sevillanos, é ingresó, á título honorífico, en una sociedad patriótica que allí había, no menos tumultuosa que sus análogas de Madrid, aunque menos perniciosa en sus efectos, que tenían más de bufo que de trágico, reduciéndose á sandias peroratas

(1) D. Adolfo de Castro, en el artículo ya citado de LA ESPAÑA MODERNA.

2008 Ministerio de Cultura

sobre los artículos del código constitucional, y á otras efusiones declamatorias propias de la candidez política de aquellos tiempos. A Marchena, que no solo había visto revoluciones de verdad, sino que había sido actor en ellas, le parecía todo aquello una absurda mojiganga, y como no se recataba de decirlo á los propios adeptos, con toda la malignidad sarcástica propia de su carácter violento y atrabiliario, se atrajo en poco tiempo muchos enemigos, que no le perdonaban aquella continua é implacable burla. Además, entre los patriotas del año 20, aunque la irreligión hubiese comenzado á hacer estragos y estuviese de moda cierto descreimiento, había no pocos hombres sinceramente cristianos, y aún devotos, que no pasaban más allá de la libertad política, y para quienes era un escándalo la impiedad que cínicamente afectaba Marchena. A los pocos meses de su llegada, había tenido la habilidad de ponerse mal, casi á un mismo tiempo, con los frailes de Sevilla y con el capitán general, que era al mismo tiempo jefe político de la provincia. Las cosas acontecieron de este modo.

Las Cortes de 1820 acababan de dar una ley (que Fernando VII sancionó á la fuerza, y bajo el amago de un motín) extinguiendo las órdenes monacales y reformando las regulares. Para celebrar este decreto, la Sociedad patriótica de Sevilla encargó un discurso á Marchena. Este discurso, que gustó en el primer momento (quizá porque la mayor parte del auditorio no lo entendió del todo), fué impreso por aclamación general, y entonces es cuando se vió la gravedad de las conclusiones racionalistas que la inexperta Sociedad había prohijado. Se trataba, en efecto, de un ardiente alegato en pro de la libertad de cultos, ó más bien del naturalismo y del indiferentismo religioso, pero envuelto en cierta fraseología mística que podía deslumbrar á los incautos. Marchena preguntaba, entre otras cosas:

«¿No pertenecen al Criador, al conservador del Universo, »el hombre y sus obras todas, y la tierra que habita y el cielo »que le cobija y cuantos seres animados é inanimados en su

2008 Ministerio de Cultura

»inmenso seno la Naturaleza encierra? ¿Es la morada de Je-
»hová el monte de Garizim? ¿Es peculio privativo suyo el tem-
»plo de Júpiter Capitolino, la mezquita de la Meca ó las pare-
»des del Vaticano? ¿No es su dominio el capullo que alberga
»al insecto imperceptible, como la vasta órbita que describe
»el más remoto planeta? *La tierra y cuantos en ella moran, el*
»*orbe entero y cuanto en él se contiene, son del Señor*, dicen los
»salmos de los hebreos. Un don sólo puede tributar el hombre
»al Altísimo, y ese es el único grato á sus ojos: un pecho
»amante de la virtud, una razón despojada de los desvaríos de
»la superstición, *una vida conforme á los preceptos del Verbo*,
»esto es, de la razón divina, que estableció el invariable orden
»de los seres, y por la razón de las necesidades físicas, enseñó
»á los humanos las relaciones que con Dios y con sus semejan-
»tes los estrechan..... Los tiranos son los verdaderos rebeldes
»á la divinidad, los enemigos de la eterna razón increada, los
»que han formado parcialidades y coligádose contra el Señor
»y su Cristo, mas que el Cristo ha de quebrantar con cetro de
»hierro, cual vasos de frágil arcilla» (1).

Un fraile impugnó desde el púlpito el folleto del *ciudada-no* Marchena, y el *ciudadano* Marchena, dando una muestra de intolerancia, no rara entre los que teóricamente blasonan más de librepensadores, denunció el fraile á las iras de la Sociedad patriótica, y aun procuró, aunque inútilmente, que se hiciese pesquisa judicial contra él. Todo ello consta por la carta al general O'Donojú, que citaremos luego:

«Puesto que todas las expresiones de dicho discurso se hu-
»bieron pronunciado delante de un inmenso concurso de suje-
»tos de toda clase, no desaprobando ninguno una sola de ellas,

(1) *Discurso sobre la ley relativa á extinción de monacales y reforma de regulares, pronunciado en el día 6 de Noviembre del presente año, en la Sociedad Patriótica Constitucional de esta ciudad, por el ciudadano D. Josef Marchena, socio íntimo de la misma, é impreso por aclamación general* (Sevilla, 1820, folleto de 16 páginas).

2008 Ministerio de Cultura

»y aplaudiéndolas todos; puesto que estuviera ya impreso y »patente á la censura de todos, todavía un fraile, llamado *Sa-*»*lado*, tuvo la increible avilantéz de predicar un domingo en »*Omnium Sanctorum* (una de las iglesias á donde acude más »plebe, y, por consiguiente, más gente pronta á enardecerse »por las irritaciones del fanatismo), que el abate Marchena »era un hereje que quería trastornar la religión católica.

»Tan escandalosa tentativa de asonada, no solamente per-»manece impune, mas ni siquiera ha tenido por conveniente V. E. hacer en la materia la más ligera pesquisa, si bien »la excitación desde el púlpito contra un ciudadano que se »nombra formalmente, sea un delito nuevo desde el principio »de las conmociones de España, y este primer ejemplo se ha »dado impunemente en el pueblo cuya seguridad ha sido enco-»mendada á V. E. No es esto articular una queja contra V. E. »Bien me hago cargo de lo arduo del empeño de encontrar »testigos que declarasen sobre un sermón predicado un domin-»go en una iglesia llena de gente. La delación que de él se »hizo en la Sociedad, y que también está consignada en *La* »*Espada Sevillana*, pareció, sin duda, á V. E. una denuncia »vaga; por eso no ha querido hacer diligencias que probable-»mente ningún efecto producirían.»

Pronto surgió otra disidencia en el seno de la Sociedad. El *ciudadano* Mac-Crhon, correligionario y amigo íntimo de Marchena, leyó una noche cierto manifiesto de los oficiales del batallón de Asturias (el que había mandado Riego), en que se hacían graves cargos al general O'Donojú. A muchos de los concurrentes pareció tal manifiesto una insensatez y una violación de los principios más elementales de la disciplina militar; pero Marchena se encaramó en la tribuna para sostener que los oficiales manifestantes estaban dentro de «la verdadera doctrina de los pueblos libres acerca de las quejas de los ciudadanos contra los magistrados y gobernantes,» y que no hacían más que cumplir con la «obligación sagrada del ciudadano».

2008 Ministerio de Cultura

Publicábase á la sazón un periódico titulado *La Espada Sevillana*, órgano oficioso de la Sociedad, pero todavía más del Capitán general, que había confiado su redacción á un médico llamado Codorniu. En *La Espada*, pues, salió un comunicado, que firmaba *El Ocioso*, de tono asaz agrio, contra el manifiesto de los oficiales de Asturias, y contra los oradores que le habían apoyado en la Sociedad Patriótica. Y aquí prosigue la narración del abate Marchena, dirigiéndose al mismo general O'Donojú.

«El socio Mac-Crhon, ultrajado en una postdata del ar-»tículo comunicado, salió á vindicar su honor: seguíle yo, y »los aplausos del público nos acompañaron á uno y á otro. »Acuérdome que en mi razonamiento dije que ni conocía ni »quería conocer á V. E. Lo primero, V. E. sabe ser muy cierto: »lo segundo sé yo que no lo es menos. Probé que no debían »los miembros de la Sociedad seguir subscribiéndose á un pe-»riódico que, costeado por ellos, insertaba violentas censuras »de papeles leídos con aprobación del Cuerpo, y de socios que, »en vez de haber sido llamados al orden, se les había escu-»chado con satisfacción general.....

»Al siguiente día se formó, por los que llevaban la voz, un »conciliábulo con nombre de sesión secreta; y sin citarme, sin »mi noticia, sin hacerme cargo ninguno, sin saber siquiera si »pensaba yo en disculparme, fallan mi expulsión de la Socie-»dad. Tan ajeno estaba yo de esta decisión, que habiendo por »acaso sabido que se celebraba sesión secreta en el teatro de »San Pablo, fuí á ella, y pedí la palabra para hablar sobre no »sé qué asunto que á la sazón se estaba ventilando, cuando un »fraile dominico, llamado Fr. Becerro, digno presidente de la »Sociedad Patriótica de Sevilla, encarándose á mí con tan fu-»ribundo ademán como si me notificara que por auto del Santo »Oficio iba á ser relajado al brazo seglar, con estentórea voz »me preguntó si ignoraba yo la decisión que se acababa de to-»mar por la Sociedad. Respondíle (como era verdad) que nada »sabía de ella. Y alargándome, con toda la insolencia y des-

2008 Ministerio de Cultura

»cortesía frailesca, el registro de las actas, me dió á leer la re-»solución de mi expulsión. Quise hablar y me cerró la boca »diciendo que la Sociedad no se volvía nunca atrás en sus de-»cisiones.—«Si es así (dije yo entonces), la infamia de ésta re-»caerá sobre mí ó sobre ella. Sobre mí estoy seguro de que no »ha de caer. Concluyan ustedes el dilema.»—«Sobre nosotros »(respondieron unos quince que formaban el conventículo).» »—No retratan ustedes mal (repuse saliéndome) á los judíos »verdugos de Cristo. *Sanguis ejus super nos et super filios »nostros*» (¡!).

Marchena, después de compararse nada menos que con el Redentor del mundo, echa al Capitán general la culpa de *tan escandalosas escenas*, por haber dirigido á varios socios una circular ó exhorto secreto, preguntándoles si, en efecto, el abate había hablado contra la religión católica en alguna de las sesiones públicas ó secretas. El niega terminantemente haberse ocupado en tales asuntos, y como el general O'Donojú no estaba en olor de santidad, sino que era antiguo afiliado de las sociedades secretas, triunfa de él con punzante y maligna ironía, diciendo que no es el celo de la casa del Señor lo que le devora.

Todo el resto de la vindicación está escrito en el mismo tono acre é insolente. Marchena contrapone su crédito literario y su vieja historia revolucionaria á la triste reputación militar de O'Donojú, que todavía no era el hombre del convenio con Itúrbide, pero que ya había dado suficientes pruebas de torpeza é incapacidad. Le echa en cara su doblez y falso juego en 1819, el haber conspirado á medias, y haber faltado á su compromiso con los liberales en el momento crítico. Y hablando de sí mismo, añade:

«La persecución se había de cohonestar con las más dispa-»ratadas calumnias. Una carta he visto yo, escrita por un »amigo de V. E., en que afirmaba que Mac-Crhon, Marchena »y otros perversos habían pedido la cabeza de Codorniu (per-»dóneme V. E. si miento á éste Juan Rana de la literatura).

2008 Ministerio de Cultura

»¿Qué diablos habíamos de hacer con la cabeza de un Codor-
»niu? Todavía si hubiera yo proyectado un poema de La Fon-
»taine, pudiera aquella cabeza servir de modelo para el prin-
»cipal héroe; mas para esto era forzoso que se mantuviera en-
»cima de sus hombros. Viva el erudito secretario de la Socie-
»dad Patriótica Sevillana quieto y sosegado; esgrima furi-
»bundos tajos con su espada de palo: todo el mundo se reirá,
»con contorsiones, de sus acometimientos, de sus necias mali-
»cias, y en nadie excitará afectos de amor ni de odio: yo se lo
»aseguro sin temor de que nadie me desmienta.....

»De Codorniu, volvamos á V. E. ¿Y es verdad, señor, que
»lo que más en mi discurso le ha irritado ha sido el haber ha-
»blado yo con el alto aprecio que para mí se merecen Riego y
»sus compañeros? Ello es cierto que es triste cosa no haber te-
»nido parte en la restauración de la libertad de la patria quien
»en aquella época hubiese podido decidir oportunamente la
»contienda con sólo declararse. Mas también hemos de aten-
»der á que el papel de expectante, si no es el más glorioso,
»por lo menos es el más seguro, ya que la prudencia persuade
»á abstenerse de coger laureles que pueden ir envueltos en ci-
»preses.....

»Permítame V. E. que en pago de los daños que se ha es-
»forzado en causarme, le dé un consejo, que aun cuando de
»nada le sirviese, nunca podrá serle nocivo: éste es, que cuan-
»do quisiere asestar un tiro contra alguno, se funde en pretex-
»tos que lleven algún color de verosimilitud.

»En consecuencia, Sr. Excmo., ¿quién se ha de persuadir
»de que soy yo un enemigo de la libertad, cuando tantas per-
»secuciones he sufrido por su causa; un hombre que anda pi-
»diendo cabezas de majaderos, cuando por espacio de dieci-
»seis meses, en mi primera juventud, me ví encerrado en los
»calabozos del jacobinismo?

»Cuando en España pocos esforzados varones escondían en
»lo más recóndito de sus pechos el sacrosanto fuego de la li-
»bertad; cuando ascendían los viles á condecoraciones y em-

2008 Ministerio de Cultura

»pleos, postrándose ante el valido ó sirviendo para infames »tercerías con sus comblezas ó las de sus hermanos ó parien- »tes, entonces, en las mazmorras del execrable Robespierre, »al pie del cadalso, alzaba yo un grito en defensa de la huma- »nidad, ultrajada por los desenfrenos de la más loca democra- »cia. Mas nunca los excesos del populacho me harán olvidar »los imprescriptibles derechos del pueblo: siempre sabré arros- »trar la prepotencia de los magnates lidiando por la libertad »de mi patria» (1).

Esta carta, cuyo final es elocuente, y que en todo su contexto es una curiosa muestra de la acerada prosa política del abate Marchena, fué escrita en Osuna el 6 de Diciembre de 1820 y publicada inmediatamente en el *Diario de Cádiz*. Su éxito fué grande, no sólo entre los liberales exaltados, sino entre los muchos enemigos de toda especie que tenía O'Donojú, y entre los realistas burlones, que tanto partido sacaban de estas discordias de sus adversarios. Para contrarrestar el efecto de las diatribas de Marchena (á quien todos temían, aunque casi nadie le estimase), se publicó una impugnación de su carta *por un socio de la Reunión Patriótica* de Sevilla (2). Es papel bastante candoroso y pobremente escrito, pero del cual pueden sacarse algunas especies útiles para la biografía de Marchena, y sobre todo para juzgar del mal pre-

---

(1) *Copia de la carta dirigida al Excmo. Sr. D. Juan O'Donojú, capitán general de la provincia de Sevilla, jefe político de la misma, teniente general de los reales ejércitos, edecán de S. M., gran cruz de las órdenes de Carlos III y de San Hermenegildo*, etc., etc., *por el abate Marchena.*

Este curioso documento, no citado por los biógrafos anteriores, ha sido reproducido íntegramente por D. Adolfo de Castro (núm. 1.º de La España Moderna).

(2) *Impugnación de la Carta del abate Marchena al Excmo. Sr. Capitán general y jefe político de esta provincia, D. Juan O'Donojú (inserta en el* Diario de Cádiz), *por un socio de la Reunión Patriótica de esta ciudad. Sevilla, impreso por la viuda de Vázquez y compañía, año de 1821.*—Folleto de 11 páginas.

2008 Ministerio de Cultura

dicamento en que entonces le tenían sus paisanos. A ello contribuía mucho su calidad de afrancesado, y este punto flaco es el primero en que el impugnador le hiere:

«Esos son los que clavaron el puñal en el seno de la madre »patria en la aciaga época de la dominación francesa..... Aun- »que hoy, con una falsa hipocresía, se ostentan patriotas, su »pasada conducta los desmiente..... No han adoptado estos »monstruos las ideas liberales sino para desacreditarlas y en- »vilecerlas..... El ídolo de la independencia nacional no les de- »vuelve los falsos ósculos con que reconocen, al parecer, su »soberanía, ni tienen por bien expiados sus errores por una »débil analogía con el actual sistema..... Bien á su costa lo ha »experimentado el abate Marchena, cuando, después de algu- »nos aplausos, hijos del momento y arrancados por sorpresa, »se vió confundido y avergonzado por los mismos que antes le »celebraban con entusiasmo..... No era ya posible á una so- »ciedad que anhelaba por la instrucción y seguridad del pue- »blo sevillano poder abrigar por más tiempo un ciudadano »de ideas tan heterogéneas y alarmantes, sin arriesgar su »existencia misma y autorizar esta dañosa franqueza de ha- »blar en sentidos opuestos á los de la muchedumbre, cuando »ésta camina de acuerdo con las disposiciones del Gobierno.»

. . . . . .

Entrando el anónimo en el examen del que llama *envenenado papel,* empieza por rechazar el inmodesto paralelo que Marchena hacía entre su persona y la de Juan Jacobo Rousseau, y entre su carta á O'Donojú y la carta del ciudadano de Ginebra al Arzobispo de París, con motivo de la prohibición del *Emilio.*

«¿Qué obras pueden igualar á este nuevo autor con aquel »célebre filósofo, si ya no es el desenfreno de sus pensamien- »tos é ideas en materia de religión? Sepa el señor Marchena »que la comparación hubiera sido más propia si se hubiese »acordado de Esopo y de sus fábulas, ya que (aun olvidada la »semejanza de su persona) á este género pertenecen todos los »hechos y particularidades que refiere..... ¿Quién ha escrito

2008 Ministerio de Cultura

»entre nosotros contra las obras de este autor, cuando no se »conocen ni pueden conocerse?..... Él es un extranjero en su »propio país, por los muchos años de ausencia y sus relacio- »nes y enlaces íntimos con algunos de los personajes de la re- »volución francesa, que nada tiene de común con la nuestra, »á excepción de los principios generales del derecho de la na- »turaleza y de las gentes.....»

Sobre la entrada de Marchena en la Sociedad Patriótica y su expulsión de ella, da estos pormenores:

«Precipitóse aquella reunión hasta el punto de creer al ciu- »dadano Marchena muy proporcionado para desvanecer en la »muchedumbre las ideas góticas de una educación mal dirigi- »da, y hacerla entrar en los senderos luminosos de nuestra fe- »licidad pública y particular. Pero ¡oh! ¡Cuánto se engañó en »esta elección, nacida de sus buenos deseos! A los primeros pa- »sos descubrió este nuevo socio unas idas, que chocaban direc- »tamente con las de la Constitución y del Gobierno. Pudieran »citarse muchos que le oyeron pronunciar con escándalo algu- »nas máximas contrarias diametralmente á la piedad de los »pueblos, y alarmó con esta novedad á muchos espíritus in- »cautos que, ó no supieron, ó no pudieron discernir entre los »sentimientos extraviados del abate Marchena y los puros y »razonables de los verdaderos liberales, amantes de su reli- »gión y de su patria. El mismo discurso que leyó en la tribu- »na, relativo á la extinción monacal, en medio de los estériles »aplausos que arrancó su veloz y rápida lectura, dió muestras »inequívocas del poco aprecio que merecía á su autor la Re- »presentación Nacional, cuyas decisiones censuraba impruden- »temente, para desacreditarla en el ánimo pacífico y sencillo »de estos andaluces..... La Sociedad misma lo creyó así, y no »pudo menos que atalayar la conducta posterior de este indi- »viduo, á quien desgraciadamente había honrado con la con- »fianza de introducirlo en su seno.

»Se observó con mucho sentimiento que el ciudadano Mar- »chena se había convertido en un triste objeto de murmura-

2008 Ministerio de Cultura

»ción pública, transcendental entonces al mismo cuerpo que le »prestó tan fácil acogida. Los predicadores de la moral evan- »gélica, entre ellos fray Bartolomé Salado, del orden de San »Francisco, tuvieron la imprudencia de citarle nominalmente »en el púlpito, por un enemigo tan encarnizado de la Reli- »gión como del sistema Constitucional. Si bien fué muy repa- »rable esta franqueza, la Sociedad no podía ni debía impedir- »la..... Un ciudadano que haya merecido siempre alguna opi- »nión de regularidad y acierto en su conducta, puede acaso »aventurar alguna proposición que esté en oposición verdade- »ra ó aparente con las ideas comunes, y encontrará acaso do- »cilidad en los ánimos para oir y examinar sus pruebas con »detención y escrupulosidad. Pero cuando esta libertad se nota »en un hombre nuevo (por decirlo así), entre nosotros, y ali- »mentado en Reynos extraños con una licencia nada compati- »ble con nuestras costumbres actuales, toda tentativa es un »insulto, y todo extravío de pensamiento arrastra en pos de sí »la indignación del pueblo.....

»Este raro suceso acabó de fijar la atención de la Sociedad »sobre este individuo, y se vió obligada dolorosamente á expul- »sarle de su gremio y exigirle el diploma.....

»¿Por qué aspiraba el ciudadano Marchena á que el Gobier- »no político de Sevilla desvaneciese en el pueblo la opinión »que le habían acarreado sus imprudencias en los cafés y ter- »tulias, en los teatros y corrillos de todas clases y condiciones? »¿Por qué no usó, como podía, de la libertad de la imprenta, »para apologizar sus sentimientos ó más bien para presentar- »los en un sentido católico y constitucional, único medio de »obtener hoy los sufragios de los liberales prudentes y aun de »la muchedumbre? ¿Por qué no hizo una denuncia formal con- »tra el predicador que le injuriaba, y en los juzgados señala- »dos por la ley? ¿Quién le ha sugerido que la Gobernación po- »lítica estaba autorizada para proceder de Oficio sobre agra- »vios particulares?

. . . . . .

2008 Ministerio de Cultura

»Con estos preliminares no debió parecer importuna la »exclusión de este socio, que no observaba las leyes del Esta- »do, ni las del reglamento interior de la Sociedad, y aspiraba á »ser nada menos que un dictador absoluto, contra todo el sis- »tema establecido para la unión y conformidad de los socios..... »Fué tal su frenesí de hacer vagar al pueblo por espacios ima- »ginarios y quiméricos, que la reunión patriótica tuvo que »optar entre ó perder para siempre su crédito, ó ahuyentar de »su seno á un individuo que hacía peligrar su existencia.»

El folleto termina vindicando de los ataques y vituperios de Marchena al general O'Donojú y al ciudadano Codorniu *Protomédico del ejército constitucional*, y echando en cara al abate sus cuarenta años de expatriación voluntaria ó forzada, «bañándose en las delicias voluptuosas de París.»

Esta pequeña escaramuza fué quizá el último acto de la agitada vida política de Marchena, que, impopular ya entre los liberales andaluces, pues á los anatemas de la Sociedad patriótica de Sevilla, se habían unido los de Lebrija, Écija y otros puntos (1), y denunciado en públicos documentos como sedicioso anarquista por haber dicho en una especie de *meeting* celebrado en el teatro, que la patria estaba en peligro y que se requerían enérgicas medidas de salvación, incluso la convocatoria de Cortes extraordinarias, es decir, de una Convención análoga á la de Francia, determinó alejarse de un medio tan inhospitalario para sus ideas, y trasladar su residencia á la corte, como lo verificó á fines de 1820, después de haber pasado una corta temporada en Osuna, al lado de su amigo el médico y diputado á Cortes D. Antonio García, padre de nuestro docto maestro de hebreo D. Antonio María García Blanco, á quien en sus conversaciones familiares oímos más de una vez hacer mérito de la impresión que en su fantasía de niño había hecho la singular persona del abate Marchena. En las Memo-

(1) *Diario gaditano de la libertad é independencia nacional*, del viernes 5 de Enero de 1821. (Citado por D. A. de Castro.)

2008 Ministerio de Cultura

rias que dejó impresas pero no publicadas ni aun terminadas, dice del abate:

«Era tan pequeño, que sentado en una silla de la sala »de mi casa, no le alcanzaban los pies al suelo: fué á casa »á despedirse para Madrid, porque siempre fué amigo y de »la tertulia de mi padre, con D. Manuel de Arjona, Peni- »tenciario de Córdoba, y su hermano D. José, Asistente de »Sevilla después, y privado del rey Fernando VII.» Luego cuenta que en su casa tuvieron disputa el año 8 Marchena y el Padre Manuel Gil, de los clérigos menores, y que el segundo no acertó á contestar al primero, á pesar de toda su facundia. Pero no puede menos de haber error en la fecha, puesto que Marchena no volvió á Andalucía hasta 1810, y entonces por primera vez pudo conocerle García Blanco, que tenía á la sazón nueve años, lo cual explica la vaguedad y confusión de este primer recuerdo suyo consignado por él en 1887 (1).

Pocos meses de vida restaban á Marchena. No sabemos que publicase ya ningún escrito, á no ser que sea suya, como lo parece por las iniciales y por el estilo, una traducción de la *Vida de Teseo*, según el texto griego de Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* se había propuesto traducir (según conjeturamos) en competencia con la versión, que entonces empezaba á salir, de D. Antonio Ranz Romanillos. La de Marchena (si realmente es suya como creemos), no pasó de esta primera biografía.

Sus días estaban contados, y apenas llegó á Madrid hubo de adolecer gravemente. Sólo así se explica que nunca subiese á la tribuna de la Fontana de Oro, donde se discutían entonces con tanto ó más calor que en Sevilla, los actos del general O'Donojú, á quien atacaron reciamente varios oradores, entre ellos Alcalá Galiano, D. Manuel Núñez, D. José Pessino

---

(1) *Resumen de un Siglo..... Personas, cosas y sucesos que han pasado y yo he visto en el siglo XIX.* Por A. M. G. B..... Osuna, 1887, imprenta de M. Ledesma Vidal, pág. 58.

2008 Ministerio de Cultura

y D. Juan Mac-Crhon Henestrosa, grande amigo de Marchena, á quien acogió en su casa, y que en ella murió.

Mac-Crhon es, precisamente, quien nos ha transmtido los únicos pormenores que tenemos acerca de la enfermedad y muerte del abate Marchena. El pasaje es tan curioso, y tan raro, por no decir desconocido, el folleto en que se halla (1), que no se llevará á mal que le traslademos íntegro. Contestando Mac-Crhon á los ataques de un anónimo de Sevilla (G. A. F.), que quizá sea el mismo que escribió la impugnación antes citada, dice refiriéndose á su amigo:

«Esta persona, á quien con menos criminalidad que igno»rancia trata de disfamar el folletista, es el digno D. José »Marchena, el cual, aunque yace en el sepulcro, vive en la »memoria de todos los sabios de Europa, entre los cuales hay »quien trabaja con los objetos de dar á conocer á su patria lo »que en su muerte ha perdido, y de que la posteridad le con»serve el lugar que no le conservó la Sociedad patriótica de »Sevilla.

»Su singular talento, sus extraordinarios y profundos co»nocimientos, su mérito literario, su carácter noble y sosteni»do, lo sólido de sus principios, la rigidez de su conducta y »su sublime amor á la libertad, formaban un conjunto admi»rable, que le conciliaba el respeto y veneración de cuantos »llegaban á conocerle. Su muerte ha sido generalmente sen»tida en la corte; y en el discurso de su enfermedad recibió »repetidas pruebas del aprecio que no podía menos de tribu»tarse á una persona tan digna. Mi casa no cesó de ser concu»rrida de personas del mayor carácter y representación, que »venían de continuo á saber el estado de su salud, de los cua-

(1) Le debemos, como tantos otros papeles curiosos, á nuestro amigo Gómez Imaz. El folleto se titula:

Refutación de don Juan Mac-Crhon Henestrosa á la impugnación de varios discursos pronunciados en la tertulia de la Fontana de Oro, de la corte, escrita en Sevilla por G. A. F. Madrid, en la imprenta de Alvarez, 1821. 4.º 39 bis.

2008 Ministerio de Cultura

»les la mayor parte no tenían con él otro conocimiento que la »noticia de su crédito.

»He querido desahogar mi corazón, haciendo este tan bre- »ve cuanto justo elogio de un amigo que ha exhalado sus últi- »mos suspiros entre mis brazos, y voy á dar á su disfamador la »contestación que él me dejó encargada pusiese de su parte en »este discurso, que ya estaba empezado antes que falleciese.

»Pocos instantes antes del que fué su postrero, me llamó, y á »presencia del general Quiroga, del marqués de Almenara, de »D. Manuel Cambronero y D. Ramón de Ceruti, me dijo: »«diga usted al folletista que ha pretendido infamarme, que »si quiere vivir feliz, aun en medio de las mayores desgracias, »y descender á la tumba con la serenidad que yo desciendo, »que aprenda á ser hombre de bien.» Esta lección moral pro- »ducida en el crítico período de la muerte, que tan aplaudida »fué de los que la escucharon, como admirada de todos aque- »llos en quienes se ha divulgado la noticia, da la idea más »exacta de la rectitud de principios de Marchena y del tem- »ple superior de su alma. Su nombre ocupará un lugar distin- »guido, tanto en la historia política como en la literaria; y »los tiros que contra él dirigió la malicia, sorprendiendo la »sencillez, si bien surtieron el efecto de herir su amor propio »en el hecho que se cita, nunca podrán eclipsar la gloria de »su mérito, fundada en bases sólidas é indestructibles.»

Este folleto está fechado en 26 de Febrero de 1821. Muy poco anterior debió de ser la muerte de Marchena, que, como acabamos de ver, no falleció en el abandono y en la indigencia, según generalmente se creía, sino bajo el techo hospitalario de un fraternal amigo, y rodeado de personas muy distinguidas en aquel tiempo. Lo que no hemos podido comprobar á ciencia cierta es si murió dentro ó fuera del gremio de la Iglesia. No faltan biógrafos que den por averiguada su conversión: yo ni la afirmo ni la niego; pero la encuentro verosímil. Consta por una nota autógrafa del diligentísimo D. Bartolomé J. Gallardo, que los funerales del abate Marchena se

2008 Ministerio de Cultura

celebraron en la parroquia de Santa Cruz, costeados por Mac-Chron, y asistiendo á ellos el referido Gallardo, que apuntó la noticia, como lo apuntaba todo. El hecho de haberse dado sepultura eclesiástica á un heterodoxo público y escandaloso como Marchena, parece prueba indirecta de que se reconcilió con la Iglesia en sus últimos momentos. Por otra parte, la impenitencia final es rarísima entre españoles, y en tiempo de Marchena lo era mucho más.

Nada sé tampoco de los discursos que se dice que algunos afrancesados pronunciaron en su entierro. Quizá en los periódicos de aquel tiempo, que no me es fácil repasar ahora, podrá encontrarse algún vestigio de ellos. Ya por entonces comenzaba á introducirse en España esta pagana y escandalosa costumbre de los discursos funerales, que por entonces arraigó poco, pero que más adelante sirvió para profanar los entierros de Larra, de Espronceda, de Quintana, sin contar otros más recientes y en su línea no menos famosos. Por fortuna, ahora está otra vez olvidada, y nadie piensa en restablecerla, lo cual prueba la formalidad intrínseca de nuestro carácter nacional, que no admite bromas con la muerte. Oraciones y sufragios, que no pedantescas exhibiciones de la vanidad de los vivos, es lo que reclaman los difuntos, á quienes poco puede aprovechar semejante garrulería, si se cumple en ellos la terrible sentencia: *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt.*

Marchena legó, al morir, sus papeles y libros á su amigo Mac-Crhon. Si, como creemos, existen descendientes de este caballero, no debemos perder la esperanza de que algún día parezca, en todo ó en parte, esta herencia literaria, que pudo ser muy valiosa, si en ella se incluían, por ejemplo, la traducción completa de Molière, y la historia del teatro español que Marchena tenía proyectada en 1819, según indica en el prólogo de sus *Lecciones* (1). Por las vicisitudes de su errante vida,

---

(1) «No es nuestro ánimo escribir aquí la historia de nuestro teatro; »acaso, si gozamos más larga vida, desempeñaremos esta tarea en una

2008 Ministerio de Cultura

otros escritos suyos hubieron de quedar dispersos por varias partes de España y Francia. Aún no hace muchos años que el manuscrito de su biografía de Meléndez Valdés se conservaba en poder de M. Pierquin, médico de Montpellier y rector de la Academia de Grenoble. Hoy se ignora el paradero de este escrito, que probablemente sería curioso, porque Marchena trató muy íntimamente á Meléndez antes y después de su emigración, y con su genial franqueza hubiera consignado acaso pormenores que Quintana omitió en la biografía de su maestro.

Tal fué Marchena, á quien acaso nadie ha definido mejor que Chateaubriand, llamándole «sabio inmundo, y aborto lleno de talento». Propagandista de impiedad, con celo de misionero y de apóstol; corruptor de una gran parte de la juventud española por medio siglo largo; sectario intransigente y fanático; estético tímido y crítico arrojado; medianísimo poeta, aunque alguna vez llegase á simular la inspiración á fuerza de terquedad y de arte; acerado polemista político; prosador desigual, aunque jugoso y de bríos; hombre de negaciones absolutas, en las cuales adoraba tanto como otros en las afirmaciones; enamoradísimo de sí propio; henchido de vanagloria y de soberbia, que le daban sus muchas letras, las varias lenguas muertas y vivas que manejaba como maestro, la prodigiosa variedad de conocimientos con que había nutrido su espíritu, y la facilidad con que alternativamente remedaba á los autores más diversos: á Benito Espinosa, al divino Herrera, á Catúlo ó

»obra que tenemos meditada; el plan de este discurso no nos permite más »que algunas reflexiones hijas del estudio de nuestros poetas dramáticos, »y que son los últimos resultados de nuestras meditaciones en esta materia. Consideren nuestros lectores lo que vamos á decir, como aquellas »proposiciones de óptica, de mecánica ó astronomía, donde da un autor »las resultas de sus arduos y prolijos cálculos, sin corroborarlas con las »demostraciones en que las funda, y que suponen la resolución de difi- »cultosas ecuaciones diferenciales, y el uso más expedito del cálculo in- »tegral.

2008 Ministerio de Cultura

á Petronio (1). El viento de la incredulidad, lo descabellado de su vida, la intemperancia de su carácter, en quien todo fué violento y extremoso, inutilizaron en él admirables cualidades nativas; y hoy sólo nos queda de tanta brillantez, que pasó como fuego fátuo (semejante ¡ay! á tantas otras brillanteces meridionales), algunas traducciones, algunos versos, unas cuantas páginas de prosa más original que bella, el recuerdo de la novela de su vida, y el recuerdo mucho más triste de su influencia diabólica y de su talento estragado por la impiedad y el desenfreno.

Para completar el retrato de tal personaje, que en lo bueno y en lo malo rebasó tanto el nivel ordinario, añadiremos que, según relación de sus contemporáneos, era pequeñísimo de estatura, muy moreno y aun casi bronceado de tez, y horriblemente feo, en términos que más que persona humana parecía un sátiro de las selvas (2). Cínico hasta un punto increible en palabras y en acciones, vivía como Diógenes y hablaba como Antístenes. Durante una temporada llevó en su compañía un jabalí que había domesticado y que hacía dormir á los pies de su cama; y cuando, por descuido de una criada, el animal se rompió las patas, Marchena, muy condolido,

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

(1) *Il fut versé dans toutes les connaissances de notre époque, cultiva la littérature et la poésie, mania en maître plusieurs langues vivantes et anciennes; et tour à tour, continuait Spinosa, Sainte Thérèse de Jésus ou ce Pétrone qu'il cite* (Maury, *Espagne Poetique,* Paris, 1826, tomo I, página 363).

(2) *Haut de trois pieds huit pouce, basané et affreux de figure* (dice el autor de la noticia de Marchena en la *Biographie Moderne, ou galérie historique* de Michaud, París, 1816).

Ce petit homme, haut de quatre pieds et demi, laid, difforme et grotesque, à la figure de satyre, aux cheveux crépus, au teint de bistre, au sourire libidineux..... (dice el bibliófilo Jacob, Paul Lacroix, en la noticia adjunta á la reimpresión del *Fragmentum Petronii*).

Físicamente era chico, casi contrahecho, y feo (carta de D. José de Lira al Sr. de Cueto).

2008 Ministerio de Cultura

le compuso una elegía en dísticos latinos, convidó á sus amigos á un banquete, les dió á comer la carne del jabalí, y á los postres les leyó el epicedio (1). A pesar de su fealdad y de su ateismo, de su mala lengua y de su pobreza, se creía amado de todas las mujeres, lo cual le expuso á lances ridículos y á veces sangrientos (2).

Todas estas y otras extravagancias que aquí se omiten prueban que Marchena fué toda su vida un estudiantón perdulario y medio loco, con mucha ciencia y mucha gracia, pero sin seriedad ni reposo en nada. Y, con todo, había en su alma cualidades nobles y generosas. Su valor rayaba en temeridad, y le tuvo de todos géneros, no sólo audaz y pendenciero, sino lo que vale más, estoico y sereno. En sus amistades fué constante y fervoroso hasta el sacrificio, como lo mostró compartiendo la suerte de los girondinos, con quienes sólo le ligaba su agradecimiento á Brissot. En materias de dinero era incorruptible, y cumplía al pie de la letra con la austeridad republicana, que tantos otros traían solamente en los labios. Cuando, en tiempo del Directorio, se enriquecían á río revuelto todos los que iban con algún oficio ó comisión á las provincias conquistadas, Marchena, recaudador de contribuciones en el territorio ocupado por el ejército del Rhin, volvió á París tan pobre como había salido, lo cual, sin ser gran hazaña, pareció

---

(1) Carta de D. José de Lira, y noticias de D. Serafin Estébanez Calderón, comunicadas al Sr. de Cueto.

(2) *Marchena était bien capable d'en rémontrer à Petrone et de lui apprendre des mystères d'impureté, inconnus même aux anciens* (¡qué atrocidad!)... *Aimait prodigieusement les femmes et se vantait de savoir s'en faire aimer..... Il affichait, d'ailleurs, avec un abandon qu'il voulait rendre gracieux la plus ebouriffante inmoralité: on ne devait donc pas s'attendre à lui voir publier des «Leçons de philosophie morale». Il avait composé des ouvrages d'un tout autre style, mais il ne les publia pas, et il se contentait de les lire, «inter pocula», à ses amis qui admiraient son génie sotadique.* (Noticia unida al *Fragmentum Petronii*. Algo más dice el autor, pero no nos parece bien transcribirlo, ni aún en francés).

2008 Ministerio de Cultura

increible á mucha gente: tal andaba entonces la moralidad administrativa.

Cuantos trataron á Marchena fueron favorables ó adversos á sus ideas, desde Brissot hasta el conde de Beugnot, desde Chateaubriand y Mad. de Stael hasta Moratín, Maury, Miñano y Lista, vieron en aquel buscarruídos intelectual algo que no era vulgar, y que le hacía parecer de la raza de los grandes emprendedores y de los grandes polígrafos. En el siglo XVII quizá hubiera emulado las glorias de Quevedo, con quien le comparó Maury, y con quien no deja de ofrecer remotas analogías por la variedad de sus estudios, en que predomina la cultura clásica; por su vena sarcástica, por los caprichos de su humor excéntrico, por lo vagabundo de su espíritu, por la fiereza y altanería de su condición, y hasta por los revueltos casos de su vida. Pero no conviene llevar más lejos el paralelo, porque sería favorecer demasiado á Marchena. Quevedo pudo desarrollar completamente su genialidad en un medio adecuado á ella, y hasta las trabas que encontró le sirvieron para saltar con más fuerza. Por el contrario, Marchena, nacido y educado en el siglo XVIII, sin fe, sin patria y hasta sin lengua, no pudo dejar más nombre que el siempre turbio y contestable que se adquiere con falsificaciones literarias ó en el estruendo de las saturnales políticas.

M. Menéndez y Pelayo.

2008 Ministerio de Cultura

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.

Amadeo I.—Mal tiempo.—Jura que jura.—Aristocracia aitiana.—Por todas partes se va á Roma.—Seguimos barbarizando.—Cuestión artillera.—Se larga S. M.—La República.—No gustó á los señores de tropa.—Cuando el español canta.....—Ascender á escape.—El 23 de Abril.—La Hegira.

Al joven duque de Génova, sobrino de Víctor Manuel, le ofrecieron la corona de España. Su madre, discretamente, se opuso á que la aceptara.

Prim impuso por rey de España á Don Amadeo de Saboya, duque de Aosta. El 30 de Diciembre llegó á Cartagena; el mismo día que expiró el referido general. Enviaron á Topete, D. Manuel de la Concha y Zabala, á esperar al nuevo rey, que entró en Madrid el 2 de Enero de 1871, dando pruebas de valor. Su recibimiento fué tan glacial como el que reinaba en la temperatura. Casi todos los balcones de la calle de Alcalá estaban cerrados, viéndose en uno varias criadas con sombrillas negras. En la calle Mayor, los comerciantes, creyendo que cesaría el estado de agitación, con la esperanza del lucro, hubo algo de entusiasmo. El duque de Aosta tenía 26 años, era flaco, desgarbado y buen jinete. A caballo ganaba el 100 por 100. Do-

2008 Ministerio de Cultura

liéndome viniese un rey extranjero, como lo habría sentido si viviera en tiempo del primer Borbón, permanecí en mi casa para no aumentar el número de los que esperaban su llegada, convirtiendo la curiosidad en ovación.

Los 191 diputados que votaron á Don Amadeo eran los únicos españoles que entonces le querían. Muchos se arrepintieron pronto. Yo oí á uno de los que le acompañaron desde Italia, que en cuanto le vió se convenció de que era un calabaza.

El día que formaron las tropas y los voluntarios de la libertad para jurar al monarca elegido por Prim, no por la voluntad nacional, le vi pasar entre remolinos de nieve. Siempre que se presentaba en público hacía mal tiempo. Un grupo de señoras que se hallaba á mi lado, se rieron á carcajadas de la facha de D. Amadeo, que á caballo no era tan mala como á ellas les parecía. A las mujeres, por amor á la religión, les son secundarios los sistemas políticos; encendieron las guerras civiles que hubo en España en el siglo XIX. También á las mujeres se debió en la guerra de la Independencia la constancia que mostró nuestro pueblo contra el invasor. En cuanto observé que la mayoría del sexo femenino se burlaba del nuevo rey, calculé que no se eternizaría.

Una nueva humillación exigieron á los jefes y oficiales que estábamos de reemplazo. Nos obligaron á entregar una papeleta firmada prometiendo fidelidad al monarca italiano. Resabios liberalescos. Nos pasaron lista y mi nombre seguía al de un famoso coronel. Contaban de él que, hallándose destacado con una sección, licenció los soldados, se guardó los socorros, alquiló los jacos y se comió hasta los pesebres. De capitán se sublevó con Prim el 3 de Enero del 66, el 68 vendió caballos del regimiento que mandaba; lo trasladaron á otro cuerpo, en él daba al ganado habas, que eran más baratas que la cebada, y lo dejaron de reemplazo porque se chupó los fondos de dos regimientos.

2008 Ministerio de Cultura

Consideré una desventura que mi apellido se hallase junto al suyo.

También se hizo célebre, por lo bárbaro, otro capitán de caballería pronunciado el 3 de Enero. Decían que había escrito el *Arte de comer alfalfa*. Pronto fué brigadier. Para la parte bruta de la revolución, cuantos más bestias, mejor.

Hablando del juramento mencionado, decía un periódico:

«Cualquiera jura y perjura
en el transcurso de una hora,
quedándose tan honrado
como Ros, Serrano y Concha.»

Con la venida de D. Amadeo perdió Serrano el tratamiento de Alteza y los millones que cobraba por ser Regente.

La aristocracia que se decidió por Don Alfonso, aunque algunos contribuyeron á desacreditar á su madre y pocos la defendieron, se burlaban de Don Amadeo de Saboya y martirizaban con sus desprecios á Doña Victoria, su mujer, que era buenísima. Para rodearse de nuevos magnates, el rey (sus ministros de entonces, que después han seguido siendo varias veces, no lo han incluído en la cronología de los Monarcas que publica la *Guía oficial*) concedió títulos á los que en sus viajes le hospedaban; con ellos y con varios industriales trató de crear lo que llamaban aristocracia aitiana. A un fabricante de loza lo nombraron marqués. «*Servicio* colosal le habrá hecho para tan gran merced» decían.

Contaban que un ministro de Don Amadeo propuso que los títulos nobiliarios se vendiesen en los estancos como el papel sellado. La democracia es la envidia, repito.

Para evitar presentarse á Don Amadeo se disolvió la comisión de la grandeza de España; nadie puede alternar sino con los de su clase. Quedó la monarquía democrática aislada arrimándose á ella algún noble arruinado para poder comer, como un marqués muy conocido, chupóptero perenne. Las señoras de antigua estirpe hacían gala de españolismo; usaban

2008 Ministerio de Cultura

mantilla y peineta de teja. Aunque Don Amadeo era un caballero, y su esposa virtuosa, bella y amable, no adquirió simpatías. Al volver á palacio la noche del 18 de Julio de 1872, en carruaje, trataron de asesinarle á trabucazos, yendo con Doña Victoria, lo que aumentaba la infamia. Mató la policía á uno de los malvados, hirió á otro y cogió á dos; quedarían sin castigo.

Romero Ortiz dijo en el Congreso á los del 68: «¡Pero si vosotros no tenéis nada de demócratas! ¡Si no hay bastantes títulos para dároslos y estais creando una especie de aristocracia aitiana!»

En 1871 se dieron más grandes cruces que en todo el reinado de Fernando VII, y desde Octubre del 68 á Mayo del 71, seis mil setecientas treinta y una condecoraciones. Un excomandante de presidio se quejó á las Cortes porque le negaron volver al ejército, cuando se lo habían concedido á varios que arrastraron cadena por los más feos delitos en el establecimiento penal que él dirigió. Llegaron á gobernadores civiles repartidores de periódicos y mayorales de diligencia.

A un empleadillo de tres al cuarto le nombraron ministro togado del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Mientras tanto, se debían catorce mensualidades á los retirados del ejército y á las viudas de los que murieron por la libertad. Llegaron á mendigar el rancho que sobraba en los cuarteles. Los oficiales que dieron muestras de indignación al considerar cómo trataban á los veteranos que habían pertenecido al ejército, merecieron el honor de que los calificasen de reaccionarios. Separaron á muchos dignísimos, y los reemplazaron con improvisados, ó que habían sido expulsados por delitos comunes. Hubo ministro de la Guerra que aconsejaba á los militares se hicieran masones. Exagerado celo de neófito por ideas que había aborrecido.

Se lée en las memorias íntimas del general Córdova: «Para saludar, nos acercábamos al rey (Fernando VII) y á los infantes, y yo conseguía mostrar por mis exageradas reverencias

2008 Ministerio de Cultura

cuán agradecido vivía á la protección que el rey me había dispensado.» Y que cantaban los liberales del 20 al 23:

Ese narizotas
cara de pastel
á blancos y negros
los quiere .....»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

Refiere que salió vencedor en cuatro desafíos en un día; que al terrible conde de España lo tenía cogido por las narices, y que á su hermano Luis le regaló Fernando VII 2.000 duros y varias cajas de habanos por haber abofeteado á don Tadeo Calomarde. Un ministro aragonés se dejó maltratar, y un rey déspota premió la afrenta hecha á su favorito. Añade no fué carlista porque el monarca, ya valetudinario, dijo á la reina Cristina: «Cuenta con ese. Que se ganó la acción de Artaza el 35, gracias á su valor.» Que sin saber por qué razón, no estando entonces en sus opiniones, y sin conocer ni esperar sus efectos, se le ocurrió dar á la tropa el grito de: «¡Viva la libertad!» Que por él no entró D. Carlos en Madrid, que á los veinticinco años de edad era coronel, que apaleó periodistas y se sublevó el 41 y 43. Fué moderado, unionista, revolucionario, ministro de Isabel II, de Don Amadeo y de la República. Dicen no llegó á capitán general porque se opuso Izquierdo á que lo hiciera Prim antes que á D. Felipe Rivero.

Asegura Córdova que conspiró contra Isabel II porque no le devolvió el saludo. No lo vería: era demasiado amable con sus enemigos.

Ministros de Isabel II se hicieron amadeistas y alguno carlista.

En política no hay vergüenza.

Caín II perdió la esperanza de reinar y conspiró con los alfonsistas. Se habló á varios generales de los que no sostuvieron el trono de la madre para que trabajasen por el hijo. Uno pidió que antes de comprometerse le asegurasen la paga si tenía que emigrar. Otros pusieron precio á su lealtad; la reina

2008 Ministerio de Cultura

Isabel repartió el dinero, que no le sobraba, entre los que ofrecieron, sin esperanzas ni deseos de cumplir, el exponer su vida por la dinastía borbónica. Hubo infames diputados que insultaron cobardemente á los pobres soldados que morían en Cuba defendiendo la integridad de la Nación. Peores que los de la partida de la porra: ésta disolvió á patadas la reunión internacionalista que el 2 de Mayo daban mueras á los héroes de 1808. Para mayor dicha, se sublevaron los carlistas. Entró su rey. Ya eran tres en puerta y la república á la vuelta. Después de su derrota en Oroquieta, volvió D. Carlos al extranjero. Los facciosos vizcaínos, á consecuencia del convenio de Amoravieta, se retiraron á sus casas. El pretendiente, desde la frontera, el 16 de Junio de 1872, restableció los fueros de Aragón, Cataluña y Valencia, diciendo: «Hace siglo y medio que mi ilustre abuelo Felipe V, creyó deber borrar vuestros fueros; lo que él como rey os quitó, yo como rey os devuelvo.» El primer Borbón fué rey de hecho; el duque de Madrid, por incapaz, no llegó á serlo; trató de romper la unidad de la Patria. Si cuando los federales pensaron disolver el ejército y no publicaron el decreto porque estaban en armas los partidarios de D. Carlos, éste les manda guardarlas hasta que aquellos hubieran llevado á efecto su loco proyecto, se habría sentado en el glorioso trono de los Reyes Católicos.

Ya el nieto del infante D. Carlos María Isidro había pasado otra vez la frontera el 11 de Julio de 1869. Pisó Cataluña vestido de payés, tiró al aire la barretina ó gorro, gritó: «¡Viva España!», al querer destruirla encendiendo la guerra civil, y..... regresó á Francia. Sainete que acabó en tragedia por culpa de los políticos de todas castas.

A los carlistas les faltaba dinero y sobraba gente. Algunos querían la fusión con los isabelinos. Imposible. Se habrían roto la cabeza por mandar. Eran todos una calamidad. Los veteranos de la primera guerra civil ya no servían. Cabrera, acostumbrado á la buena vida, liberalizado por su mujer, inglesa y protestante, rehusó el mando, aunque D. Carlos

2008 Ministerio de Cultura

le amenazó con fusilarle en premio de sus hazañas. No venía de raza de caballeros, olvidó que sacrificaron á su madre y se hizo alfonsino.

Un periódico revolucionario publicó el 3 de Mayo del 72: «Los audaces son los curiales que comen de la trampa, los comerciantes quebrados, los militares que se alzan con las cajas de los regimientos, los vividores, los estafadores, los médicos sin clientela, abogadotes sin pleitos, empleados de policía cesantes y presidiarios cumplidos ó no.»

Injusticias cometieron en el ejército moderados, progresistas y unionistas. Les superaron los radicales. Por los acontecimientos de la noche del 11 de Diciembre del 72, que no me enteré, se concedieron mayor número de gracias á jefes y oficiales que el de combatientes. Desde el 23 de Junio del año referido al 20 de Enero del 73, se hicieron seis tenientes generales, veinte mariscales de campo y cuarenta y seis brigadieres.

Los revolucionarios suprimieron la contribución de consumos y la restablecieron. No es lo mismo predicar que dar trigo.

No exajero en lo que refiero. Lo copio. El 20 de Diciembre de 1872 dijo Ruiz Zorrilla en las Cortes: «¿Sabéis quiénes son los perturbadores en este país? ¿Sabéis quiénes son los elementos que en este país traen la discordia, que unas veces se llama guerra civil y otras veces revolución? Nosotros, los hombres políticos de todos los partidos.» Siempre ha sucedido lo mismo.

Los generales, jefes y oficiales de Artillería triunfaron del general Córdova hacía nueve años cuando éste propuso que los sargentos del mencionado cuerpo pudiesen ascender hasta el empleo de comandante; se volvieron á confabular para no servir á las órdenes de un capitán de su cuerpo que tomó parte el 22 de Junio del 66 en la sublevación del cuartel de San Gil, olvidando que los que se hallaron en la batalla de Alcolea con Serrano contribuyeron á que su antiguo compañero ascendiese á general. Ruiz Zorrilla encargó al ministro de la Guerra obra-

2008 Ministerio de Cultura

se con energía. Este, rencoroso, llevó la cuestión á las Cortes, que aprobaron su proceder. «Vayan con Dios los oficiales de Artillería», dijo en tono despreciativo Córdova. Todos pidieron su separación, algunos ofrecieron sus servicios á D. Carlos, y hasta los que se hallaban en Cuba haciendo la guerra en favor de la integridad de la patria abandonaron los cañones. San Francisco no hizo falta á los frailes, pensaría el Gobierno. De las fábricas se pueden encargar ingenieros industriales, y de la tropa, como sucedió, jefes y oficiales de las armas generales, las cuales, como siempre, salieron perjudicadas á la postre, yendo á parar á ellas los sargentos de Artillería nombrados alféreces y tenientes. Bajo el aspecto militar el acto fué un complot. Si la Infantería y Caballería lo verificaran también porque destinaron á las mismas varios criminales, adiós España.

Don Amadeo de Saboya, que se oponía á la disolución del cuerpo de Artillería, firmó el decreto el 7 de Febrero, y harto de los que le habían traído se empeñó en abdicar. Al ministro Ruiz Zorrilla dijo: «Pasado mañana me voy á una fonda. ¡Lo mismo me querrán los españoles allí que en palacio, si es que me quieren!» Zorrilla le propuso acompañarle á Italia, contestándole desdeñosamente: «Me es igual».

El Gobierno resignó sus poderes en las Cortes; su presidente, Rivero, quiso asumir el mando supremo, y Martos le increpó, exclamando: «¡Aún no ha caído la monarquía y ya nace la dictadura!» Pugilato demócrata político. Zorrilla, desde la restauración emigró y conspiró contra ella: hizo derramar sangre sin conseguir su ideal, que sería como el de todos los políticos. Gobernar arbitrariamente. Murió y se acabó su partido.

Amadeo I debió marcharse sin sancionar la disolución del cuerpo de Artillería, ley que obtuvo 191 votos. Otros tantos le eligieron rey. Coincidencia singular.

En España los monarcas extranjeros fueron odiados ó poco simpáticos. Cuando José Bonaparte entró en Madrid, por no ver al que llamaban Pepe Botella, aunque no probaba el vino,

2008 Ministerio de Cultura

los vecinos cerraron balcones y ventanas ó colgaron en ellas pingos. El Ayuntamiento, para celebrar el día del intruso mandó poner luminarias, y ni se encendieron aquella noche los faroles públicos, según la copla siguiente:

El día de su santo
á José primero,
le dejaron á oscuras
los faroleros.

Un exaltado republicano aragonés, después de pegar el sello á una carta reparó que éste tenía el retrato de Don Amadeo y exclamó furioso:—Odio á ese extranjero y lo he lamido por detrás.....

Como en su corto reinado comenzaron á circular las piezas de cobre de 5 y 10 céntimos, que, por el león que llevan, el pueblo las llama perros grandes ó chicos, cantaban en mi lugar:

¡Qué endemoniadas monedas
nos trajo Don Amadeo!
pues no llegan á dos cuartos,
y pasan de tres dineros.

Antes la peseta se dividía en treinta y cuatro cuartos y cada uno de estos en dos ochavos, que en Aragón llamaban *dineros*.

D. Amadeo el único, abdicó diciendo á las Cortes: «Grande fué la honra que merecí á la nación española eligiéndome para ocupar un trono, etc.» A excepción de los votos impuestos por Prim y los *presuspuestívoros* de siempre, pocos más españoles lo querían para rey, aunque muchos lo teníamos por caballero. El 12 salió para Lisboa con su buenísima esposa enferma y sus hijos, abandonado de unionistas, demócratas y parásitos cortesanos, sólo acompañado de su Cuarto militar. En las estaciones no le hicieron los honores correspondientes.

2008 Ministerio de Cultura

Corría más prisa pasarse á la República, y calarse hasta las orejas el antiestético gorro frigio.

A Don Amadeo lo trajeron á España engañado, se marchó aburrido y fué el único personaje simpático de la revolución. A los pocos días de haber abandonado el trono, vi vender en el rastro las libreas de sus lacayos, adornadas con los escudos de Castilla, León y Saboya. Tampoco Isabel II tuvo muchos agradecidos, á pesar de sus dádivas. Parece que años después decía Don Amadeo de Saboya á sus hijos: «Más vale ser príncipe en su casa que rey en la ajena.» No era tonto. Los necios no se corrigen.

Las Cortes se convirtieron en Asamblea soberana, admitieron la renuncia de D. Amadeo y se proclamó la República por 258 votos, hasta entonces casi todos monárquicos, contra 32, confiriendo la presidencia del Poder Ejecutivo á Don Estanislao Figueras. En Barcelona, los soldados, inducidos por los diputados provinciales, echaron á sus oficiales y se dió el grito: ¡Que bailen! La disciplina militar y social desaparecieron. Tan infame frase la oí sólo una vez en Madrid, alegrándome quelos revolucionarios mehubieran dejado de reemplazo. Con la república federal la nación cayó en la más espantosa anarquía.

La monarquía saboyana no podía continuar.

El discurso que más ha gustado á los españoles, porque les halagaba su orgullo, fué el que pronunció D. Emilio Castelar en el Congreso el 20 de Abril de 1871: «Esta Nación, de la cual eran..... alabarderos y nada más que alabarderos, maceros y nada más que maceros, los pobres, los oscuros, los hambrientos duques de Saboya, los fundadores de la dinastía..... Yo decía, que los duques de Saboya seguían hambrientos y pobres al carro triunfal de nuestros reyes..... Digo y sostengo que los duques de Saboya seguían hambrientos el carro de Carlos V, de Felipe II y de Felipe V.» Apagaban las interrupciones del presidente los aplausos de los diputados y de las tribunas.

Escasísimos saludaban á D. Amadeo; la canalla lo insul-

2008 Ministerio de Cultura

taba. Ya dije que en el patio de las exreales caballerizas opiné, que al destronamiento de Isabel II debió establecerse la República. El mal pasarlo pronto. Vendría, se iría, nos evitábamos la anarquía más ó ménos mansa y varias guerras civiles. La República llegó de la manera más ilegal. ¡Para legalidades estábamos desde 1868! Se reunieron los senadores y diputados en el Congreso, y preguntó *El Presidente:* «Las Cortes soberanas, ¿aceptan la renuncia que D. Amadeo de Saboya hace de la corona de España?

Un Secretario: «Queda aceptada.»

Varios individuos que al marcharse el duque de Aosta con la música á otra parte nada representaban, impusieron á diecisiete millones de españoles una albarda que debía llenarles de mataduras.

Á la República le añadieron el adjetivo de federal, convirtiéndose la nación en un manicomio. La unitaria es un gobierno malo ó bueno, según los que lo componen.

Yo era muy amigo del pintor Casado. Este, nervioso, exaltadísimo por la revolución, partidario de Don Amadeo, como sabía que yo coleccionaba retratos, siempre que me encontraba me decía: — Reaccionario, ¿cuándo quiere usted que le pinte un retratito del monarca? — El día que se vaya ó lo echen, que no tardarán, le contestaba.

Leí que el capitán general de las Provincias Vascongadas, al despedir á unos batallones que salían á campaña, les gritó: «¡Viva el rey!» Enmudecieron los soldados; alarmado, añadió: «¡Viva España!» Unánimes respondieron á la aclamación. Di la noticia al pintor, prueba de que Don Amadeo no podía continuar, advirtiéndole preparase la tablita. El artista se sonreía, comenzaba á dudar. Al amanecer del 11 de Febrero de 1873 le desperté, previniéndole me hiciera en seguida el retrato del que volvía á ser duque de Aosta.

Visitó un anticuario extranjero mis curiosidades durante la revolución, se admiró al encontrar juntos los retratos de Espartero, Narváez, O'Donnell, Prim, etc., y exclamó:—¡Es

2008 Ministerio de Cultura

raro, siendo los españoles intolerantes y exagerados! —Yo nada le repliqué.

Salí del estudio del pintor Casado, y fuí á visitar á unas muchachas, paisanas mías. —¿Sabéis, las dije, que no tenemos rey ni Roque, que estamos en república y que podemos gritar: ¡Viva la libertad! —Sí; contestaron á coro. —Dadme un beso. A una sirvienta muy chica equivoqué, distraído, con la niña menor, la cogí la cara para hacer lo mismo que á sus señoritas y la solté asustado al oir que gritó:—¡Soy la criada!

Algo saqué del nuevo régimen, que aborrecía, no por la forma de gobierno, sino por la gente que iba á ponerlo á prueba.

La idea general que se tenía en España de la República era que con tal sistema se podía hacer todo lo que á uno le diera la gana, sin respeto á Dios ni al diablo. Recordé lo que decía el carpintero Chupón en Zaragoza, cuando la primera guerra civil, para mortificar á su mujer: Que en tiempo de República imitaríamos en la calle á los perros. No llegó á tanto; pero ví que un peón de albañil quiso abrazar á una señora, y que ésta le rompió la sombrilla en la cabeza, con gran risa de los que presenciamos la escena. Se aumentaron las niñas dedicadas á la prostitución, y los garitos; disminuyó enormemente la recaudación de derechos de puertas, y los sablacistas atacaban en gran número. Se presentó en varias casas una petardista como viuda de Daoíz y Velarde: creía que los famosos héroes del 2 de Mayo de 1808 eran un solo individuo.

En el club de la calle de la Yedra repetía un orador:—Aquí se permite creer en todo, menos en Dios.

El Jueves Santo, después de las diez de la mañana, recorrían las calles de Madrid los coches de alquiler. Suponían los aurigas que la República había abolido la costumbre democrática y piadosa de caminar todos á pie por cuarenta y ocho horas. El público apedreó á los cocheros. Uno de éstos preguntó al que iba á alquilar su vehículo, creyendo que la libertad le daba el derecho de ser mal educado: —Dí, ¿á donde vamos? —Tú, á la m.....; yo, á otro coche; le contestó.

2008 Ministerio de Cultura

Con la República desaparecieron los progresistas antiguos y esparteristas. Por su clerofobia fueron causa de tres guerras civiles, de 1820 al 72.

En 1841 estuve alojado en Talavera de la Reina, en casa de un mercader liberal que la echaba de gracioso, y cantaba:

«Los mosquitos se beben el vino,
los gorriones se comen el trigo,
y los frailes á las buenas mozas.....
¡Dios nos libre de estas tres cosas!»

No reí la patochada; me preguntó el tendero:—¿Le gusta? —Ni pizca, contesté.

Con la federal se aumentó la persecución al catolicismo; se profanaban los templos, se blasfemaba en público, y la guerra civil se convirtió en religiosa. El 68, las Juntas soberanas suprimieron los tributos; el 73, los pedagogos se clareaban de hambre, y fué lástima que no suprimieran los médicos. Cuentan que en un país, por no haberlos, era tanta la población, que para poder vivir fué preciso llamarlos. Durante la revolución, los pueblos no admitían á los Galenos cuyos títulos tenían fecha posterior á 1868. La veterinaria era indispensable.

Aunque en España las mujeres son siempre mejores que los hombres, las hubo durante la República que predicaban el amor libre. Serían del gremio de aquella sacerdotisa de Venus que pidió dinero á otra, recibió una onza de oro, y exclamó agradecida: — ¡A quién habrá desplumado esa sinvergüenza!

La nación volvía á toda prisa al estado salvaje, á los tiempos prehistóricos.

Los celtíberos acuñaban monedas bastante artísticas; los federales las hacían desaparecer.

En mi lugar se despacharon á su gusto los llamados republicanos. Un calderero miope se nombró á sí mismo administrador de correos. Como se establecieron las tarjetas postales, me burlaba en ellas hasta del sainete *Caldereros y vecindad*, suponiendo que mi paisano se pondría los anteojos para leer-

2008 Ministerio de Cultura

las. En Borja era médico del hospital un caballero buenísimo y caritativo. Los federales le reemplazaron con otro joven de su partido. El Hipócrates antiguo manifestó que si la medida tomada con él era por hacer economías, seguiría visitando gratis. No accedieron; nada les importaban los pobres: querían el sueldo.

El Poder ejecutivo de la república temió que se opusieran al nuevo régimen los generales que mandaban los ejércitos de Cataluña y Norte, Gaminde y Moriones. A éste lo relevó Pavía y Alburquerque el 15 de Febrero. El 18 manifestó al Gobierno reservadamente se reconcentraban tropas sin ningún plan estratégico, que ellas no hacían misterios de sentimientos hostiles á la República y que estaba en inteligencia con varios jefes, compañeros de emigración, para contrarrestar si algo se intentaba en contra. Pensaba como al sublevarse de comandante de artillería con Prim en 1866. A poco supo que D. Ramón Nouvilas tenía orden de encargarse del mando—así paga el diablo á quien bien le sirve—y el 3 de Febrero de 1874 echó la República á puntapiés, haciéndose monárquico.

Nouvilas caminó en sentido contrario. En 1841 se pronunció contra Espartero, emigró de teniente coronel, volvió el 43 de brigadier, tomó á Vigo, declarado por la Junta central, y de general absolutista, porque le propusieron cediera la plaza que ocupaba en el Consejo de Guerra y Marina á un político veleta, tipo repugnante, ascendido á igual grado por casarse con la hijastra de un personaje, y se olvidaron de darle la capitanía general ofrecida, se volvió republicano rojo. Prohibió tocar las campanas en Navarra y mandó cortar los puentes de ríos vadeables. Porque el sanguinario cura de Santa Cruz, político de sotana, asesinó á un oficial y 24 carabineros, publicó la orden siguiente: «El desastroso fin de nuestros compañeros es el que os espera si cometéis la torpeza de dejaros sorprender con la cobardía de rendir las armas que la república os ha confiado para la defensa de la libertad. Han inaugurado la guerra á muerte; así lo quieren, así sea: «ojo

2008 Ministerio de Cultura

por ojo, diente por diente,» ¡viva la República!» Lo derrotaron los carlistas en Monreal y los republicanos nombraron otro general en jefe.

Según la narración militar, tomo III, página 54, había gran descontento en el ejército, y contribuía á ello la profusión de inmerecidas gracias á los jefes y oficiales, pues se dieron á algunos tres empleos sin más méritos que el de significarse como muy afectos á la República.

El general en jefe Sánchez Bregua dijo al Gobierno republicano:—En este ejército, el jefe, el oficial y el soldado carecen de aquel entusiasmo que ha dado fama á nuestras armas. Es un hecho que los mejores oficiales siguen en sus puestos por el mero cumplimiento del deber, desempeñando sus servicios tibios y desilusionados.—Los patrioteros se entretenían en nimiedades. Cambiaron los nombres á los regimientos que recordaban la Monarquía. Al Rey lo llamaron Inmemorial; al Príncipe, Ontoria; á la Princesa, Tetuán; al del Infante, Ramales; al de caballería del Rey, Sesma. Preguntaron á un soldado:—¿De qué regimiento eres?—De la Reina, por mal nombre Castrejana,—contestó.

Antiguamente, á los reprobados en la Universidad les decía el bedel para consolarles:—Lo ha hecho usted muy bien, pero no ha dado gusto á los señores.—A los militares, incluso los procedentes de la revolución, causó pésimo efecto que los diputados presupuestívoros cambiasen de casaca, haciéndose republicanos, para seguir chupando. Los oficiales calcularon no había ya *Ordenanzas de S. M. para el régimen y disciplina de sus ejércitos*; que prohiben las murmuraciones contra los superiores y á falta de blanca, rabiaban ó cantaban públicamente en los cafés:

«La República se hunde,
jamás se levantará
si el ejército del Norte
se porta con lealtad.
A Estanislao Figueras

2008 Ministerio de Cultura

y á Francisco Pí y Margall,
los soldados por las calles
pronto los arrastrarán.
Basta de mentir,
basta de engañar
á gente inocente
con la federal.
.....
.....
Si .... al Norte viene,
y el ejército español
lo recibe entre sus filas,
no tiene perdón de Dios;
porque este señor de industria,
de paisano a general
ha tardado cinco abriles
por ser todo un *radical*.
La revolución
le hizo á usted subir,
y otra que esperamos
le hará á usted morir.
Vaya usted con Dios,
patriotero vil,
porque no queremos
con usted servir;
que es usté un cochino,
que es usté un bacín.
Tiqui..... tiqui..... tiqui..... etc., etc.»

A los militares que faltaron á su deber el 68 los recompensaron espléndidamente.—Durante la federal el escándalo llegó al colmo.—Los moderados, no pudiendo apoyarse en la antigüedad ni en hechos distinguidos para favorecer á sus paniaguados; inventaron la fórmula: «En atención á sus méritos y circunstancias»; los republicanos, para aumentar el número de sus escasos partidarios en el ejército, abrieron oficina de enganche. *La Gaceta* publicaba que premiaban á los neófitos por servicios prestados á la República. Mucho me reí de un antiguo compañero que se puso furioso porque lo hicieron teniente co-

2008 Ministerio de Cultura

ronel, no por los servicios prestados, sino por los que ofreció prestar, según se leía en el periódico oficial.—¡Me han puesto en ridículo, exclamaba!—Adulador eterno, huía siempre el bulto, le olía mal la pólvora, era un solemne pillo, sin que esto sea alabarle.—En Francia, después de la guerra de 1870, clasificaron á todos los oficiales según sus méritos.—En España, en lugar de revisar las hojas de servicios, ni se mandó pasar revista de inspección en 1876.—Capitanes y subalternos por sublevarse ascendieron, no á galope, sino á escape, á los primeros puestos de la milicia.—A un general, ya reinaba Alfonso XII, le dijeron:—No ha hecho usted mala carrera.....—Nos falta acabar con los Borbones, replicó.

En el período álgido de la federal, pregunté á un diputado aragonés muy majadero:—¿Quieren ustedes que dure la república?— Sí, contestó.—Echen del ejército á los revolucionarios; de lo contrario, ellos traerán pronto otra cosa, si les prometen ascensos ó dinero.

Si se respeta lo mal adquirido en la milicia, con la teoría inmoral de los hechos consumados, no será extraño llegue á vencer la anarquía.

El politiquero es una alimaña que aspira á medrar y á enriquecerse ocupando destinos lucrativos sin ciencia, méritos ni antigüedad. Lo mismo se subleva por blancos que por negros, con tal de llegar á general, ministro ó millonario. Los hay listos, asnos, bajos y altos. Los que no pueden llegar á la cima, sin resignarse nunca, se van quedando atrás.

En el Rastro, que yo frecuentaba en busca de antigüedades, vivía y bullía Pepe el aguardentero. Todo un personaje. Lo mismo despachaba en la taberna que levantaba una barricada ¿ó vendía chismes viejos. Concejal el 73, le preguntaron:—¿Qué vas á hacer tú, si no sabes firmar?—Sé robar, contestó.—Tan digno edil era ingenuo. Murió empleado.

Los unionistas y radicales pronto se cansaron de no mandar.—El 23 de Abril se reunieron en la Plaza de Toros los voluntarios de la libertad, monárquicos sin rey desde que se

2008 Ministerio de Cultura

largó D. Amadeo. Querían la contrarrevolución. Los espantaron los federales, se encondieron los jefes, la pillería robó las preciosas armas antiguas y modernas que tenía en su hotel el duque de la Torre, y de lo que por burla llamaron batalla del arrastradero, sólo quedaron en el campo varios pellejos de vino. En 1891 manifestó Pí que la citada insurrección se dominó por la lealtad del general Córdova.—¡Si lo hubiera sabido el rey Narizotas!

La famosa noche del 23 de Abril, atravesando barricadas, fuí á comer con los príncipes P..... La alarma era grande, oculté el frac con una capa vieja y me calé un sombrero gacho. Desde lo alto de la escalera de la casa me dijo la princesa, matrona italiana, de hermosa figura y acérrima alfonsina:—Le esperaba. Me daba el corazón que sólo usted vendría.—Nos íbamos acostumbrando á la intranquilidad. Observé que la algazara disminuía á proporción que me alejaba de los barrios bajos. En el centro de la excorte pocos balcones se engalanaban al celebrarse funciones patrioteras.

No me enteré hasta el día siguiente á qué género pertenecían los que habían tratado de sublevarse. Eran los de siempre. Pronto la inmensa mayoría conspiró por los Borbones que echaron en 1868.

A Serrano, durante su regia privanza le adulaban los progresistas; no les hizo caso y le llamaban «El Judas de Arjonilla.»

La noche del 23 de Abril, por casualidad conocí á Luis Blanc. Se llamaba Blanco, y suprimió la o para confundir su nombre con el de un revolucionario francés. Se halló en mi lugar al estallar la revolución del 68, y vestido de presidiario, que ostentaba como honroso, peroró desde el balcón de la casa municipal, encareciendo las ventajas que nos traería la República. Los baturros se quedaron con la boca abierta, el orador no llegó á gobernador civil, y concluyó su historia de director de una compañía de muchachos, cómicos trashumantes ó de la legua.

2008 Ministerio de Cultura

Sólo vi una vez en Madrid á otro que se hizo célebre por unos días. El *Carbonerín*. Se paseaba gravemente por la calle del Príncipe, iba con el uniforme de comandante de voluntarios de la república, el vulgo necio admiraba tan menguada personilla, y hubo quien creyó dependía de tan grotesco personaje la suerte de la capital de las Españas. A mí sus galones me hicieron el mismo efecto que los del Perot de la Casota, excarlista, los del humano Caletrus y los del leal Escoda. Un labrador aragonés vió juntos al alcalde, secretario del Ayuntamiento y escribano del pueblo, exclamando: «¡Qué par de tres!»

Los perdidos se afilían en los partidos extremos. Por eso decían desde 1869: «No son pillos todos los republicanos; pero todos los pillos son republicanos.» En 1873 estábamos á pedir de boca. Hasta había liberales que deseaban la venida de un rey cualquiera, aunque fuera D. Carlos de Borbón y Este. Su hermano D. Alfonso y su mujer doña María de las Nieves, que le acompañó á caballo,—si lo hubiera verificado en guerra contra el extranjero, merecería la erigieran una estatua, —trataron inútilmente de disciplinar á los carlistas catalanes. ¡Facilillo era! Antes los hubieran arrojado por un puente abajo, como al conde de España.

Los citados personajes aumentaron con su presencia el entusiasmo de los carlistas catalanes. A los aragoneses sucedió lo contrario. Al decirles Doña Nieves de Borbón y Braganza, porque no tomaron Alcañiz, que desmentían su fama de valientes, exclamó uno: «¡Rediós, si también son aragoneses los de dentro de la ciudad!» D. Alfonso repitió el insulto y le replicó bruscamente el general Gamundi: «Nuestras vidas son del rey; pero no aguantamos nos deshonren». Me lo contó tan valeroso, terco y consecuente aragonés, que peleó en las guerras del 34, 48 y 73, muriendo emigrado y pobre. Las promesas que D. Carlos hacía á sus tontos partidarios se habrían cumplido como las del capitán aquél que, según Lope de Vega, repetía á su criado, yendo á los Países Bajos:

2008 Ministerio de Cultura

«Cuando lleguemos á Flandes
y lo hayamos conquistado,
recuérdame que te dije
que te he de prometer algo.»

Gamundi pidió á un ministro de Alfonso XII permiso para ver Madrid antes de morirse, sin reconocer al Gobierno, y volver en seguida á Francia, que odiaba: «¿De qué sirvieron á ustedes los hijos del infante D. Enrique?» le pregunté.—De estorbo, contestó.

Concurría yo á un café, reunión de algunos aficionados á las antigüedades, cité á mi amigo Aloïss Heis como numismático, y un profesor de francés, en tono de burla, exclamó: «*¡Alois, Ruseau!*», pronunciando las palabras como si fueran españolas.—¿Sabe usted el chino?— le pregunté.— No, señor; ¿por qué? No lo necesito.—Ni yo el francés, annque entiendo. —Aloïss, tiene diéresis.—No es *Alua* según usted. D. Vicente de la Fuente dice:

«No me vengas, gábachito,
Con argumentos al aire:
O tú me escribes Volter,
O yo te leo Voltaire.»

Eduardo Rosales, el inimitable pintor, nació en 1837 y murió el 73. Acompañamos al cadáver de tan gran artista sus amigos y admiradores. Como adornaron el féretro con galón de oro falso, un federal de los que usaban gorro colorado, exclamó:—¡Así debían estar todos los ricos!—¡Rico!,—vendía por casi nada sus obras para poder comer en su última enfermedad, repliqué sin mirar.

Los políticos de todas castas trataron de dominar á Isabel II y mandar despóticamente. Cuentan que los progresistas trajeron á Madrid á D. Estanislao Figueras, buen mozo y de talento, para que fuera favorito de la reina. Jamás la habló.

Desde 1847, cuando la guerra carlista de Cataluña, que acompañé á D. Estanislao Figueras hasta Tivisa, donde iba á

2008 Ministerio de Cultura

casarse, éramos amigos. Le nombraron presidente del Poder ejecutivo de la república y ministro de la Guerra en 1873; me llamó para hacerme brigadier; se lo agradecí mucho; le contesté, por medio de un paisano suyo, que yo era reaccionario, y replicó:—No importa; es militar á la antigua; si le doy mando, no faltará á su deber.—Si hubiera aceptado, como otro de mi misma clase lo verificó, habría llegado á más de lo que he sido. Los de genio independiente hacen poca carrera. Son unos Quijotes. D. Estanislao era honrado, de poco carácter; pronto se cansó, abandonó el mando y desapareció de la noche á la mañana. A este acto, los periódicos, por burla, lo llamaron la Hegira de Figueras.—¿Qué es Hegira?—me preguntó un general de los vanidosos que creen que los inferiores deben saber menos que los superiores.—La huida de Mahoma á Medina desde la Meca, donde quisieron matarlo el 16 de Julio del año 622 de Jesucristo, día que comienza la era de los sectarios del falso profeta, dije yo.—¡Qué me cuenta usted! Ya lo sé, ya lo sé, replicó el general. ¡Maldita sea la Hegira! —En la milicia se debe imitar á Sixto V, pensé yo, más fastidiado que el del cuento siguiente: El gobernador de un castillo, para evitar que las caballerías del pueblo pastasen en el glasis sin su permiso, mandó á los centinelas que las echasen á tiros. Le dijeron que habían muerto una mula, y exclamó:—¡Me alegro!—Es la de V. S.....—Como si me jorobasen—añadió furioso.

UN SOLDADO VIEJO.

2008 Ministerio de Cultura

LOS IMPUESTOS Y LA HACIENDA EN ESPAÑA

DESDE FELIPE III Á CARLOS II

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

I

Habían transcurrido los diez últimos años de Felipe II luchando sin razón contra Francia; diez años de esfuerzos diplomáticos ó de combates á mano armada habían hecho ver lo vano de los intentos concebidos. Su constancia no pudo rendir la fortuna de su rival Enrique IV; y el genio de este rey, como el de Guillermo *El Taciturno* en Holanda, llamaron á sus pueblos á la independencia, á la libertad. Pero al derramar sus emisarios y su oro con profusión por esos dos países rebeldes á su tiránica política, el rey de España había agotado los medios de la fiel Castilla. Habíase utilizado la fortuna pública del reino en conservar á los Países Bajos en su precario dominio y á Italia en el deber. Para el mantenimiento de la unidad de la fe católica, objetivo irrealizable, se amenguaron los recursos pecuniarios; los intereses gravaban lo mismo sobre los gastos acumulados de años anteriores que sobre los de los ejercicios venideros; las pensiones pagadas en países extraños consumian el Tesoro, y los gastos personales del soberano habían dado pie en el interior á una prodigalidad sin lí-

2008 Ministerio de Cultura

mites. Por tanto, igual para España que para Francia, la paz de Vervins fué un acto necesario y venturoso. Sobre todo lo fué para la corona española; pero, con la pérdida de las Provincias Unidas, pagó las culpas de toda especie por su rey cometidas. La espada de Mauricio de Nassau había vencido definitivamente á la del duque de Alba.

Con Felipe II perdió España su preponderancia. Su hijo le sucedió á la edad de veinte años (1598). Desde el comienzo de su reinado mostró gran debilidad de carácter, confiando la autoridad soberana á su escudero el marqués de Denia, hecho duque de Lerma; el favorito fué nombrado primer ministro á pesar del consejo que al morir le dió su padre de tenerlo alejado de los negocios. Su elevación excitó el descontento de la grandeza, celosa á la vez de su poderío y de su influencia, é intranquilizó á causa de lo obscuro de su linaje. Para señalar su ministerio, el Duque resolvió ejecutar un acto de vigor: equipó otra nueva *Armada* con destino á devastar las costas de Inglaterra y arruinar su comercio marítimo; una tempestad la destrozó en las costas españolas; hubo que recurrir entonces á las negociaciones, y firmóse la paz con Inglaterra en 1604. Prosiguió la guerra contra las Provincias Unidas; pero las prodigalidades del ministro en el interior dejaron sin socorro á Alberto é Isabel, que gobernaban los Países Bajos. Las tropas no estaban pagadas: amotináronse y tres mil hombres se pasaron á las filas de Mauricio de Nassau, preludio del desastre final.

Expulsados de España los judíos en 1492, habíanse refugiado en Portugal, donde tuvieron buena acogida. Pero un levantamiento popular asesinó á muchos de ellos en 1506. Sostenidos y vengados por el rey Manuel, habían prosperado. En 1602 eran dueños de la riqueza pública en la cuarta parte del reino, lo cual les permitía sustentar sus ideas etnogénicas: como sus correligionarios de Toledo, diputábanse hijos de una tribu establecida en la península y extraña por completo á los innobles acontecimientos de Jerusalén. Aunque este sis-

2008 Ministerio de Cultura

tema se tuvo por harto sospechoso, ofrecieron al duque de Lerma 144 millones de francos si un edicto hacía iguales los cristianos nuevos á los cristianos viejos y declaraba á los prineros aptos para las funciones públicas. En vano Portugal hizo oir sus protestas: su emancipación se anticipó en dos siglos á la *Revolución francesa*. La católica España declaró, tras la bancarrota sobrevenida por haber intentado á toda costa la *Unidad católica*, que los judíos tendrían en Portugal derecho de ciudadanía. Aún hay más: apelóse á Roma, y Clemente VIII (hecho mucho menos sabido) aprobó el tenor de los despachos de Felipe III. Su legislación quedó en suspenso en todo Portugal, y la Inquisición, en vista de los donativos que recibía, suavizó sus penas, sus fallos, su doctrina.

Durante la guerra de Holanda, quiso Felipe III convertir en moneda la plata de las iglesias y la vajilla común; habiendo protestado el clero, quedó sin cumplirse el edicto. Hubo que empeñar las rentas de América para conquistar la Irlanda y el baylicato de Argel. Sabido es lo que aconteció con ambos proyectos; los dos fracasaron. A pesar de la toma de Ostende por Spínola, fué extremada la penuria; doblóse el valor de la moneda de vellón, lo cual agravó la crisis, y las victorias de los holandeses, al apoderarse de las principales islas Molucas, acabaron el descrédito del primer ministro. Tuvo que tratar con Holanda y aceptar una larga tregua, lo que disgustó á su país: acusósele de no respetar la gloria tradicional. Para sostenerse, tuvo que ocultar al rey la verdad; acrecentó con ello los apuros económicos; dió con profusión fiestas, con una facilidad igual á la que le hacía multiplicar las cargas venales, y creó tantos empleos, para crearse apoyos administrativos, que el Tesoro apenas podía pagarlos. Fué mal estimulada la agricultura; exceptuóse sin razón del servicio militar á los obreros, y España hubiera tenido una bancarrota sin ejemplo si no le hubiesen dado sumas enormes las colonias y Sicilia. Tan débil como su señor, lúcido, pero vacilante siempre, el duque de Lerma era un cortesano consumado, pródigo en fiestas,

2008 Ministerio de Cultura

hombre de mundo, un particular en el poder. La pacificación del reino de Aragón, debida á la dulzura de su carácter, constituye su obra principal; su fanatismo religioso le inspiró la expulsión de los moriscos.

Omnipotente, hizo participar de su fortuna á su hijo el duque de Uceda. Habiéndose aprovechado del fallecimiento de su mujer para conseguir la púrpura romana, fué causa de su caída esa elevación, á la cual sólo la ambición le llevara. Viéndole el rey objeto de enemistades y acusaciones generales, le envió al destierro y tomó por sucesor suyo á su hijo el duque de Uceda.

Antes de caer, el duque de Lerma realizó actos que manchan su memoria: pudo conseguir de Felipe III la expulsión de los moriscos, últimos supervivientes de los sarracenos, los cuales, cuando la conquista de Granada, bajo Fernando el Católico, habían prometido abrazar la religión católica apostólica romana. Lleno de prejuicios, convenció á los inquisidores de que esos conversos profesaban en secreto la religión mahometana; téngase en cuenta que sólo á condición de renunciar á ella les fué permitido permanecer en España. Les acusó de haber buscado apoyo para su traición de conciencia en una traición política: habían llamado en su auxilio á Francia y aun al gran turco. En 10 de Enero de 1610 se publicó contra ellos un edicto de expulsión, que fué ejecutado. En vano ofrecieron por él «dos millones de ducados de oro:» Felipe siguió inflexible, á pesar de los apuros de su tesoro; salieron de España como un millón de habitantes.

Al fin de un reinado que duró veintitrés años, hubo de arrepentirse de ello el rey. La emigración convidaba con los pretensos tesoros de América á los ganosos de fortuna; la agricultura no pudo reponerse de esa pérdida. El edicto que otorgaba la nobleza y exención de la guerra á los agricultores, fué ciertamente una medida reparadora, pero no bastó para llenar los vacíos. La liga con Francia dió inesperado esplendor á su reinado, y pareció llamarle á nuevos destinos. Luego veremos lo que resultó de ahí.

2008 Ministerio de Cultura

Verdaderamente, *ocho siglos de cruzadas* habían inferido á España profunda herida; su dignidad nacional y su honra habían guardado recuerdo de las vergüenzas pretéritas, y la pérdida de la preponderancia, por efecto del genio de Enrique IV, habíale obligado á replegarse sobre sí misma. No pudiendo ser ya grande fuera, el duque de Lerma había creído serlo dentro, pisoteando á quienes de opresores se trocaron en conversos, en *cristianos nuevos*, como con ira y con desdén se les llamaba. El dueño del rey tuvo miedo á los moriscos: supuso que en el fondo de su corazón se tenían como legítimos poseedores del reino. En vano habían perdido sus leyes, usanzas, religión, costumbres y hasta vestimentas: todo se convirtió para ellos en un título para la proscripción. El primer ministro no quiso admitir que sus abjuraciones fuesen sinceras. Víctimas de toda especie de servidumbre, los moriscos habían aprendido los oficios más humildes, aquellos que desdeñaban sus señores; con trabajo y con tiempo habíanse enriquecido, principalmente por medio de la agricultura. El estado de la provincia de Valencia, hoy tan rica, hace la apología y propaganda de su sistema de riegos, y su prosperidad es la prueba fehaciente de lo pingüe de sus cosechas en otros tiempos. Con la morera y el arroz, la caña de azúcar y el algodón (cultivos tradicionales que habían importado), reunían la fabricación de seda, cueros y papel. Luchando por el agua con el sol, sabían crear países fértiles, cubrirlos de árboles y darles el aspecto de vastos jardines, como Granada y Valencia. Contábanse en Andalucía hasta doce mil aldeas.

Pero desde Carlos V, la superstición religiosa había agobiado á los vencidos con exacciones sin cuento, haciendo creer á este emperador que guiaban á los corsarios berberiscos en sus rebatos contra las costas españolas. Habiéndose sublevado en 1530 los perseguidos, fué ahogada en sangre su insurrección, y 70.000 de ellos buscaron refugio en Africa. Reinando Felipe II, la guerra de las Alpujarras hizo pasar de esta cifra la de los expatriados. Y en 1578, un fraile que predicaba á los

2008 Ministerio de Cultura

moriscos de Aragón, pudo exclamar: «¡Puesto que no queréis venir á Jesucristo, sabed que hoy mismo ha nacido quien os arrojará del reino!» En ese día nació Felipe III. Al llegar á ser omnipotente, el duque de Lerma hizo cierta la predicción, apoyado en su error y por los estímulos de su hermano Bernardo de Sandoval, primado de Toledo y gran inquisidor. Ambos renovaron lo que, en el reinado anterior, Idiaquez había podido impedir. Ribera, arzobispo de Valencia, les prestó el concurso de sus acusaciones. Dos memoriales, dirigidos al rey y á las Cortes, formularon la expulsión como consecuencia de odiosas acusaciones. Leíase en ellos lo siguiente:

«Los *Reyes Católicos* no vacilaron en expulsar del reino á los judíos, con no ser herejes ni apóstatas, ni haber estado jamás en correspondencia con los enemigos del Estado. Su Majestad el emperador mandó á los moros que recibiesen el bautismo ó saliesen de España. Así, esperaba hacer de ellos fieles cristianos y vasallos sumisos; pero fué vana su esperanza. Los reyes de Francia han dado á todos los reyes una lección provechosa, enseñando al mundo, en sus vasallos herejes, los funestos efectos de la tolerancia. Si hubieran sido obedientes á la Iglesia y hubiesen muerto ó desterrado á los hugonotes, ¡cuántos males habrían evitado á sí mismos y á su país! Por tanto, el interés espiritual y temporal del reino exige la expulsión de los moriscos. Trabajan por menos precio que los naturales; las aldeas españolas están pobres y despobladas; las aldeas moras rebosan habitantes. Los renteros españoles, en los terrenos más fértiles, no consiguen pagar sus arrendamientos. Los moros, roturando un suelo ingrato, enriquecen á sus amos y á sí mismos, y pagan además pesados impuestos; son la esponja que absorbe toda la fortuna de España. *Conclusión:* Sin embargo, no sería cuerdo expulsarlos á todos á un tiempo. En los reinos de Valencia y de Aragón, donde son los más numerosos, no se mezclan con los cristianos. Además, hacen prosperar á este país con su ciencia en agricultura y en riegos; si fuesen expulsados todos, perderíase esta ciencia. Pero en las otras provin-

2008 Ministerio de Cultura

cias hablan en castellano, habitan en aldeas cristianas y difunden en ellas la ponzoña del Islam ó de una sumisión hipócrita á las verdades de nuestra santa religión. Por tanto, es menester echarlos de todas partes, menos de Aragón y Valencia, y guardar sus hijos menores de siete años para educarlos en la religión cristiana. El rey puede, con toda tranquilidad de conciencia, emplear á los adultos en sus galeras ó en los trabajos de las minas en América, ó venderlos como esclavos á sus súbditos; y como todos ellos han merecido por sus maldades la muerte ó la esclavitud, si Su Majestad los deportase al Africa, en medio de sus correligionarios, eso sería un acto de clemencia y de compasión.

El gran inquisidor votó en el Consejo del rey por la expulsión total y sin excepciones; el duque de Lerma fué del mismo parecer; toda opinión contraria (porque las hubo declaradas), fracasó en sus representaciones.

Preciso es decirlo muy alto, en honor de la corte de Roma: el Papa protestó contra ese acto, calificándolo de *fanatismo*. Paulo V, de la ilustre familia de los Borghese, electo cuatro años antes á causa de su instrucción superior y de sus virtudes, de una perfecta sagacidad en los negocios, firme en sus voluntades, conocía á España. Había desempeñado en ella las funciones de Legado, bajo Clemente VIII; por eso protestó, para eterno honor suyo, contra esa irreparable desgracia. A su mérito debió sorprendentes embajadas venidas del centro del Africa ecuatorial y del extremo Oriente como de la Persia. Es glorioso para el Papado haber previsto las consecuencias de aquella proscripción y haber hecho todo lo posible por prevenirla.

Sully ha consignado que, viéndose los moriscos perseguidos en la sombra, ofrecieron 100.000 hombres á Enrique IV en 1602, para ayudarle en una guerra que solicitaron emprendiesen en la península; para decidirle, parece que prometieron abrazar el protestantismo. Dicho sea en honor suyo, el rey de Francia se negó á llevar la guerra al país de Felipe II. No

2008 Ministerio de Cultura

contentos con expulsarlos, imputábaseles la miseria. No pudieron llevarse sino lo puesto. A la violencia de sus abuelos conquistadores, replicaban con iguales violencias los dueños de la península, después de un siglo de la victoria de éstos (1492).

Pues bien: ¡el vicario de Jesucristo había pedido gracia! Los señores del reino de Valencia representaron al rey que, gracias á los moriscos, las rentas de sus tierras producían 12 millones de ducados, es decir, 108 millones de francos. Ni la religión ni el interés del Tesoro contuvieron al soberano, impelido por Lerma. Los virreyes de Italia y de los Países Bajos habían enviado sus tropas y sus escuadras, pues una paz general garantizaba su no intervención fulminante. *Tres días de plazo* se concedieron á los interesados para salir de España; después del cual, todo el que encontrara á un morisco fuera del lugar de su nacimiento tendría el derecho de detenerlo, de quitarle sus bienes y de matarle, si se resistiese. También se daría muerte á quienes hubieran ocultado ó destruído sus riquezas. En las aldeas, por cada cien habitantes conservároнse media docena de ancianos para enseñar á los amos la agricultura; se conservaron también los niños menores de cuatro años, con el consentimiento de las familias interesadas; los nacidos de «cristiana vieja» casada con «cristiano nuevo» consiguieron no marchar, ni tampoco la madre; pero el padre fué expulsado.

En el día prefijado (12 de Septiembre de 1609) efectuóse el éxodo, con durezas acerca de las cuales es inútil insistir. El 2 de Diciembre, un segundo edicto expulsó á los de Andalucía y Murcia. En 27 de Abril de 1610, llególe el turno á Aragón y luego á Cataluña; vino después el de ambas Castillas, la Mancha y Extremadura.

Las provincias no tuvieron el entusiasmo que la corte y los exaltados; protestaron en todas partes, y sus procuradores anunciaron los males que de ahí nacerían. La consecuencia de ello fué la despoblación. En diez años, los moriscos converti-

2008 Ministerio de Cultura

dos duplicaban su censo, según Fonseca dice en su *Justa expulsión*. Escolano protestó en sus *Antigüedades*, contando que el reino de Valencia, el más rico, había llegado á ser «un desierto árido y yermo». En Francia, olvidó el cardenal Richelieu la política, para no acordarse sino de su carácter de sacerdote; vituperó esa medida, llamándola *el más osado y bárbaro consejo que la Historia menciona*. La expulsión dió origen á robos y concusiones, á sentencias de muerte contra los vencidos, para obtener más oro. Más tarde, á fines de 1610, fué cuando se autorizó á los moriscos á llevarse consigo la mitad de su fortuna, á condición de dar la otra mitad á los comisarios regios. Se calcula en 800.000 ducados (ó sea millón y medio de francos) la cifra de las sumas que el duque de Lerma tomó de sus cómplices, por su parte. ¡Pese este recuerdo sobre su memoria! Pasemos adelante.

Felipe III sólo veía por los ojos de su ministro. En 1600, las Cortes no le habían disimulado sus apuros económicos. «Los labradores, desalentados, decía un orador, renuncian á cultivar sus campos, y se hacen mendigos ó bandoleros. Las casas se hunden, y nadie las reconstruye. Desiertas están las aldeas, incultas las tierras, vacías las iglesias. Bien pronto faltarán brazos para cultivar el suelo y se dejará de contraer matrimonio. *¡Es imposible*, en tal estado, *que el reino dure aún un siglo!*» Todo esto es aplicable á la península. Y, sin embargo, al advenimiento de este soberano gastáronse para su boda 8.550.000 francos; el marqués de Denia dos y medio millones largos, y los señores de la corte 27 millones. En Cataluña le votaron un millón de ducados (nueve millones), á la reina 100.000, al favorito 10.000. En Zaragoza se dieron por advenimiento: al príncipe, 200.000 ducados; á la reina, 10.000; á Lerma, 6.000. Este último había sacado dinero de todo, hasta de las noticias que transmitía al rey, como el arribo de los galeones de América. De ahí una fortuna tanto más desproporcionada cuanto que el país estaba en absoluto pobre, arruinado; ese ministro hizo todo lo imaginable para perderlo, pues

2008 Ministerio de Cultura

toleraba á su lado la venta de su propio crédito por un secretario ó paje, Don Rodrigo Calderón. La codicia llamaba á la concusión abajo, desde el momento en que se desplegaba arriba y al lado.

¿Quieren conocerse las consecuencias de esas maniobras? Un testigo conocido, Cabrera, nos las comunica en estos términos: «Su Majestad no tiene con qué pagar los salarios de sus servidores ni alimentarlos. El rey mismo, sólo á crédito puede conseguir lo necesario para los gastos de su mesa, lo cual no se ha visto nunca todavía en el palacio de nuestros reyes.» Los gastos de la casa real habíanse más que duplicado, y la realeza se aturdía en el presente con inauditos esplendores, gracias á los favoritos, dispuestos á abusar de la bondad personal del rey. El sistema de las pensiones en el interior, y principalmente en el exterior, había gravado el Tesoro en extrañas proporciones; su creador era Felipe II. Pues bien, sin contar á su hijo, España tenía, desde París á Amsterdam, desde Londres á Augsburgo, hartos enemigos para que se pudiese flaquear en este punto. Francia no hubiera dejado de vengarse de las intrigas del Gabinete de Madrid, sin la Liga al Norte, al Oeste, al Sur; hubiérase sustituído á ella y se los hubiera enajenado, concediéndoles los socorros que el rey del Escorial tenia la costumbre de enviarles. Según las *Cartas* del cardenal Du Bellay, veíase entre ellos pensionado hasta un pequeño duque de Urbino: recibía 12.000 escudos para su mesa, sueldo para cuatro coroneles, 20 capitanes, 100 hombres de caballería pesada, 200 de caballería ligera y dos compañías de infantería. Por los de éste, júzguense los subsidios de los demás.

En Roma había que ejercer una influencia mucho más seria. Los cambios de Papas traían consigo variaciones en la política: era preciso vigilar su marcha, sorprender sus secretos. Pues bien, la abnegación de la corona y la capacidad de los embajadores, no bastaban para conocerlo todo. Desde 1556 (época en que España quedó separada del Imperio) hasta 1598,

2008 Ministerio de Cultura

la Iglesia había contado nueve soberanos Pontífices bajo el reinado de Felipe II. Entonces comenzaron las pensiones á los varones romanos; los Gaetani, los Cesarini, los Orsini no las desdeñaban, y tampoco los cardenales, por facción. Cónclaves y Concilio habían costado caros á un país cuyo carácter, tan religioso, prometía colmar la medida. Los acontecimientos produjeron un efecto contrario. Declara Sarpi, en sus *Cartas á Leschassier*, que no había en Italia una sola ciudad donde España no pagase partidarios. Por medios análogos advierte la *Relación de Delfino* que había facciones en Suiza entre los consejos cantonales; en Alemania, junto á los príncipes y electores; en Inglaterra, en la aristocracia de la corte y el Parlamento.

Para atender á todos estos gastos, dió el rey, en 29 de Octubre de 1600, el siguiente edicto: «La causa principal de la miseria pública está en el empleo de la plata para fabricar objetos de uso diario. Valdría mucho más que la plata estuviese en circulación. Para remediar un mal tan grande, deseamos conocer la masa de plata existente. Por eso mandamos que se haga un inventario de todos los utensilios de plata. Yo el Rey.» Tan pronto como se publicó, apoderóse de todas las clases una ira general. Frailes, curas, obispos, hasta el confesor de Felipe, todo el mundo protestó, y el primer ministro tuvo que contentarse con lo que tuvieron á bien dar (en concepto de contribución voluntaria) algunos prelados, algunos cabildos ó metrópolis, y aun las Ordenes militares. Las fortunas particulares se pusieron al abrigo de las necesidades del culto. Con esa medida se enrareció el dinero; la elevación de la moneda de cobre en la proporción de 2 á 4, dió por resultado elevar al 10 por 100 el cambio de la plata. Dávila escribió que la flota de América traía anualmente 10 á 12 millones de plata y no se hallaba en todo el país un real. Cuenta Céspedes que en el reinado de Felipe IV, habiendo muerto en Castilla un obispo de Chile, el fisco se apoderó del oro y de la plata de la sucesión; habiendo protestado la curia pontificia y hasta pedido

2008 Ministerio de Cultura

la sucesión del obispo, el Gobierno prometió pagarle «en moneda de cobre» á dicha curia. Se ve que la reforma acerca del cobre duraba en tiempo de los sucesores de Lerma.

En materia de importación, los impuestos sobre el comercio eran de 30 por 100, lo cual no pudo sino arruinarlo. Favorecióse el contrabando en las fronteras, donde, por lo extendido, llegó á convertirse en una profesión. En un país de costas, eso era exponer seguramente los recursos del Tesoro. Las ciudades se resistieron á dar los millones pedidos como anticipo. Felipe III, lo mismo que su padre, había declarado la guerra á las antiguas *libertades provinciales*. Quiso en 1607 someter los países vascos á los impuestos, que no habían sido consentidos por ellos. Los diputados de esas provincias se congregaron en la villa de Guernica y no temieron escribir al rey:

«Habiendo sabido que, en recompensa de los leales servicios prestados á la Corona por este Señorío de Vizcaya, quiere Vuestra Majestad usurparnos nuestros derechos gravándonos con ciertos impuestos de que está exenta Castilla, hemos resuelto, á tenor de nuestros *Fueros,* otorgados á nosotros por los reyes predecesores vuestros y que Vuestra Majestad quiere revocar hoy, dirigirnos á Vos humildemente para suplicaros que retiréis vuestro decreto. Lo que pedimos está conforme con la equidad, y, *si no quiere hacerse justicia á nuestro ruego, tomaremos las armas para defender á nuestra muy querida patria*, aunque tuviéramos que ver quemar nuestras casas, y destruir nuestros campos, y fenecer nuestras mujeres y nuestros hijos; aunque nosotros mismos hubiéramos de buscar otro Señor que nos ampare y defienda.»

Retrocedió el rey ante esta resolución y este tan poco disfrazado llamamiento, y confirmó en sus *Fueros* á los impetrantes.

Por otro lado, para elevar la sisa de millón y medio á tres millones, para impedir el fraude, creáronse tribunales de justicia que comprendían tres grados de jurisdicción. Cada ciudad tuvo un tribunal de primer grado; cada cabeza de partido

2008 Ministerio de Cultura

uno de segundo orden, y cada villa con derecho á votar uno de tercero. Cada uno de los tribunales superiores vigilaba á los tribunales inferiores. Kheveuhiller advierte en sus *Anales* que las Cortes eran siempre generosas. A fines de 1608 otorgaron diecisiete millones y medio á pagar en siete años, y doce millones de ingresos sobre los ingresos municipales, para solventar las deudas del soberano. Añade que en 1619 votaron otros dieciocho millones; cuanto menos rico era el pueblo, tanto más se otorgaba. Sin embargo, llegó un día en que el *Consejo de Castilla* enumeró con tristeza la cifra de los impuestos creados desde los tres reinados últimos: era de cincuenta y tres millones y medio de ducados, y el rey había cobrado otros cien á su reino. Pues bien, todas las rentas de la corona estaban empeñadas, y ya no tenía el Tesoro otros recursos más que las prestaciones inmediatas.

No es posible terminar la exposición de este reinado sin hablar de D. Pedro Girón, duque de Osuna. El futuro virrey de Nápoles comenzó en la corte de Felipe II por frases de rara causticidad, por las cuales recibió una orden de destierro. Conoció en Zaragoza á Antonio Pérez y le facilitó los medios de escaparse á Francia; bien pronto fué también allí él, pero pasó á Portugal en cuanto tuvo conocimiento de los proyectos concernientes á la Liga. Permaneció fiel á esa protesta, y no regresó á su patria hasta la muerte del rey. En la corte siguió la fortuna de Lerma; y, descontento de las necedades de los cortesanos, dirigióse á Flandes, donde combatió á sus expensas contra los holandeses. En 1607 nombróle su soberano gentil hombre de cámara, y más le hubiera adelantado si no hubiese tomado partido contra la expulsión de los moriscos. En 1609 pudo hacer admitir la independencia de las Provincias Unidas y aceptó el virreinato de Sicilia. Fué implacable con los grandes, hizo próspera á la isla, batió á los turcos, tomóles 50.000 hombres, libertó á 17.000 cristianos é hízose bendecir por los pequeños. El 1615 desempeñó iguales funciones en Nápoles con el mismo espíritu, y organizó la pretensa *Con-*

2008 Ministerio de Cultura

juración contra Venecia, cuyo propósito era el de ocultar el desmembramiento en provecho suyo de aquella parte de los Estados. Un capuchino le denunció á la corte en 1619. Llamado en seguida, creyóse seguro del buen éxito y del secreto de su empresa, por los avisos de su mujer. Detenido en Madrid con su casa, no pudo convencérsele de traición, por haber el Consejo de los Diez quemado los papeles comprometedores. Quedó preso y murió en el castillo de Almeida, en 1621. ¿No hay derecho para decir que él fué el grande hombre del reinado aquel?

Yañez, en sus *Memorias*, juzga así á Felipe III: «Hubo en su reinado paz sin provecho y tregua sin gloria. Adquirió en Alemania por medio de la guerra, perdió en las Indias por medio de la paz. Suspendió las hostilidades en Flandes, donde era menester proseguirlas, y las reanudó en Italia, donde ninguna necesidad tenía de ello. Como rey, se abstuvo de cometer faltas; pero no de permitirlas en otros. Dejó á su sucesor pocas rentas y muchos enemigos. Justo y liberal, puso compasión sobrada en la justicia y harto escasa prudencia en su liberalidad. Príncipe débil fué y que se contaría entre los hombres más excelentes, á no haber sido rey, y entre los mejores reyes, si hubiera logrado tener mejor favorito.» Todo aquello era un continuo rebajamiento sin prestigio; por donde, después de rechazar la política paterna, íbase á la decadencia en el año de 1621.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

II

Cuando sucedió á su padre, Felipe IV no tenía más que dieciséis años; diéronle por consejero al conde de Olivares. Con premura de distinguirse, ese ministro hizo tomar á su pupilo el nombre de *Grande*. Pero tenía enfrente de sí al cardenal de

2008 Ministerio de Cultura

Richelieu, opuesto á la casa de Austria, y cedió en el negocio de la Valtelina, reclamada desde luego como una dependencia del Milanesado. Menos prudente contra las Provincias Unidas, que tan caras costaban á la corona de su señor, reanudó el plan de guerra al romperse la tregua; pero en 1628, habiendo sido derrotadas sus tropas, hubo que aceptar la paz. A la absorción del Nuevo Mundo replicaron los holandeses creando su Compañía de las Indias Occidentales, que muy luego se hizo una rival temible. Mucho peor fué en 1640: España perdió el condado de Artois; desposeída Cataluña de sus privilegios, asesinó á su virrey; sublevóse Portugal. Habiendo llamado este último país al trono al duque de Braganza, más tarde Juan IV, anunciόselo Olivares á su soberano, diciéndole: «Señor, vengo á dar á Vuestra Majestad una buena noticia. El duque de Braganza ha perdido el juicio: se ha dejado proclamar rey de Portugal. Su imprudencia valdrá á Vuestra Majestad una confiscación de 12 millones». El rey se limitó á responder, satisfecho del donativo anunciado: «Hay que poner orden en ello». Con frases hábiles es como ciertos ministros pierden á su patria: la de Olivares es una de esas.

La rebelión de Cataluña, indignada de su conducta y abriendo Barcelona á las armas de Francia (una falta cometida por una exasperación justa); el Rosellón volviendo á un país vecino que buscaba su frontera natural; el auxilio dado á la rebeldía de Gastón de Orleans contra un genio como Richelieu; todos estos hechos debían dar á los enemigos de Olivares un manojo de pruebas para demostrar su incapacidad. Unióse á ellos la corte de Viena. Felipe no se atrevió á resistir contra ese concierto de esfuerzos; la muerte de Richelieu dió pretexto para ello. La grandeza española le acusaba de erigir en sistema la autoridad real absoluta, á imitación de Francia, de menospreciar las teorías de las Cortes, de destruir los privilegios propios de los diversos órdenes, de romper los adquiridos por las provincias cuando constituían estados independientes, ¡recuerdos imperecederos de sus luchas por la patria!

2008 Ministerio de Cultura

Voiture escribió acerca de él (1): «Es asombrosamente presto, activo y penetrante, sutil, lleno de fuego y de luz..... La adversa fortuna derribó á veces sus designios, nunca su constancia. Le he visto recibir con la misma cara la noticia de la pérdida de Maëstricht y la de la muerte del rey de Suecia.....» El escritor es aquí devoto admirador del amigo de su eñsor y eso es todo. La carrera del ministro habla más alto que las tan interesadas apreciaciones de Voiture. En sus *Memorias acerca de España*, pudo escribir Sir Dunlop que fué para él extraña la sed de oro que manchó la administración de Lerma. Amigo resuelto, ánimo vengativo, «irascible, envidioso del mérito de los demás», vano, á la vez terco y mudable: tal era el adversario de Richelieu y de Gustavo Adolfo. Según el mismo historiador, su genio era superior á su juicio, extraviado por quimeras. ¡El juicio! De todas las cualidades, ¿no es la más necesaria para un hombre de Estado, sobre todo para un primer ministro? Instruido por las culpas del reinado anterior, Olivares buscó otro camino. A la paz sistemática hizo que la sustituyese la guerra sistemática: el resultado fué que con ello perdió su país. Portugal, que se vengó en su señor de las codicias del abuelo; el Rosellón y la Cerdaña, provincias que estaban fuera de sus fronteras naturales; con la amenaza de ver á Cataluña separarse de la monarquía. El duque de Lerma había tenido al futuro Felipe IV lejos de los negocios, y hasta le había inspirado repugnancia hacia ellos. Olivares continuó el sistema: le halagó en el poder, como con su propia bolsa había favorecido los placeres del joven. Conocido es el resultado.

El nuevo ministro empezó por convocar en Madrid las Cortes de Castilla; era esto en 1621. Sabemos sus quejas desde un siglo atrás y el caso que de ellas hacían los Gobiernos; sin embargo, formulaban los agravios positivos de los súbditos. Si sus resoluciones no se lograban, si las regias promesas se-

(1) Voiture era agente del duque Gaston de Orleans, en la corte de Madrid.

2008 Ministerio de Cultura

guían siendo ineficaces, si los impuestos se votan y pagan en seguida, ¿de quién es la culpa del menosprecio de las aspiraciones públicas? Siempre de los ministros y favoritos. Las Cortes trazaban el siguiente cuadro de la situación de España: «Muchos pueblos están despoblados y perdidos para siempre, en ruinas las iglesias, hundidas las casas, sin cultivo las tierras; los habitantes vagando por los caminos, con mujeres é hijos, ramoneando, como los rebaños, las hierbas de los campos y las raíces para sosegar el hambre, y huyendo de una provincia á otra para librarse de los impuestos que les aplastan..... El relato de todos estos males, Católico Señor, llega rara vez á oídos de Vuestra Majestad; porque hay pocas gentes capaces de hablaros de ellos, pues quienes hacerlo debieran no piensan sino en su interés y en su medro.» Conjuraban al rey, mostrándole el remedio, á que obligase á la grandeza y á los prelados á residir, la primera en sus dominios y los segundos en sus diócesis; á que se diese allí trabajo á los pobres y se sembrasen los terrenos yermos; á contener la adquisición de propiedades por el clero, reconstitución que eran de los *latifundia* que perdieron á Italia bajo el imperio de los Antoninos; por último, á que crease Bancos agrícolas para acudir en auxilio de la industria.

Olivares respondió con proyectos grandiosos y de estrépito, pero vacíos; instituyó una *Junta de reforma de las costumbres*, que tuvo la misión de inventariar los bienes de todos los que habían sido ministros desde 1592, para compararlos con su fortuna personal el día en que entraron en funciones. Por ese procedimiento fué obligado el duque de Lerma, por orden de su sucesor, á reintegrar el importe de la pensión de que disfrutó durante veinte años, ó sea 1.440.000 ducados. La sentencia ponía estos humillantes comentarios: «Como indemnización de todas las malversaciones de que se había hecho culpable.» Su hijo, el duque de Lemos, fué condenado á pagar una multa de 20.000 ducados, y acabó sus días en una fortaleza, aunque indultado por el rey: el padre murió de desesperación.

2008 Ministerio de Cultura

Obligóse, pues, á los primeros dignatarios de la corona á presentar, bajo juramento, el inventario de sus bienes al ser promovidos á sus cargos, y á renovarlo cuando salían del poder. Estas medidas violentas no bastaron para imponer la moralidad en los negocios públicos. En efecto, en un decreto de la época relativo á los oficios, se lee lo siguiente: «Los honorarios de los oficios de regidor, notario, procurador, escribano, que han adquirido un aumento escandaloso, deben reducirse á la tercera parte. Ningún solicitante, sea cual fuere su alcurnia, podrá permanecer en la corte más de treinta días por año; se anotará con cuidado el día de su llegada y el de su salida. Los jueces no enviarán á los pueblos comisionados para apremiar sin misericordia á los contribuyentes morosos.» Unióse á esto un conjunto de leyes especiales, que pudieran llamarse *leyes suntuarias;* se vigiló, limitándolo, el número de criados, disponiéndose que no pasaran de 18 por persona, inclusos los Infantes hermanos del rey. No se echó en olvido el problema de la población, y se estimularon los matrimonios desde la primera juventud; á partir de la edad de 18 años concedióse al marido la administración de los bienes de su mujer, retroceso á la legislación romana de la Iberia y hasta al mismo Código Teodosiano en el famoso Breviario de Alarico de la conquista visigoda. Prohibida la emigración voluntaria, exentos de impuestos los labradores y artesanos extranjeros que se establecieron en España, alejados de las ciudades los vagos, todo esto formó un programa.

Por desgracia, la mayor parte de esas medidas eran irrealizables, y su propósito, digno de alabanza, no pudo tener aplicación. Con la muerte del primado de Toledo, tío suyo, hízose Olivares omnipotente y señor absoluto. En vano se felicitó al rey por los progresos obtenidos; las Cortes no creyeron nada de ellos, y mucho menos el país. En 1623 votáronse 108 millones de francos, pagaderos en seis años. El ducado de Milán y la Sicilia se esquilmaban para pagar la soldada de una ocupación permanente que los tuviera sujetos. Nápoles y Por-

2008 Ministerio de Cultura

tugal abandonaban sus ingresos á los mercaderes de Génova, para pagar los empréstitos atrasados. Los dominios de la corona, unos habían sido vendidos, otros estaban gravados con hipotecas, y eran, por ende, improductivos. Los corsarios ingleses y holandeses entraban á saco los galeones españoles. Pues bien, el preponderante ministro quería guerrear, excitado por sí mismo y por el estado general de Europa. Recurrió entonces á las Cortes de Aragón, de Cataluña y de Valencia.

A causa de sus *Fueros*, estas provincias no contribuían á los *gastos* del Estado sino con *donativos voluntarios*. Olivares las convocó, pero separadamente: las de Aragón, en Barbastro; las de Cataluña, en Lérida; las de Valencia, en Monzón, fuera de su provincia (injuria gratuita). Dirigióse la corte en 1626 á Zaragoza, donde por ceremonia juró el rey el mantenimiento de los *Fueros*. Las cosas no marcharon como una seda; si el clero y el pueblo aceptaron las peticiones de subsidios, la nobleza se resistió. Felipe se olvidó de sí mismo hasta el punto de decir que á la primera palabra de resistencia hubieran debido «apuñalar al rebelde;» declaró que la nobleza pagaría, «so pena de pasar por traidora,» y anunció su marcha. Valencia y Cataluña habían dejado perecer los *Fueros* de Aragón, como los de Castilla: á su vez quedaron castigadas por este abandono. Nadie se atrevió á organizar una resistencia análoga á la del Taciturno y que, por otra parte, hubiera sido criminal. Aragón imitó la resistencia de Valencia, y acabó como ella.

El rey exigió una leva de 3.333 hombres, armados y pagados por el reino respectivo contra toda invasión inglesa, más una reserva de 10.000 combatientes; resistiéronse las Cortes, y después de quitarles su presidente, el ministro las prorrogó. A su vuelta de Cataluña, envió un cuerpo de reclutas castellanos, que trataron á Aragón como país conquistado; sólo les recordó el día en que las Cortes votaron el subsidio pedido, entre amargos debates. Habiendo reducido en 1.000 hombres Felipe la primera cifra, excitó el entusiasmo de esas provincias, alti-

2008 Ministerio de Cultura

vas pero fieles y siempre caballerescas. En Barcelona había prestado el príncipe nuevo juramento á los *Fueros;* encontró allí los ánimos dispuestos á recriminaciones acerca del pasado, mucho más todavía que á sacrificarse otra vez. Solicitó allí 2.000 hombres equipados y pagados; consintiéronlo las Cortes, á condición de que el soberano reembolsara los empréstitos de sus predecesores. Hubo arrebato por ambas partes y sacaron la espada; Olivares recurrió á la dulzura por medio de una carta en la cual su señor conjuraba á los diputados para que no le dejasen partir sin haber logrado nada de sus súbditos. Aquello fué un fracaso: llevóse el ministro consigo al soberano, y las Cortes supieron el ultraje cuando ya no era tiempo de impedirlo. Este fué el germen de las disensiones de Cataluña; fermentó durante catorce años, y (el día en que estalló su rebelión) puede decirse que Olivares puso al trono al borde del abismo.

Desertando de sus banderas la victoria, levantándose las provincias, Flandes perdiendo su comercio en provecho de Holanda, victoriosa la Reforma por la espada y el influjo de Francia, constantemente alterado el valor de la moneda y agravándose con ello la miseria pública, la vida animal pagada á peso de oro, en guerra España por todas partes y hambrienta, estalló la indignación pública. Cierto es que las causas se remontaban muy atrás; empero, las clases populares personifican siempre sus rencores, y atribuyeron el mal á Olivares, y sólo á él. Citábase este dicho de un labriego al mismo rey: «¡Señor, si no echáis al conde-duque, España está perdida!» En las paredes de su palacio pusieron un cartel que decía: «Tú serás Felipe *el Grande*, cuando Olivares ya no haga de ti un Felipe *el Pequeño*.» La Inquisición nada podía contra esos clamores: por el año 1639, había llegado á penetrar en el gabinete del soberano un memorial anónimo donde se le advertía acerca de las ruinas del país, formulándolas en una sola proposición: el poder sin límites del primer ministro. Indignada la reina, habiéndose puesto de parte de los enemigos de Olivares, cayó éste después de tres años de luchas intestinas.

2008 Ministerio de Cultura

Ese incorruptible favorito cobraba anualmente por sus títulos y dignidades cuatro millones de francos de la época, que hoy equivalen á 20 millones de esta moneda. Se estima en 300 el número de buques de guerra españoles apresados ó echados á pique durante su administración, y en 116 millones de francos las sumas gastadas en fiestas ó en guerras, para ir á parar en el resultado antedicho (1). Déspota dentro, quimérico fuera, arruinó á su patria envileciendo la dignidad personal de Felipe IV. Sólo el genio honró á España, con el inmortal Velázquez y con Lope de Vega.

No he de narrar aquí la batalla de Rocroy, abatiendo el prestigio de España, ni la insurrección de Nápoles con Masaniello y el duque de Guisa (indigno de las tradiciones de su raza), ni el tratado de Westphalia seguido de una contienda con Cromwell, ni la batalla de las Dunas; la paz de los Pirineos iba á abrir una nueva era á D. Luis de Haro.

Desde 1646 había escrito Mazarino á Lionne, acerca de la unión entre ambas familias reales: «Una vez casada la infanta con Su Majestad, podríamos *aspirar á la sucesión de España*, aunque se le obligase á hacer cualquiera *renuncia*.» En 1659 era esto una verdad, y el hijo del emperador Fernando III vió romper de ese modo la unidad de la casa de Carlos V. Lionne había hecho insertar en el contrato esponsalicio de María Teresa una cláusula, donde el porvenir quedaba reservado por la restitución de su dote en metálico: «La renuncia de la infanta se efectuará mediante el pago de los 500,000 escudos (3 millones de francos), en los plazos convenidos.» Con un país pobre y deudor, el astuto Mazarino sorteaba las dificultades. Hay que hacer justicia al cardenal: tenía poco empeño por el dinero

---

(1) El mismo año de la muerte de Mazarino, en 1661, hubo una cuestión de etiqueta en Londres entre los embajadores franceses y españoles. Felipe cedió y tuvo que escribir á su hija, reina de Francia, que siendo él el más viejo, tocábale ser también el más prudente. A este precio evitó la guerra.

2008 Ministerio de Cultura

español y prefería al mismo las ciudades conquistadas en 1656. Si se han leído los 124 artículos del Tratado, no se ignora el afán que puso en probarlo, ¡sobre todo respecto del Artois, cuya capital está tan cerca de la frontera Norte! En 1665 bajó al sepulcro Felipe IV, ilustrado protector de las letras y de las artes. De San Quintín á las Dunas, ¡qué caída por mar y por tierra! Sucedióle un niño de cuatro años.

BONNAL DE GANGES,
Redactor de la *Revue Britannique*.

2008 Ministerio de Cultura

CRÓNICA LITERARIA

ESCRITORES AMERICANOS: *Pandereta*, por Luis Orrego Luco.—*Suprema ley*, por Federico Gamboa.—*Primitivo*, por Carlos Reyler.

El escritor chileno Sr. Orrego Luco expone, en el prólogo de su libro *Pandereta*, cuál es, á su entender, el ideal literario de los hispano-americanos. Si esto de ideal literario le parece al lector demasiado pomposo, ó lo juzga prématuro, por entender que en pueblos jóvenes como aquellos no deben de haber madurado todavía los ideales de ciertas manifestaciones de cultura, que no suelen definirse ni concretarse bien en sociedades nuevas, cuyo carácter está formándose; si algo de esto piensa, ponga en vez de ideal literario de los americanos, cómo entienden éstos que deben cultivar la literatura, y cuáles son las tendencias del gusto más generales entre los escritores de aquellos países, y tal vez con la sustitución no padecerá la exactitud.

Según el Sr. Orrego Luco, tienden los literatos hispano-americanos, por una parte al *modernismo*, á imitar las novedades de la literatura europea, á expresar por su parte los matices y delicadezas de la psicología nueva (de la psicología li-

2008 Ministerio de Cultura

teraria, por supuesto). Y por otra parte quieren conservar la forma castiza del lenguaje castellano, pensando sin duda que no es incompatible, ó al menos no lo es del todo, lo clásico de la forma con lo moderno del fondo.

Muy plausibles son ambas aspiraciones. Mas en la segunda ponen menos empeño ó tienen menos fortuna que en la primera los literatos americanos de lengua española. Entre ellos hay muchos que son, por las ideas y por la *composición* literaria, escritores á la moderna, y aun de algunos podría decirse, sin que fuera este juicio muy temerario, que son escritores franceses, que escriben por casualidad en castellano ó en idioma algo parecido. En cambio son poquísimos (si bien algunos de ellos muy notables, como Juan Montalvo) los que manejan con pureza la lengua española, realizando la segunda de las aspiraciones de que habla el Sr. Orrego. Lo demuestra el mismo libro de este distinguido escritor americano, obra nada vulgar en su género, de muy agradable lectura y en la que hay algunas hermosas páginas, pero que en punto al lenguaje deja muchísimo que desear.

Puede perdonarse sin duda al Sr. Orrego que en el mismo párrafo del prólogo en que aboga por la conservación del castellano castizo en las tierras americanas, escriba: «pasaban *desapercibidos*...» Al cabo es este pecado venial. Incurriendo con tanta frecuencia en descuidos de este género los escritores españoles de acá, sería exigencia descomedida pretender que los de allá, al cabo menos españoles que nosotros, no cometiesen estas faltas.

Otros datos de más importancia hay en el libro del señor Orrego para colegir que esa aspiración á lo castizo en el lenguaje suele hallarse bastante distanciada de la realidad en los escritores americanos ó en algunos de ellos.

Habla, por ejemplo (en la página 17), de *telas* de Murillo. En castellano esas *telas (toiles* en francés) se llaman lienzos. Algunas páginas más adelante pone en boca de un portero esta filosófica sentencia: «Así es la vida, *mi* señor.» No hablan

2008 Ministerio de Cultura

aquí los porteros como académicos (aunque no falta quien crea que algunos académicos hablan como porteros); pero si el Sr. Orrego hubiese pasado más tiempo entre nosotros, se hubiera convencido de que ni en las porterías suele hablarse así.

No tiene nada de castizo la palabra *calefaccionada* (página 23), neologismo para el cual sería difícil hallar circunstancias atenuantes. Aunque el sentimiento nacional esté algo atenuado entre nuestros federales, no sé yo si llevarían á bien que se llamase á sus círculos, *federalistas*, como llama á uno de ellos el autor de *Pandereta* (pág. 25).

Pasar de los *bajo-fondos* bohemios del Café *hasta* el Congreso, como dice el mismo escritor en otro pasaje (pág. 26), es salto difícil, no sólo porque la bohemia anda ya muy de capa caída, sino porque hay que saltar por encima de la Gramática. Que el toreo eduque y perfeccione á la raza española *sin lugar* á discusión, es proposición temeraria, contra la cual protestará de seguro el maestro Ferreras, y que hubiera hecho torcer el gesto á Nebrija y hoy se lo haría torcer hasta á Commelerán.

De Menéndez Pelayo dice el Sr. Orrego que tiene aire modesto y *buen muchacho*. Los franceses dicen *bon garçon*, y no está mal en su lengua; pero en la nuestra hace falta, por lo menos, un *de*. Hablando de Castelar, le pinta como un señor *de ojo alerta*, y que tiene un temor secreto á lo que *siente* á pueblo y democracia. Estas son ya palabras mayores, ó galicismos mayores. Ese ojo *alerta* es, sin duda, ojo vivo, y ese *siente* quiere decir *huele*. Pero hay que estar en el secreto..... del Diccionario francés, para entender este castellano.

Peor ó tan malo es decir *lama* de Toledo por hoja (página 142). Este es un galicismo directo, sin rodeos. Su evolución completa hubiera podido dar apariencia castellana al vocablo transformando en *lámina* esa *lama*. ¡Cualquiera conoce á una hoja toledana metida en semejante vaina francesa!

Otro de los más graciosos galicismos que contiene esta obra

2008 Ministerio de Cultura

es tímpanos (de *tempe)* por sienes (pág. 247). *Mirage* (por espejismo, pág. 180), es voz que está proclamando á voces su nacionalidad francesa. Del mismo origen son: *equipajes* elegantes (por coches, pág. 106), y *plena* luna (por luna llena, página 165).

Sería pesado é innecesario prolongar esta enumeración, aunque no faltaría materia para extenderla. Justo es ahora hablar de lo bueno que tiene el libro, pues la crítica no debe ser, como dice muy bien el Sr. Orrego, un guardia civil de la Gramática. Pero crea el apreciable escritor chileno que, aunque la Gramática y el Diccionario no sean toda la literatura, ni mucho menos, son parte indispensable de ella; bases modestas, pero insustituibles, del edificio literario.

Parecerá acaso á los que sólo se fijan en el elemento más externo y formal de la literatura, que nada bueno puede decirse de un libro que tiene estos defectos. Pues á pesar de estar escrito con tanto descuido, tengo el libro del Sr. Orrego por muy superior á no pocos que aquí se escriben, en prosa castellana, sí, pero también en *prosa* artística: más claro, con un prosaísmo desesperante, sin ideas ni sentimiento literario. Obras como la del Sr. Orrego pueden ser comparadas á un jardín abandonado—lleno, en verdad, de maleza y altibajos gramaticales y léxicos,—pero en el cual es posible coger algunas flores, aunque sean silvestres. Las otras obras á que aludo son tierra llana, pero estéril; un verdadero erial, donde no halla la mirada ni la flor de la poesía ni la espiga del pensamiento.

* * *

Pandereta es una colección de impresiones de viaje. No puede calificarse de relato de cosas vistas, ni aspira á ser estudio de la España contemporánea el libro del Sr. Orrego. El

2008 Ministerio de Cultura

autor *cuenta* lo menos posible. Lo que hace es pintar, trasladar al exterior la reacción subjetiva que produjeron en su espíritu, y principalmente en su fantasía, paisajes, hombres y cosas de España.

El libro está escrito con gran simpatía hacia nosotros, sin que sea indicio de lo contrario su título *Pandereta*, no muy diverso en cuanto al sentido simbólico que puede atribuírsele de aquel otro: *El país de las castañuelas*, que puso á una obra suya cierto escritor norteamericano, y que ha dado ocasión para protestas á la señora Pardo Bazán y al Sr. Valera en los artículos que dedicaron á esta última obra.

Haya querido ó no el Sr. Orrego indicar que los paisajes y tipos de España, que él refleja en su libro, son asunto de pintura de pandereta, ó haya querido buscar algo típico de nuestras costumbres populares para dar título á su obra, es seguro que en ningún caso lo ha hecho con intención de deprimirnos, ni siquiera de tomarnos á broma. Leyéndole se advierte á cada paso no sólo simpatía marcada hacia nosotros, sino deseo de comprendernos y de aplaudirnos. Hasta en las corridas de toros encuentra mucho que alabar; y no sólo en la parte artística del espectáculo, sino en la discutible influencia moral sobre el carácter de nuestro pueblo, que atribuye á esta diversión.

Mas es visible que, con toda su simpatía, el escritor chileno se siente ajeno á nosotros, y nos mira como á parientes muy lejanos, á quienes desea, en verdad, tratar con agrado. Y la verdad es, hablando con sinceridad y dejándonos de huera palabrería, que las relaciones entre España y las repúblicas de la América española no han sido tan íntimas, desde que las últimas se emanciparon, que autoricen la sorpresa por este alejamiento espiritual, efecto de la ausencia y de la falta de trato.

Aunque la benevolencia hacia nosotros que manifiesta el Sr. Orrego inclina naturalmente al lector á los mismos sentimientos, no es ese sino uno de los menores títulos que tiene su obra para ser leída y estimada por el público español. Posee

2008 Ministerio de Cultura

el escritor chileno ese don — que verdadero don es por lo que tiene de excepcional—de la visión artística, por el cual se descubre la hermosura y aun algo de la íntima naturaleza de las cosas, y sin cuyo auxilio no es posible sentir ni expresar bien la belleza de lo sensible.

Esto le permite dar á su libro notas de color acertadas y brillantes, cuando no se deja llevar de la influencia de la literatura francesa, que no sólo le perjudica en punto al lenguaje, sino también interponiendo entre su vista y la realidad ciertas imágenes de cosas de España que ha forjado la fantasía de nuestros vecinos de allende el Pirineo. Así, por ejemplo, cuando al describir una corrida de toros, habla de banderillas «clavadas de frente, metiendo el cuerpo entre ambas astas, entre sonidos *melancólicos* de clarín», cree uno estar leyendo á algún *chroniqueur* francés convertido á la tauromaquia por las corridas ó simulacros de corridas que se dieron en París en la rue de Pergolesse. Pero hay que reconocer en justicia que estos desvaríos son la excepción en la obra del señor Orrego.

Además de esta intuición artística de las cosas exteriores, tiene el autor de *Pandereta* otras cualidades no vulgares de literato. Sin pedantería alguna demuestra su cultura; discurre con originalidad y discreción sobre muy varias materias, y sabe dar á las que son abstrusas y elevadas un matiz estético que las esclarece y las torna agradables. En el capítulo consagrado al Sr. Núñez de Arce, dice cosas muy oportunas y bien pensadas acerca de la poesía. También en otro pasaje expone ideas atinadas acerca de la crítica, y el cuadro que traza del interior morisco en el capítulo titulado *Acuarela de Granada*, tiene páginas verdaderamente poéticas, de una poesía sentida y honda.

Lástima es que este libro esté escrito en tan defectuoso castellano. Y como el dominio del lenguaje es cualidad que puede adquirirse más fácilmente que otras, si yo tuviese autoridad para dar consejos al Sr. Orrego le aconsejaría que, abandonando un poco á los autores franceses, ó sin abandonarlos, pues in-

2008 Ministerio de Cultura

dudablemente es provechosa su lectura, se dedicase á la de nuestros clásicos. Así como se *pega* el francés, también se pega el castellano neto y castizo, y es de suponer que con mayor facilidad, tratándose del idioma nativo y no de una lengua extranjera. Sólo con intimar un tanto con Cervantes, con los Luises, con Quevedo ó Hurtado de Mendoza, puede llegar á ser el señor Orrego un escritor completo.

* * *

Gran parte de lo dicho acerca de su libro podría aplicarse igualmente á la obra del escritor mejicano Sr. Gamboa, titulada *Suprema ley*. Son libros de distinto género, pues *Pandereta*, como queda expresado, es una colección de impresiones de viaje, y *Suprema ley*, una novela. Pero en ambos, los defectos están en el lenguaje, que resulta muy inferior al pensamiento y á la composición artística de estas obras. Una y otra, donde flaquean, es en la parte más exterior de la forma, en aquella que corresponde á la jurisdicción del Diccionario y la Gramática; por manera que un exámen *superficial* las condena, y, por el contrario, ganan para el lector cuando *penetra* en ellas y las juzga, como si dijéramos, de fuera á dentro.

El Sr. Gamboa no es un novelista vulgar. En la portada de su obra aparece como lema la frase de E. de Goncourt—tomada, si no recuerdo mal, del prólogo de *La Faustin* — «*Un romancier n'est, au fond, qu'un historien des gens qui n'ont pas de histoire*». El lema es una declaración de principios, y el autor de *Suprema ley* se muestra consecuente con él en su obra. Es un novelista á la moderna, que conoce el secreto de esa evocación plástica de la realidad, de esa pintura dramática y animada de la vida, que hacen á la novela contemporánea tan superior á los antiguos relatos novelescos, en lo tocante á la reconstrucción de la realidad, á la apariencia de verdad y vida

2008 Ministerio de Cultura

que dan á sus ficciones los novelistas de ahora, en grado mayor que supieran darsela á las suyas los de épocas anteriores.

Es indudable que así como en el curso de la historia literaria han decaído y hasta se han extinguido otros géneros, v. gr., *la epopeya,* siendo inútiles las tentativas que para restaurarlos ó resucitarlos se han hecho, la novela ha progresado notablemente y es hoy cuando se encuentra en el estado de mayor madurez y perfección que hasta ahora ha podido conseguir. Y aunque en la decadencia de las escuelas literarias, mucho más rápida que la de los géneros, le haya tocado ya su hora al naturalismo, justo es reconocer que ha contribuído mucho á ese perfeccionamiento de la novela, y que, aunque desaparezca como escuela militante, deja tras sí, no sólo grandes obras literarias, sino ideas y procedimientos que son una adquisición definitiva para el arte.

El Sr. Gamboa podría resistir la comparación con nuestros buenos novelistas si escribiera en un castellano más cuidado..... más castellano. En su obra, el conjunto, el efecto dramático de las escenas y el de toda la acción aventaja en mucho á los pormenores de expresión, y en particular á los detalles de lenguaje. Se echa de menos en esta novela el trabajo de lima, que hubiera podido limpiarla de muchos defectos, sin quitarle espontaneidad ni frescura.

El Sr. Gamboa no incurre, sin embargo, en tantos galicismos como el Sr. Orrego. Por algo es correspondiente de la Academia Española. Algunos contiene su novela, y tan señalados como flama, *(flamme)* por llama, mixtificar por ensañar, el uso de la voz canalla *(canaille)* como adjetivo, en vez de canallesco, y de *siempre*, en el sentido que dicen los franceses *incessamment*, y nosotros *ahora mismo* ó cosa equivalente.

Pero donde en verdad está desdichado el autor de *Suprema ley* es en la introducción, de neologismos. Y no porque deba censurarse la prudente introducción de voces nuevas, que es signo de vida en los idiomas, en los cuales, mientras no pasan á la categoría de lenguas muertas, se observa ese trabajo de

2008 Ministerio de Cultura

eliminación de elementos viejos é incorporación de otros nuevos, que es la labor continua de la vida, en todo lo que de ella participa.

Mas los neologismos á que me refiero no están justificados por falta de voces equivalentes, ni superan en elegancia y expresión á los vocablos, á los cuales sustituyen. No hay razón alguna para decir que un sujeto *externó* su opinión (p. 159), pudiendo decir que la expresó ó la manifestó. Tampoco *adueñarse* (p. 196) indica nada que no exprese muy bien el castizo *apoderarse;* ni *desmañanarse* es más expresivo que *desayunarse* (p. 331), ni *ajustar* años (p. 13) es preferible á *cumplirlos;* ni *consignar* (aquí se ve el origen francés) está mejor que *prender*. *Prescindencia* es palabra que está juzgada con sólo pronunciarla. El verbo *serenarse,* en el sentido de exponerse al sereno, al fresco de la noche, no me parece tampoco de absoluta necesidad. *Opacar* los dorados (p. 23) es indudablemente más impropio que *empañar,* y así pudieran citarse otros ejemplos.

Hay también en este libro algunas palabras de rara formación, como *gritonsísimo*, superposición desgraciada de dos superlativos. El uso de la preposición deja que desear en algunos casos. No se necesita ser correspondiente de la Academia Española, para darse cuenta de que el Sr. Gamboa, que lo es, hace mal en decir, v. gr. «embromaba *con* el sol,» pudiendo decir bromeaba *con* ó embromaba *al*, si esto era lo que pretendía hacer con el rubicundo Febo el personaje de la novela á quien la frase se refiere.

Es posible que algunos de los que á nosotros nos parecen neologismos, debidos á capricho ó descuido del escritor, sean verdaderos provincialismos usados en Méjico. Esta sería una circunstancia atenuante; mas con todo, la lengua literaria debe reaccionar contra tales extravíos del *sermo vulgaris*.

* * *

2008 Ministerio de Cultura

Sin embargo, entiendo que del examen imparcial de *Suprema ley*, debe deducirse que, si al Sr. Gamboa le faltan algunas cualidades literarias, posee otras plenamente. Y, comparadas estas con aquellas, el resultado es favorable para el escritor mejicano, pues significan y valen más las condiciones que posee, que aquellas que le faltan. No es lo principal en la obra literaria el uso de un lenguaje castizo é irreprochable desde el punto de vista gramatical. No está el secreto de la expresión en la absoluta propiedad de tal ó cual vocablo, ó en la construcción acertada de esta ó de la otra frase. El alma de la obra literaria está en otra parte: en el arquetipo de la misma, formado en la fantasía del escritor y que toma cuerpo en el lenguaje, y de tal manera se sobrepone á éste y le subyuga y se le amolda, que comunica á las palabras una cierta elocuencia salida de las entrañas de los conceptos expresado, y que hace olvidar ó disculpar las incorrecciones y defectos materiales de la locución. Grandes escritores ha habido que fueron relativamente incorrectos. Ninguno ha merecido aquel título por el solo mérito de dominar el idioma en que escribió. Escribir bien, en sentido gramatical, no es lo mismo que ser escritor. Esta cualidad está con las facultades literarias principales y de orden más íntimo, más *espiritual*, en relación análoga á la del *accidente* con la *substancia*.

Pero crea, sin embargo de esto, el Sr. Gamboa, que por escribir bien no se pierde nada. Con los defectos de lenguaje padece la expresión, y con ésta pierde algo de su poesía y de su belleza lo expresado. Y el remedio no es difícil: se reduce á tener un poco de comercio con los clásicos, de los cuales siempre se aprende algo.....

* * *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL AEROPLANES

Como las dos obras anteriores, pertenece también, por sus ideas y sus procedimientos, á la literatura moderna, la noveli-

2008 Ministerio de Cultura

ta *Primitivo*, primera de una serie titulada *Academias*, cuya publicación anuncia el escritor uruguayo Sr. Reyles.

Aunque tres libros no son datos suficientes para formular inducciones acerca de la literatura hispano-americana, merece notarse el hecho de que, escritores de diferente estilo, que cultivan géneros diversos y son de distinta nacionalidad—chileno el uno, mejicano otro y uruguayo el tercero—coincidan en las tendencias del gusto, en los méritos y en los defectos. Parece deducirse de ahí que en los pueblos de la América española subsiste cierta comunidad intelectual y artística que se traduce en sus concepciones literarias.

Pero, evidentemente, aunque sea poco grato para nosotros, españoles, el reconocerlo, esta comunidad que á ellos les mantiene unidos en espíritu—al menos en el terreno de las letras—no les impulsa hacia su antigua Metrópoli, sino hacia otros centros de cultura y de inspiración literaria hoy más florecientes. La América española va volviéndose América latina, como la llaman en París. Su Metrópoli intelectual no parece ser España, sino Francia.

El examen de este hecho, que no es indiferente para nosotros, no entra en el plan de la presente crónica. Me limitaré á decir ahora que el Sr. Reyler lo declara explícitamente en el prólogo de su libro, cuando al manifestar la aspiración de que su obra exprese lo que él llama sensibilidad *fin de siglo*, advierte que en España no hay que buscar modelos para esta empresa. Nuestra novela sigue siendo, según él, lo mismo que fué en el siglo XVI, novela de costumbres, picaresca, demasiado local y *exterior*, para que puedan tener cabida en ella las intimidades psicológicas del crepúsculo del siglo.

El Sr. Reyler no debe de haber estudiado bien nuestra literatura contemporánea. De otro modo no se explica su juicio. La novela española de hoy es muy distinta de la de los siglos XVI y XVII, no superada entonces por la de ningún otro país. Puede afirmarse que nuestros novelistas de hoy se parecen más á los cultivadores contemporáneos de este género

2008 Ministerio de Cultura

en otros pueblos, que á sus predecesores de la época citada. En la historia de la novela moderna puede aspirar nuestra literatura á un lugar distinguido, y, fuera de la francesa, á la que corresponde indiscutiblemente el primer puesto, acaso no haya otra que la supere en este género, atendidos el número y la calidad de las obras. Que nuestros novelistas no son ajenos á las tendencias modernas y novísimas, lo demuestran varias de las obras de Pérez Galdós (*Nazarin, Realidad, Halma,* verbi gracia); de la Sra. Pardo Bazán, del P. Coloma, de Palacio Valdés y de otros. Verdad es que estos escritores han tenido el buen gusto de no plagiar á los extranjeros, y han sabido mantenerse españoles, aunque no españoles del siglo XVI, sin sustraerse por eso al influjo universal de las ideas estéticas reinantes.

Este error del Sr. Reyler, citado aquí tan sólo, porque confirma lo que antes he dicho, no debe influir para nada en el juicio acerca de su novelita.

Pero hay en el prólogo algo que ya influye, y es, que mostrándose el autor partidario de un arte refinado que produzca lo que llaman los franceses *le frisson nouveau;* de un arte del que emanen nuevas emociones estéticas, presentándose, en suma, como aspirante á la copa del rey de Thulé; declarando, como declara, que no escribe para los que buscan un mero pasatiempo en las obras de imaginación, sino que aspira á medir los latidos del corazón moderno y á reflejar la sensibilidad fin de siglo, después de todo esto su libro no resulta á la altura de lo que parece prometer la introducción.

No es que carezca de mérito su novelita, ó *Academia,* como él la llama. El asunto está bien concebido y bien desarrollado. El contraste entre el trabajador y el aventurero, es un episodio interesante y sugestivo en el cuadro que traza el Sr. Reyler, en el cual hay algunas notas de color muy estimables, como la pintura del campo, en la pág. 22. El estudio interno de Primitivo revela sagacidad psicológica. Mas, con todo, no es este un libro del carácter é importancia que parece prometer el prólogo.

2008 Ministerio de Cultura

En primer lugar, los personajes de la obra no son, ni con mucho, personajes *fin de siglo*. No importa para el caso que vivan en mil ochocientos noventa y tantos. No se trata aquí de la noción material del tiempo. Lo que llaman algunos escritores *mal del siglo*, dado que exista y no sea una ilusión subjetiva, es una enfermedad *espiritual* de las clases superiores de la sociedad, una dolencia de los espíritus cultos, debida en gran parte, ó totalmente, según dictamen de los doctores que han descubierto y estudiado esta manifestación patológica, á determinadas condiciones del medio intelectual, á la falta de ciertos ideales colectivos, á los estímulos que mantienen la sensibilidad en excitación constante, al predominio de la inteligencia sobre la voluntad, por un conjunto de circunstancias estimulantes de la primera y deprimentes de la segunda, etc., etc.

Claro es que enfermedad semejante no es una enfermedad plebeya, sino aristocrática, y que á las clases inferiores, y señaladamente á la masa popular campesina, alejada de los grandes centros de población, ha de afectarles muy poco esa dolencia, si es que á ellas llega, por la solidaridad social, algún lejano reflejo de ese mal de los espíritus. Debiéndose éste á un exceso de cultura, habrá que considerar inmunes, ó poco menos, á las gentes incultas y sencillas, que ni siquiera tienen barruntos de las cuitas que afligen á las almas refinadas y que, por su parte, viven hoy, lo mismo que hace siglos, en tranquila inconsciencia de lo que no sea la diaria lucha por la vida. A esta categoría social pertenecen los personajes que pinta el Sr. Reyler, y en verdad que hay que forzar un poco la imaginación para concebirlos como degenerados al estilo de los que estudia ó imagina Nordau.

Se dirá acaso que esas ideas y esos sentimientos novísimos, concediendo que lo sean, no necesitan estar en el asunto de la obra, sino en el espíritu del autor. Que éste, mirando la realidad al través de esa disposición psíquica del final del siglo, verá en ella nuevos aspectos y sabrá descubrir ignoradas fuen-

2008 Ministerio de Cultura

tes de nuevas emociones. Mas aparte del peligro de caer así en un exagerado subjetivismo que falsee y altere las imágenes de las cosas, en el caso presente resulta que, ni aun considerada desde este punto de vista subjetivo, corresponde la obra del Sr. Reyles á su introducción. Las pasiones que mueven á los personajes son vulgares (no digo que estén presentados con vulgaridad), pertenecen á la psicología común y corriente de todos los tiempos, no á la psicología refinada de última hora. El adulterio, los celos, el suicidio, no son descubrimientos contemporáneos, ni las circunstancias de la acción desarrollada en *Primitivo*, dan á estos hechos antiquísimos, tradicionales, un matiz nuevo, una expresión especial que responda á la visión más clara de la vida, al arte exquisito, producto de una sensibilidad más afinada, de que se habla en el prólogo.

Respecto al lenguaje, se observan algunos descuidos en el libro del Sr. Reyles. No cuento entre ellos ciertas locuciones defectuosas que parecen ser modismos populares, cuyo empleo, atribuído á personajes del pueblo, puede ser natural, ó al menos disculpable. Pero no lo es un galicismo como el contenido en la frase *acarreos de tropas* (pág. 16). Estas *tropas* son *troupeaux*, y los españoles, así del siglo XVI como del siglo XIX, suelen llamarles rebaños.

Siento no conocer la anterior obra del Sr. Reyler—*Beba*—pues reconozco que no puede juzgarse á un escritor por un folleto de cincuenta ó sesenta páginas, como *Primitivo*. Juicio basado en tales datos tiene que ser provisional. Sin embargo, creo suficiente esta obrita para reconocer en su autor dotes literarias muy estimables.

E. Gómez de Baquero.

2008 Ministerio de Cultura

LA PRENSA INTERNACIONAL.

LA VENUS DE ILLE.

Bajaba yo por la última loma del Canigó, y aun cuando habíase puesto ya el sol, distinguía en la llanura las casas de la pequeña ciudad de Ille, á la cual me encaminaba.

—Sabrá usted, sin duda, donde vive el Sr. de Peyrehorade—dije al catalán que me servía de guía desde la víspera.

—¡Que si lo sé!—exclamó.—Conozco su casa como la mía; y si no fuese ya tan oscuro, se la enseñaría á usted desde aquí. Es la más hermosa de Ille. ¡Vaya si tiene dinero el señor de Peyrehorade! Y casa á su hijo con una muchacha aún más rica que él.

—¿Y se celebrará muy pronto esa boda?—le pregunté.

—¡Muy pronto! Puede que ya estén encargados los violines para la fiesta de bodas. Quizá esta noche, mañana, pasado mañana, ¡qué sé yo! La cosa será en Puygarrig, porque con la señorita de Puygarrig es con quien se casa. ¡Será de ver, sí!

Iba recomendado al Sr. de Peyrehorade por mi amigo el Sr. de P., quien habíame dicho que aquél era un anticuario

2008 Ministerio de Cultura

muy instruído, y complaciente hasta el extremo; que tendría el mayor gusto en enseñarme todas las ruinas á diez leguas en contorno. Así, pues, contaba yo con él para visitar los alrededores de Ille, ricos en monumentos antiguos y de la Edad Media, según mis noticias. Esa boda, de que me hablaban entonces por vez primera, desbarataba todos mis planes.

—Voy á ser un aguafiestas—dije para mí. Pero esperábanme; anunciado por el Sr. de P., no tenía más remedio que presentarme.

—Apostemos, señor, un cigarro—me dijo mi guía cuando estábamos ya en el llano,—á que adivino lo que va usted á hacer en casa del Sr. de Peyrehorade.

—Pues eso no es muy difícil de adivinar—contesté, dándole un cigarro.—A estas horas, cuando se han caminado seis leguas por el Canigó, el asunto de mayor interés consiste en cenar.

—Sí; pero ¿y mañana?.... Vamos, apostaría á que viene usted á Ille para ver el ídolo; eso lo he adivinado al verle á usted sacar los retratos de los santos de Serrabona.

—¡El ídolo!.... ¿Qué ídolo?

Esta palabra había excitado mi curiosidad.

—¡Cómo! ¿No le han contado á usted en Perpignan que el Sr. de Peyrehorade había encontrado un ídolo en tierra?

—Querrá decir usted una estatua de barro cocido, de arcilla.

—No, señor. Es de cobre; ¡ya hay para hacer con ella cuartos á puñados! Pesa tanto como una campana de iglesia. De muy adentro de la tierra, al pie de un olivo, la sacamos.

—¿De modo que estaba usted presente cuando el descubrimiento de ella?

—Sí, señor. Hace quince días que el Sr. de Peyrehorade nos dijo á Juan Coll y á mí que descuajásemos un olivo viejo que se heló el año último, el cual ha sido muy malo, como usted sabe. Cátate que al trabajar Juan Coll, que lo hacía de ganas, va y da un azadonazo, y oigo *¡bim!*.... como si hubiese

2008 Ministerio de Cultura

pegado en una campana. «¿Qué es eso?» voy y me digo. Cavamos sin parar con el azadón, cavamos, y aparece una mano negra, como la mano de un muerto que saliese de la tierra. ¡Me entró un miedo! Voy de allí á ver al señor, y le digo:—¡Mi amo, hay muertos debajo del olivo! Es preciso llamar al señor cura.—¿Qué muertos? me dice; se acerca, y no hace sino ver la mano, cuando exclama:—¡Una antigüedad, una antigüedad!—Hubiera usted creído que había encontrado un tesoro. Y va, y con la azada y con las manos emprende tal faena, que mismamente hacía casi tanta labor como nosotros dos.

—¿Y qué hallaron ustedes por fin?

—Una mujer alta, negra, más que medio desnuda (con perdón de usted, señor), toda de cobre; y el Sr. de Peyrehorade nos ha dicho que era un ídolo del tiempo de los paganos..... del tiempo de Carlo-Magno, ¡qué sé yo!

—Ya veo de qué se trata..... Alguna Virgen Santísima de bronce, de un convento destruído.

—¡Una Santísima Virgen! ¡Que si quieres.....! De ser la Virgen Santísima ya la hubiera yo conocido. Le digo á usted que es un ídolo; bien se ve en su aire. Le clava á uno los blancos ojazos que tiene..... como si mirase de hito en hito. Sí, al mirarla no se puede menos de bajar la vista.

—¿Ojos blancos? Sin duda estará nincrustados en el bronce. Quizá sea alguna estatua romana.

—Romana, eso es. El señor de Peyrehorade dice que es una romana. ¡Ah! ya veo que es usted un sabio como él.

—¿Está entera, bien conservada?

—¡Oh! señor, no le falta cosa ninguna. Es más hermosa y mejor concluída que el busto de Luis Felipe, de yeso pintado, que está en la alcaldía. Pero, con todo y con eso, no me hace gracia la cara de ese ídolo. Tiene un aire perverso..... y también lo es ella.

—¡Perversa! ¿Qué perversidad ha tenido con ustedes?

—No es conmigo precisamente; pero, verá usted. Nos habíamos puesto cuatro á colocarla en pie, y también tiraba de

2008 Ministerio de Cultura

la cuerda el señor de Peyrehorade, aun cuando el buen señor no tiene más fuerzas que una gallina. Con mucho trabajo la ponemos derecha. Cogía yo un cacho de teja para calzarla, cuando ¡patatán! va y se cae para atrás de un tirón. Dije: «¡Cuidado, no coja debajo á alguno!» Sin embargo, no lo suficiente pronto, puesto que Juan Coll no tuvo tiempo de retirar una pierna.....

—¿Y resultó herido?

—¡Rota la pobre pierna, con tanta limpieza como un rodrigón! Cuando vi eso ¡carape! me puse furioso y quise destrozar el ídolo á azadonazos, pero el señor de Peyrehorade me contuvo. Ha dado dinero á Juan Coll, quien aún está en cama desde hace quince días que ocurrió eso, y dice el médico que con esa pierna no andará nunca como con la otra. Es lástima, porque era nuestro mejor andarín y el jugador de pelota de más empuje, después del señor hijo. Eso ha puesto triste al Sr. Alfonso de Peyrehorade, porque Coll era quien jugaba con él. Daba gozo ver cómo se restaban las pelotas; ¡pim! ¡pam! nunca tocaban en el suelo.

Charlando de este modo entramos en Ille, y muy pronto me hallé en presencia del señor de Peyrehorade. Era un viejecillo, verde aún y vivaracho, con peluca empolvada, naríz encendida, aire jovial y bromista. Antes de haber abierto la carta del señor de P., ya me había hecho sentar ante una mesa bien servida y presentado á su mujer é hijo como un arqueólogo ilustre, que sacaría al Rosellón del olvido en que lo dejaba la indiferencia de los sabios.

Comiendo con buen apetito (porque nada dispone mejor para hacerlo que el aire puro de las montañas), examiné á mis huéspedes. Ya he dicho algo acerca del señor de Peyrehorade; debo añadir que era la vivacidad misma. Hablaba, comía, levantábase, iba á su biblioteca, me traía libros, me enseñaba estampas, llenábame el vaso, no podía estarse quieto dos minutos seguidos. Su mujer, un poco gorda de más, como la mayoría de las catalanas mayores de cuarenta años

2008 Ministerio de Cultura

de edad, me pareció una provinciana á machamartillo, ocupada tan sólo de sus quehaceres domésticos. Aunque había cena de sobra lo menos para seis personas, fué corriendo á la cocina, hizo matar pichones, hacer fritos, abrir no sé cuantos tarros de almíbares. En un instante quedó la mesa llena de platos y botellas, y de seguro me hubiese muerto de una indigestión si hubiera nada más que probado todo lo que me ofrecían. Sin embargo, á cada plato que rehusaba yo, dábanme nuevas excusas. Temían que me hallase muy mal en Ille. ¡Hay tan pocos recursos en los pueblos y son tan difíciles en materia de gusto los parisienses!

En medio de las idas y venidas de sus padres, Alfonso de Peyrehorade estaba tan inmóvil como un dios Término. Era un mocetón de veintiséis años, de rostro agraciado y correctas facciones, aunque inexpresivas. Su estatura y las formas atléticas justificaban la fama de infatigable jugador de pelota que tenía en el país. Aquella noche iba vestido con elegancia, exactamente lo mismo que el grabado del último número del periódico de modas. Pero me parecía modesto con la ropa nueva; estaba tieso como un huso, con su cuello de terciopelo, y volvíase á uno y otro lado cual si fuese todo él de una sola pieza. Sus manos gordas, curtidas y de cortas uñas, contrastaban de un modo extraño con su vestimenta: eran unas manos de gañán, saliendo por unas mangas de *dandy*. Aunque me miró de pies á cabeza con mucha curiosidad, por ser yo parisiense, no me dirigió más que una sola vez la palabra en toda la noche, y fué para preguntarme dónde había comprado la cadena del reloj.

—Vamos, mi querido huésped, — me dijo el señor de Peyrehorade, al concluir la cena; — me pertenece usted, está en poder mío y ya no le suelto sino cuando haya visto usted todas las curiosidades que tenemos en nuestras montañas. Es preciso que aprenda usted á conocer nuestro Rosellón y que le haga justicia. Ni por pienso se sospecha usted todo lo que vamos á enseñarle. Monumentos fenicios, celtas, romanos, árabes,

2008 Ministerio de Cultura

bizantinos; de todo va usted á ver, desde el cedro hasta el hisopo. Le llevaré á todas partes y no le perdono ni un ladrillo.

Un acceso de tos le obligó á detenerse. Me aproveché de ello para decirle que sentiría infinito molestarle en una circunstancia tan interesante para su familia. Si tuviese á bien darme sus excelentes consejos acerca de las excursiones que tendría yo que hacer, sin que él se tomase el trabajo de acompañarme, podría.....

—¡Ah! ¿Se refiere usted al casamiento de este chico? ¡Frusllería! Eso quedará hecho pasado mañana. Pasará usted la boda con nosotros, en familia, porque la novia está de luto por una tía suya á quien hereda. Por eso no hay fiestas, ni bailes..... ¡Es lástima!.... Hubiera usted visto bailar á nuestras catalanas..... Son guapas, y tal vez le hubiesen dado á usted ganas de imitar á mi Alfonso. Dícese que una boda trae otras. El sábado, casados ya los muchachos, me quedo libre y emprendemos nuestras caminatas. Pido á usted mil perdones por proporcionarle el aburrimiento de asistir á una boda provinciana. Para un parisiense harto de fiestas..... ¡y una boda hasta sin baile! Sin embargo, verá usted una casada..... ¡una casadita..... que ya, ya!.... Pero es usted un hombre grave y ya no mirará usted á las mujeres. Tengo otra cosa mejor que enseñarle. Le haré ver una cosilla..... Le reservo para mañana una buena sorpresa.

—¡Dios mío! — le dije. — Es difícil tener en casa un tesoro sin que el público se entere. Creo adivinar la sorpresa que me prepara usted. Pero si se trata de su estatua, la descripción que de ella me ha hecho mi guía sólo ha servido para despertar en mí la curiosidad y predisponerme á la admiración.

—¡Ah! le ha hablado á usted del *ídolo*, porque así llaman á mi hermosa Venus Turbul..... pero no quiero decirle á usted nada. Mañana la verá usted á la luz del día y me dirá si tengo razón para creerla una obra maestra. ¡Caramba!, no podía usted llegar más á tiempo. Hay en ella unas inscripciones que

2008 Ministerio de Cultura

yo, pobre ignorante, explico á mi manera..... ¡pero un sabio de París!.... Quizá se burle usted de mi interpretación..... Porque he escrito una *Memoria*, yo, viejo anticuario de provincia, me he lanzado..... Quiero hacer gemir las prensas..... Si se digna usted leer mi trabajo y corregirlo, pudiera esperar..... Por ejemplo: tengo suma curiosidad por saber cómo traduciría usted esta inscripción en el zócalo: CAVE..... Pero, no quiero preguntar nada á usted aún. ¡Mañana, mañana! Hoy, ¡ni una palabra acerca de la Venus!

—Tienes razón, Peyrehorade, para dejar en paz á tu ídolo, —dijo su mujer.—Debieras considerar que impides comer á este caballero. ¡Bah!, el señor ha visto en París estatuas mucho más hermosas que la tuya. En las Tullerías las hay á docenas, y también de bronce.

—¡Véase lo que es la ignorancia, la santa ignorancia de provincias!—interrumpió el señor de Peyrehorade.— ¡Comparar una antigüedad admirable con las ramplonas figuras de Coustou!

¡Con qué irreverencias habla
de los dioses mi mujer!

Sepa usted que la mía se empeñaba en que se fundiese mi estatua para hacer con ella una campana y regalársela á nuestra iglesia: ella hubiese sido su madrina. ¡Una obra maestra de Myron, caballero!

—¡Obra maestra! ¡Valiente obra maestra ha hecho: romperle una pierna á un hombre!

—¿Ves tú, mujercita mía? — dijo el señor de Peyrehorade con tono resuelto, y alargando hacia ella la pierna derecha metida en una media de seda achinada.—Si mi Venus me hubiese roto esta pierna no lo sentiría.

—¡Santo Dios! ¿Cómo puedes decir eso, Peyrehorade? Gracias que el hombre va mejor..... Y aun así, no puedo ver á esa estatua que produce desgracias como esta. ¡Pobre Juan Coll!

—¡Herido por Venus, caballero! — dijo el señor de Peyre-

2008 Ministerio de Cultura

horade, dando una carcajada. — ¡Herido por Venus, y aun se queja el muy mastuerzo!

Veneris nec præmia nôris.

¿Quién no ha sido herido por Venus?

El Sr. Alfonso Peyrehorade, que comprendía el francés mejor que el latín, guiñó un ojo con aire de inteligencia y me miró como para preguntarme: «¿Y usted, parisiense, comprende esto?»

Acabóse la cena: hacía una hora que ya no comía yo. Estaba fatigado, y no podía conseguir disimular los frecuentes bostezos que se me escapaban. La primera en advertirlos fué la señora de Peyrehorade, é hizo notar que ya era tiempo de irse á dormir. Comenzaron entonces nuevas excusas acerca de la mala cama que iba á tener. No estaría como en París. ¡Se está tan mal en provincias! Era preciso ser indulgente con los roselloneses. Por más protestas que yo hacía de que, después de una buena caminata por las montañas, una gavilla de paja sería para mí un lecho delicioso, no cesaban de rogarme que perdonase á unos pobres campesinos si no me trataban tan bien como lo hubieran deseado. Subí por fin al dormitorio que se me destinaba, acompañándome el señor de Peyrehorade. La escalera, cuyos peldaños superiores eran de madera, iba á parar en medio de un corredor, al cual daban varios aposentos.

—A la derecha—me dijo el dueño de la casa—están las habitaciones que destino á la futura mujer de Alfonso. El cuarto de usted se halla al extremo opuesto del corredor. Ya comprende usted bien (añadió con aire que quiso ser picaresco) que es necesario aislar á los recién casados. Usted en un extremo de la casa y ellos en el otro.

Entramos en un aposento bien amueblado, donde el primer objeto en que se fijaba la vista era una cama de siete pies de longitud, seis de anchura, y tan alta, que se necesitaba un es-

2008 Ministerio de Cultura

cabel para trepar á ella. Habiéndome indicado mi huésped la posición de la campanilla y asegurádose por sí mismo de que el azucarero estaba lleno, los frascos de agua de Colonia puestos como es debido en el tocador, y después de haberme preguntado muchas veces si no me faltaba nada, me dió las buenas noches y me dejó solo.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de desnudarme abrí una de ellas para respirar el aire fresco de la noche, delicioso después de una opípara cena. Enfrente estaba el Canigó, de un aspecto admirable en todo tiempo, pero que aquella noche me pareció la montaña más hermosa del mundo, alumbrada como estaba por una luna resplandeciente. Me quedé algunos minutos contemplando su maravilloso perfil; é iba á cerrar ya la ventana, cuando al bajar los ojos vi la estatua en un pedestal, á unas veinte varas de la casa. Estaba puesta en el ángulo de un seto vivo, que separaba un jardinito de un vasto cuadrado muy liso que, según supe más tarde, era la cancha del frontón del pueblo.

Por apremiantes instancias de su hijo, el señor de Peyrehorade, propietario de ese terreno, se lo había cedido al Ayuntamiento.

A la distancia que estaba érame difícil distinguir la actitud de la estatua; sólo podía juzgar acerca de su altura, que me pareció de unos seis pies. En ese momento, dos calaverillas del pueblo pasaban por el juego de pelota, bastante cerca del seto, silbando el lindo aire del Rosellón *Montañas regaladas.* Detuviéronse para mirar la estatua; uno de ellos hasta la apostrofó en voz alta. Hablaba en catalán; pero llevaba yo en el Rosellón el tiempo suficiente para poder comprender, poco más ó menos, lo que decía:

—¡Conque estás aquí, pijotera! (El vocablo catalán era aún más enérgico.) ¡Aquí estás! Conque, ¿eres tú quien has roto la pierna á Juan Coll? Como hubieras sido mía, te corto el gañote.

—¡Bah! ¿Y con qué?—dijo el otro.—Es de cobre, y tan

2008 Ministerio de Cultura

duro, que Esteban ha roto la lima al tratar de descantillarla. Es bronce del tiempo de los paganos; más duro que no sé qué.

—Como tuviese yo aqui el cortafríos (parece ser que era un aprendiz de cerrajero), bien pronto la saltaba los ojos blancos, como quien saca una almendra del cuesco. Lo menos tienen un duro de plata.

Dieron algunos pasos, alejándose.

—Voy á darle las buenas noches al ídolo—dijo el mayor de los aprendices, parándose de pronto.

Se bajó, y por lo visto debió de coger una piedra: le vi alargar el brazo, tirar una cosa, y en seguida resonó en el bronce un golpe sonoro. En el mismo instante el aprendiz llevóse las manos á la cabeza, prorrumpiendo en un grito de dolor.

—¡Me la ha vuelto á tirar!—exclamó.

Y mis dos picaruelos echaron á correr á todo escape. Era evidente que la piedra había rebotado en el metal y castigado á aquel calaverilla por el ultraje que infería á la diosa.

Cerré la ventana, riéndome de aquello con toda mi alma.

—¡Otro vándalo castigado por Venus! ¡Ojalá puedan salir así, descalabrados, todos los destructores de nuestros monumentos antiguos!

Con ese caritativo deseo, me quedé dormido.

Era muy de día cuando me desperté. Junto á mi cama hallábanse, á un lado el señor de Peyrehorade, con bata, y al otro un sirviente, enviado por su mujer, con una jícara de chocolate en la mano.

—¡Vamos, á levantarse, parisiense! ¡Vaya, con mis perezosos de la capital!—decía mi huésped, en tanto que me vestía yo á toda prisa.—¡Son las ocho, y aún en la cama! Yo estoy en pie desde las seis. Tres veces he subido y me he acercado de puntillas á la puerta: nada, ni asomo de vida. A la edad de usted es malo tanto dormir. ¡Y aún no ha visto usted mi Venus! Vamos, tómese usted de prisita esta jícara de chocolate de Barcelona..... verdadero contrabando..... chocolate

2008 Ministerio de Cultura

como no lo hay en París..... A tomar fuerzas, porque cuando se halle usted ante mi Venus, no habrá fuerza humana que le arranque de allí.

En cinco minutos estuve listo, es decir, medio afeitado, mal abrochado y con la garganta abrasada por el chocolate, que tragué casi hirviendo. Bajé al jardín y me encontré delante de una estatua admirable.

Era una Venus, en efecto, y de maravillosa hermosura. Estaba desnuda de medio cuerpo arriba, como los antiguos solían representar á los dioses mayores; la mano derecha, levantada á la altura del seno, estaba vuelta con la palma hacia adentro, el pulgar y los dos dedos siguientes extendidos, los otros dos ligeramente doblados. La otra mano, próxima á la cadera, sostenía los paños que cubrían la parte inferior del cuerpo. La actitud de aquella estatua recordaba la del «Jugador de morra,» que no sé por qué se copia en las academias de dibujo con el nombre de *Germánico*. Quizá se había querido representar á la diosa jugando á las tabas.

Sea como fuere, es imposible ver nada más perfecto que el cuerpo de aquella Venus, nada más suave y voluptuoso que sus formas, nada más elegante y noble que su ropaje. Esperábame yo alguna obra del Bajo Imperio, y veía una obra maestra de los mejores tiempos de la estatuaria. Lo que me chocaba, sobre todo, era la exquisita verdad de sus formas; de suerte que hubieran podido creerse vaciadas del natural, si la naturaleza produjese tan perfectos modelos.

La cabellera, levantada sobre la frente, parecía haber estado dorada en otro tiempo. La cabeza, pequeña como la de casi todas las estatuas griegas, estaba un poquito inclinada hacia adelante. En cuanto al rostro, nunca lograré expresar su extraño carácter, cuyo tipo no se acercaba á ninguna de las estatuas antiguas que recuerdo. No era esa belleza tranquila y severa de los escultores griegos, que por sistema daban á todas las facciones una majestuosa inmovilidad. Aquí, por el contrario, observaba yo con sorpresa la marcada intención del ar-

2008 Ministerio de Cultura

tista de representar la malicia hasta un grado de perversidad. Todas las facciones estaban ligeramente contraídas: los ojos algo oblicuos, la boca levantada por los ángulos, las alas de la nariz un poco prominentes. Desdén, ironía, crueldad, leíanse en aquella cara, de increible hermosura sin embargo. En verdad que cuanto más se miraba aquella estatua admirable, más se advertía el penoso sentimiento de que tan pasmosa belleza pudiese aliarse con la carencia absoluta de sensibilidad.

—Si el modelo ha existido alguna vez—dije al señor de Peyrehorade (y dudo que el cielo haya producido nunca tal mujer) ¡cuánto me apenan sus amantes! Debió de complacerse en hacerlos morir de desesperación. Hay en su expresión una cosa feroz, y, no obstante, nunca he visto nada tan hermoso.

—«¡Si es Venus, Venus misma,
que no suelta su presa!»

exclamó el señor de Peyrehorade, satisfecho de mi entusiasmo.

Aumentábase, acaso, aquella expresión de infernal ironía por el contraste de sus ojos, incrustados en plata y brillantísimos, con la patina de un verde negruzco que el tiempo había dado á toda la estatua. Esos brillantes ojos producían cierta ilusión, que recordaba la realidad, la vida. Recordé lo que me dijo mi guía: que hacía bajar los ojos á quienes la miraban. Casi era verdad eso, y no pude reprimir un impulso de ira contra mí mismo al sentirme un poco azorado delante de aquella figura de bronce.

—Ahora que todo lo ha admirado usted al detalle, mi querido colega en antiguallas — dijo mi huésped — iniciemos, si usted gusta, una conferencia científica. ¿Qué me dice usted acerca de esta inscripción, en la cual no se ha fijado usted aún?

Y me indicaba el zócalo de la estatua, donde leí estas palabras:

CAVE AMANTEM

2008 Ministerio de Cultura

—*Quid dicis, doctissime?*—me preguntó frotándose las manos. — Vamos á ver si damos con el sentido de ese *Cave amantem.*

—Pues, tiene dos sentidos—respondí.—Puede traducirse: «¡Cuidado con quien te ame», ó «desconfía de los amantes!» Pero, en este sentido, no sé si sería de buena latinidad *Cave amantem.* Al ver la expresión diabólica de la diosa, más bien estoy tentado de creer que el artista quiso prevenir al espectador contra esta terrible hermosura, y por tanto traduciría yo: «¡Cuidado contigo si *ella* te ama!»

—Sí — dijo el señor de Peyrehorade — ese es un sentido admirable; pero, si no lo toma usted á mal, prefiero la primera traducción, y por consiguiente la desenvolveré. ¿Conoce usted al amante de Venus?

—Tiene varios.

—Sí; pero, el primero es Vulcano. ¿No querrá decirse: A pesar de toda tu belleza, de tu aire esquivo, tendrás por amante un herrero, un ruín cojo? ¡Profunda lección, caballero, para las coquetas!

No pude por menos de sonreirme: ¡tan traída por los cabellos me pareció la explicación!

—Es una terrible lengua el latín, con su concisión—observé para evitar el contradecir formalmente á mi anticuario, y retrocedí algunos pasos para contemplar mejor la estatua.

—Un instante, colega — dijo el señor de Peyrehorade, cogiéndome por el brazo — no lo ha visto usted todo. Hay otra inscripción. Súbase usted en el zócalo y mire el brazo derecho.

Al hablar así, ayudábame á subir. Me agarré sin muchos melindres al cuello de Venus, con la cual comenzaba á familiarizarme. Hasta la miré un instante cara á cara, y de cerca la encontré aún más perversa y aun más hermosa. Luego advertí que en el brazo había algunos caracteres grabados en letra cursiva antigua, según me pareció. A fuerza de calarme las gafas deletreé lo que sigue: y sin embargo, el señor de

2008 Ministerio de Cultura

Peyrehorade repetía cada palabra conforme iba pronunciándolas yo, aprobándome con el ademán y con la voz. Así, pues, leí esto:

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

VENERI TVRBVL.....
EVTYCHES MYRO
IMPERIO FEÇIT.

Después de la palabra *tvrbvl* de la primera línea, me pareció que había algunas letras borradas; pero *tvrbvl* era perfectamente legible.

—¿Qué quiere decir esto? — me preguntó mi anfitrión radiante de júbilo y sonriéndose con malicia, porque pensaba que yo no me explicaría con facilidad ese *tvrbvl*.

—Hay aquí una palabra que no me explico aún—le dije—todo lo demás es fácil: «Eutiquio Mirón ha hecho esta ofrenda á Venus por su mandato.»

—¡A las mil maravillas! Pero, ¿qué hace usted de ese *tvrbvl?* ¿Qué es ese *tvrbvl?*

—Ese *tvrbvl* me pone en grande aprieto. En vano busco algún epiteto conocido aplicable á Venus y que pueda ayudarme. Vamos, ¿qué diría usted de *tvrbvlenta?* ¿Venus que turba, que agita?..... Ya ve usted que sigo preocupado siempre por su expresión perversa. *Tvrbvlenta* no es muy mal epiteto para Venus,—añadí con tono modesto, pues yo mismo no quedaba muy satisfecho de mi explicación.

—¡Venus turbulenta, Venus bullanguera! ¡Ah! pero ¿cree usted que mi Venus es una Venus tabernaria? Ni por pienso, caballero: es una Venus de buena sociedad. Pero, voy á explicar á usted ese *tvrbvl*..... A lo menos, prométame usted no divulgar mi descubrimiento antes de imprimirse mi *Memoria*. Porque, ¡vea usted!, tengo por una gloria este hallazgo. Preciso es que nos dejen ustedes algo que espigar á nosotros, pobres diablos de provincianos. ¡Son ustedes tan ricos, los señores sabios parisienses!

2008 Ministerio de Cultura

Desde lo alto del pedestal, donde seguía yo encaramado, le prometí solemnemente que nunca cometería la indignidad de robarle su descubrimiento.

—Caballero, TVRBVL.....—dijo acercándose y bajando la voz, por miedo á que le pudiera oir alguien que no fuese yo—léalo usted así: TVRBVLNERÆ.

—Pues no comprendo más que antes.

—Atienda usted bien. A una legua de aquí, al pie de la montaña, hay una aldea que se llama Boulternère: corrupción del latín TVRBVLNERA. Nada hay más común que estas inversiones. Boulternère, caballero, fué una ciudad romana; siempre lo sospeché, pero nunca había tenido pruebas de ello. Ahí tiene usted la prueba. Esta Venus era la divinidad tópica de la ciudad de Boulternère. Y este nombre de Boulternère, cuyo origen antiguo acabo de demostrar, prueba una cosa mucho más curiosa, y es: que, antes de ser una ciudad romana, Boulternère ¡fué una ciudad fenicia!

Detúvose un instante para tomar aliento y gozarse en mi sorpresa. Logré contener mis fuertes ganas de reir.

—En efecto—prosiguió,—TVRBVLNERA es puro fenicio. TVR y SVR son una misma palabra, ¿no es así? SVR es el nombre fenicio de Tiro; no necesito recordar á usted su significado. BVL es Baal: Bal, Bel, Bul, son ligeras diferencias de pronunciación. En cuanto á NERA, eso me da un poquillo en qué pensar. Tentaciones me dan de creer, no encontrando una palabra fenicia, que ésta proviene del griego νηρός, húmedo, pantanoso. Así, pues, trataríase de un vocablo híbrido. Para justificar lo de νηρός, le enseñaré á usted en Boulternère cómo forman allí fétidos charcos los arroyuelos de las montañas. Por otra parte, la terminación NERA acaso se añadiese mucho más tarde, en obsequio á Nera Pivesuvia, mujer de Tétricus, la cual habría hecho algún beneficio á la ciudad de Turbul. Pero, á causa de los charcos, prefiero la etimología de νηρός.

Con aire satisfecho tomó un polvo de rapé, prosiguiendo así:

2008 Ministerio de Cultura

—Pero dejemos á los fenicios, y volvamos á la inscripción: Yo la traduzco: «A Venus de Boulternère, Mirón dedica por su mandato esta estatua, obra suya.»

Me guardé muy mucho de criticar su etimología; pero, á mi vez, quise dar pruebas de agudeza, y le dije:

—¡Alto ahí, caballero! Mirón ha consagrado alguna cosa; pero no veo de ningún modo que haya sido esta estatua.

—¡Cómo!—exclamó.—¿No era Mirón un famoso escultor griego? Se habrá perpetuado el talento en su familia, y uno de sus descendientes habrá hecho esta estatua. No hay nada más cierto.

—Pero en el brazo veo un agujero, y me figuro que ha servido para fijar alguna cosa, por ejemplo, un brazalete, que ese Mirón dió á Venus como ofrenda expiatoria. Mirón era un amante sin ventura. Venus estaba irritada contra él, y la apaciguó consagrándola un brazalete de oro. Note usted que FECIT se toma muy á menudo por *consecravit:* son términos sinónimos. Si tuviese á mano á Gruter ú Orelli, le presentaría á usted más de un ejemplo de eso. Es natural que un enamorado vea en sueños á Venus, y se imagine que ésta le mande que dé un brazalete de oro á su estatua. Mirón le consagra una pulsera..... Después, los bárbaros ó algún ladrón sacrílego.....

—¡Ah, cómo se conoce que ha escrito usted novelas!—exclamó mi anfitrión, dándome la mano para bajarme.—No, señor; esta es una obra de la escuela de Mirón. Nada más que con mirar el trabajo convendrá usted en ello.

Teniendo yo por norma no contradecir nunca resueltamente á los anticuarios tercos, bajé la cabeza con aire convencido, diciendo:

—¡Es una obra admirable!

—¡Ah, Dios mío!—exclamó el señor de Peyrehorade.—¡Otro acto de vandalismo! ¡Si habrán tirado una piedra á mi estatua!

Acababa de advertir una señal blanca, un poco por encima del seno de la Venus. Yo noté una huella semejante en los

2008 Ministerio de Cultura

dedos de la mano derecha, que supuse entonces si habrían sido tocados en el trayecto de la piedra, ó si algún fragmento de ésta se habría desprendido por el choque y rebotado sobre la mano. Conté á mi huesped el insulto presenciado por mí y el pronto castigo que tuvo. Rióse mucho, y comparando al aprendiz con Diómedes, le deseó ver, como el héroe griego, á todos sus compañeros convertidos en pájaros blancos.

El toque de campana para el almuerzo interrumpió esta conversación clásica; y, lo mismo que la víspera, me ví obligado á comer como cuatro. Después vinieron unos colonos del señor de Peyrehorade; y mientras les daba audiencia, su hijo me llevó á ver una carretela que había comprado en Tolón para su novia, carruaje que admiré (no hay ni que decirlo). En seguida entré con él en la cuadra, donde me tuvo media hora ponderándome sus caballos, haciendo su genealogía, refiriéndome los premios que habían ganado en las carreras del departamento. A la postre llegó á hablarme de su futura, por la transición de una yegua gris que la destinaba.

—Hoy la veremos—dijo.—No sé si á usted le parecerá guapa: en París son ustedes difíciles de gustos. Pero, aquí y en Perpiñán, á todo el mundo le parece hechicera. Lo bueno es que es muy rica. Su tía de Prades le ha dejado sus bienes. ¡Oh, voy á ser muy dichoso!

Me escandalizó profundamente ver á un joven aparecer más entusiasmado por la dote que por los buenos ojos de su novia.

—Usted entiende de alhajas—prosiguió Alfonso:—¿qué le parece á usted esto? Aquí está el anillo que le daré mañana.

Al hablar así, sacaba de la primera falange del dedo meñique una sortija grande, con diamantes, formada por dos manos unidas: alusión que me pareció sumamente poética. Era labor antigua, pero comprendí que la habían retocado para engarzar los diamantes. En lo interior del anillo leíanse estas palabra, en letras góticas: *Sempr'ab ti*, es decir, siempre contigo.

2008 Ministerio de Cultura

—Es una linda sortija—le dije;—pero esos diamantes añadidos le han hecho perder un poco de su carácter.

—¡Oh! está mucho más hermoso así—respondió, sonriéndose.—Tiene por valor de 1.200 francos de diamantes. Mi madre es quien me la ha regalado. Era un anillo de familia, muy antiguo..... de los tiempos de la caballería andante. Fué de mi abuela, quien la heredó de la suya. Sabe Dios cuándo se hizo esto.

—En París hay la costumbre—le dije—de dar una sortija muy sencilla, por lo común, compuesta de dos metales diferentes, como el oro y el platino. Mire usted, ese otro anillo que lleva usted en este dedo sería muy adecuado. Este es tan grueso, con sus diamantes y sus manos de relieve, que no se podría meter el guante encima de él.

—¡Ah, que se las amañe como pueda mi mujer! Creo que de todos modos le gustará siempre tenerlo: es grato llevar 1.200 francos en el dedo.

—Esta sortija pequeña—añadió, mirando con aire satisfecho el anillo liso que tenía en la mano—me la regaló una mujer en París un martes de Carnaval. ¡Ah, qué bien lo pasé cuando estuve en París hace dos años! ¡Allí sí que se divierte uno!.....

Y suspiró, echándolo de menos.

—Teníamos que ir en aquel día á comer á Puygarrig, en casa de los padres de la futura; fuimos en carretela hasta la posesión, distante de Ille cosa de legua y media. Fuí presentado y recibido como amigo de la familia. No hablaré de la comida ni de la conversación de sobremesa que hubo después, y en la cual apenas tomé parte. Alfonso, colocado junto á su novia, decíala una palabra al oído cada cuarto de hora. En cuanto á ella, no alzaba del suelo los ojos; y cada vez que su novio la hablaba, ruborizábase con modestia, pero le respondía sin cortedad.

La señorita de Puygarrig tenía dieciocho años; su talle, flexible y delicado, contrastaba con las formas huesudas de su

2008 Ministerio de Cultura

robusto novio. No sólo era bella, sino seductora. Admirábame la perfecta naturalidad de todas sus respuestas; y su aire bondadoso, aunque con sus puntas y ribetes de malicia, me recordó, á pesar mío, la Venus de mi anfitrión. En ese paralelo que hice para mis adentros, preguntábame á mí mismo si la superioridad de hermosura, que no había más remedio que conceder á favor de la estatua, no dependería en gran parte de su expresión de tigre hembra; porque, aun en las malas pasiones, la energía excita siempre en nosotros un asombro y una especie de admiración involuntarios.

—¡Qué lástima—dije para mí al irme de Puygarrig—que sea rica una joven tan simpática, y que su dote sea lo que la haga apetecer á un hombre indigno de ella!

De regreso en Ille, no sabiendo de qué hablar con la señora de Peyrehorade, á quien creía conveniente dirigir algunas veces la palabra, exclamé:

—Son ustedes muy despreocupados en el Rosellón. ¡Cómo, señora, una boda en viernes! En París tendríamos más superstición: en tal día, nadie se atreve á casarse.

—¡Dios mío! no me hable usted de eso,—me contestó.—Si sólo de mí dependiese, de seguro que se hubiera elegido otro día. Pero se empeñó Peyrehorade, y hubo que ceder. Sin embargo, eso me disgusta. ¡Si ocurriese alguna desgracia! Preciso es que haya alguna razón para ello, y si no, ¿por qué tiene miedo todo el mundo al viernes?

—¡Viernes!—exclamó su marido.—¡Es el día de Venus! ¡Buen día para el casorio! Ya lo ve usted, mi caro colega: no pienso más que en mi Venus. Palabra de honor, por causa de ella he escogido el viernes. Si quiere usted, mañana, antes de la boda, le haremos un pequeño sacrificio: sacrificaremos dos palomas, y si supiese yo dónde encontrar incienso.....

—¡Quita allá, Peyrehorade!—interrumpió su mujer, escandalizada en alto grado.—¡Incensar á un ídolo! ¡Eso sería un sacrilegio! ¿Qué dirían de nosotros en la comarca?

—Por lo menos,—dijo el señor de Peyrehorade,—me per-

2008 Ministerio de Cultura

mitirás que le ponga en la cabeza una corona de rosas y lirios: «*Manibus date lilia plenis.*» Ya lo ve usted, caballero, la Constitución es una filfa. ¡No tenemos libertad de cultos!

Los quehaceres del día siguiente arregláronse de esta manera. Todo el mundo estaría listo y vestido á las diez en punto. Después de tomar chocolate, irían en coche á Puygarrig. El matrimonio civil se efectuaría en la Casa consistorial del pueblo, y la ceremonia religiosa en la capilla de la quinta. Luego, el almuerzo. Después de almorzar, se pasaría el tiempo como se pudiese hasta las siete. A las siete, regreso á Ille, á casa de los señores de Peyrehorade, donde cenarían ambas familias juntas. Lo demás, compréndese de suyo. No pudiendo haber baile, se quiso que se comiese lo más posible.

Desde las ocho estaba yo sentado delante de la Venus, lápiz en mano, volviendo á empezar por vigésima vez la cabeza de la estatua, sin poder conseguir apoderarme de su expresión. El señor de Peyrehorade iba y venía en torno mío, dándome consejos, repitiendo sus etimologías fenicias luego; colocaba rosas de Bengala en el pedestal de la estatua, y con tono tragicómico enderezábale votos por la pareja amorosa que iba á vivir bajo su techo. Hacia las nueve entró para tratar de vestirse; y al mismo tiempo apareció Alfonso, con levita ceñida nueva, guante blanco, zapato de charol, botonadura cincelada, y una rosa en la solapa.

—¿Hará usted el retrato de mi mujer?—me dijo inclinándose hacia mi dibujo.—También es guapa.

En ese momento empezaba en el juego de pelota, de que ya he hablado, un partido que en el acto llamó la atención á Alfonso. Fatigado yo y desesperando de reproducir aquella diabólica figura, abandoné bien pronto mi dibujo para mirar á los jugadores. Había entre ellos algunos arrieros españoles llegados la víspera: eran aragoneses y navarros, casi todos de pasmosa destreza. Por eso los naturales de Ille, aunque animados por la presencia y los consejos de Alfonso, quedaron derrotados muy luego por esos nuevos campeones. Los espec-

2008 Ministerio de Cultura

tadores nacionales estaban abatidos. Alfonso miró el reloj. No eran más que las nueve y media; su madre no estaba aún peinada. No vaciló más: quitóse la levita, pidió una chaqueta y retó á los españoles. Yo le miraba sonriéndome y un poco sorprendido.

—Hay que sostener la honrilla del país,—dijo.

Entonces le encontré verdaderamente hermoso: estaba apasionado. Su vestido, que tanto le preocupaba momentos antes, ya no era nada para él. Pocos minutos ha, hubiera temido volver la cabeza, por miedo á desarreglarse la corbata. Ahora ya no pensaba en sus cabellos rizados, ni en la pechera de su camisa tan bien plegada.

¿Y su novia?..... A fe mía, creo que, si hubiera sido preciso, hubiese hecho aplazar la boda. Le ví calzarse á escape un par de alpargatas, alzarse las mangas, y con aire resuelto ponerse á la cabeza de los vencidos, como César reuniendo sus soldados en Dyrrachium. Salté el seto, y me puse cómodamente á la sombra de un árbol, de modo que viese bien los dos campos.

Contra lo esperado por la generalidad, Alfonso marró la primera pelota; verdad es que vino rasando el suelo y lanzada con una fuerza sorprendente por un aragonés que parecía ser el jefe de los españoles.

Era un hombre de unos 40 años, seco y nervudo, de seis pies de altura, y su tez, aceitunada, tenía un tinte casi tan oscuro como el bronce de la Venus.

Alfonso tiró con furia su pala al suelo.

—¡Esta maldita sortija, que me aprieta el dedo—exclamó,—me ha hecho marrar un tanto seguro!

No sin trabajo, quitóse el anillo de diamantes. Me acerqué para recibirlo, pero se me anticipó, corrió á la Venus, le pasó la sortija por el dedo anular, y recobró su puesto á la cabeza de los de Ille.

Estaba pálido, pero tranquilo y resuelto. Desde entonces ya no cometió ni una sola falta, y los españoles quedaron de-

2008 Ministerio de Cultura

rrotados por completo. Fué un hermoso espectáculo el entusiasmo de los espectadores: unos daban mil gritos de júbilo, tirando al aire las gorras; otros le daban apretones de manos, llamándole la honra del país. Si hubiera rechazado una invasión, dudo que hubiese recibido felicitaciones más vivas y más cordiales. El pesar de los vencidos aumentaba aún más el brillo de su victoria.

—Jugaremos otras partidas, valiente—dijo al aragonés con tono de superioridad;—pero os daré tantos de ventaja.

Hubiera deseado yo que Alfonso fuese más modesto, y casi me apenó la humillación de su rival.

El gigante español sintió hondamente este insulto. Le ví palidecer bajo su piel curtida. Miraba su pala con aire hosco, apretando los dientes; luego, con voz ahogada, dijo quedo:

—*Me lo pagarás* (1).

La voz del Sr. de Peyrehorade aguó la fiesta del triunfo de su hijo; mi anfitrión, muy asombrado de no encontrarle ocupándose del enganche de la carretela nueva, aún lo quedó mucho más al verle lleno de sudor y con la pala en la mano. Alfonso corrió á casa, lavóse la cara y las manos, se puso otra vez la levita nueva y los zapatos de charol, y cinco minutos después íbamos al trote largo, camino de Puygarrig. Todos los jugadores de pelota del pueblo y gran número de espectadores nos siguieron con gritos de gozo. Los vigorosos caballos que nos llevaban apenas podían sostener su delantera sobre aquellos intrépidos catalanes.

Estábamos en Puygarrig y la comitiva nupcial iba á ponerse en marcha para el Ayuntamiento, cuando Alfonso me dijo en voz baja, golpeándose la frente:

—¡Qué carape! ¡Se me ha olvidado el anillo! Está en el dedo de la Venus, que ¡ojalá se la pueda llevar el demonio! Por lo menos, no se lo diga usted á mi madre. Acaso no advierta nada.

---

(1) En castellano, en el original.—N. DEL T.

2008 Ministerio de Cultura

—Puede usted enviar á alguien por él—le dije.

—¡Bah! mi criado se quedó en Ille, y de éstos no me fío ni pizca. ¡Mil doscientos francos de diamantes pueden dar una mala tentación á más de uno! Además, ¿qué pensarían aquí de mi distracción? Burlaríanse de lo lindo de mí. De seguro que me llamaban el marido de la estatua..... ¡Con tal de que no me lo roben! Por fortuna, el ídolo da miedo á mis tunos. No se atreven á acercarse á una vara de él. ¡Bah! eso no es nada; tengo otra sortija.

Las dos ceremonias, civil y religiosa, celebráronse con la ostentación correspondiente; y la señorita de Puygarrig recibió el anillo de una modista de París, sin sospechar que su novio hacía en aras de ella el sacrificio de una prenda amorosa. Luego nos pusimos á la mesa, donde se bebió, comió y hasta cantó, todo ello en grande escala. Pasé mal rato por la recién casada, viendo el zafio regocijo que estallaba en torno de ella; sin embargo, guardó mejor actitud de lo que yo me esperaba, y su apurillo no era cortedad ni afectación.

Tal vez el ánimo viene con las situaciones difíciles.

Terminado el almuerzo cuando Dios quiso (eran las cuatro), los hombres fueron á pasear por el parque, que era magnífico, donde miraron cómo bailaban en la pradera de la quinta las campesinas de Puygarrig, engalanadas con sus vestidos de fiesta. De ese modo empleamos algunas horas. Mientras tanto, las mujeres estaban apiñadas en derredor de la recién casada, quien hacía que admirasen su ajuar de novia. Luego se mudó de traje, y advertí que cubrió sus hermosos cabellos con una redecilla y un sombrero con plumas; porque á las mujeres no hay nada que les corra tanta prisa como ponerse, en cuanto pueden, las galas que la costumbre les prohibe llevar cuando aún son solteras.

Eran cerca de las ocho cuando se dispuso el regreso á Ille; pero antes ocurrió una escena patética. La tía de la señorita de Puygarrig, que le servía de madre, mujer muy anciana y muy devota, no iba á ir con nosotros al pueblo. Al partir echó

2008 Ministerio de Cultura

á su sobrina un sermón acerca de sus deberes de esposa, del cual sermón resultaron un torrente de lágrimas y un sin fin de abrazos. El señor de Peyrehorade comparaba aquella separación con el rapto de las Sabinas. Sin embargo, partimos; y durante el camino, cada cual esforzóse en distraer á la recién casada y hacerla reir; pero fué en vano.

Esperábanos la cena en Ille, ¡y qué cena! Si la grosera alegría de la mañana me había repugnado, aún más me repugnaron los equívocos y las bromas de que fueron blanco el novio, y sobre todo la novia. Aquél, que había desaparecido un momento antes de ponerse á la mesa, estaba pálido y con una seriedad de hielo. Bebía á cada instante vino rancio de Colliure, casi tan fuerte como el aguardiente. Estaba yo junto á él, y me creí obligado á advertirle:

—¡Cuidadito! Dícese que el vino.....

No sé qué sandez le dije, para ponerme al unísono con los convidados.

Me dió un rodillazo, y me dijo en voz muy baja:

—Cuando nos levantemos de la mesa..... haga usted por que pueda decirle dos palabras.

Sorprendióme su tono solemne, le miré más atento, y advertí la extraña alteración de sus facciones.

—¿Se siente usted indispuesto?—le pregunté.

—No.

Y se puso á beber otra vez.

Entre tanto, en medio de gritos y palmadas, un niño de once años, que se había metido debajo de la mesa, enseñaba á los presentes una linda cinta blanca y de color de rosa que acababa de soltar de los tobillos de la recién casada. Llámase esto la liga de la novia. En seguida se cortó en pedazos y se distribuyó entre los jóvenes solteros, quienes adornaron sus solapas con esos trozos, según antigua usanza que aún se conserva en algunas familias patriarcales. Fué para la recién casada un motivo para ruborizarse hasta lo blanco de los ojos..... Pero su turbación llegó al último límite cuando el se-

2008 Ministerio de Cultura

ñor de Peyrehorade, después de pedir silencio, cantó algunos versos catalanes, repentizados según él. He aquí su sentido, si no lo comprendí mal.

—«¿Qué es eso, amigos míos? El vino que bebí ¿me hace ver doble? Hay dos Venus aquí.....»

La novia volvió bruscamente la cabeza con aire asustadizo, lo cual hizo reir á todo el mundo.

—«Sí—prosiguió el señor de Peyrehorade,—hay dos Venus bajo mi techo. Una la he hallado entre la tierra, como una trufa; la otra, bajada del cielo, acaba de repartirnos su cinturón.»

Quería decir «su liga».

—«Hijo mío, entre la Venus romana y la catalana elige la que prefieras. El picaruelo toma la catalana, y su lote es el mejor. La romana es negra, la catalana es blanca. La romana es fría, la catalana inflama todo lo que se le acerca.»

Esta conclusión produjo tal tremolina, aplausos tan estrepitosos y risas tan sonoras, que creí que se venía abajo el techo sobre nuestras cabezas. Alrededor de la mesa no había más que tres rostros serios, los de los recién casados y el mío. Tenía un gran dolor de cabeza; y además, no sé por qué, una boda me entristece siempre. Aparte de eso, aquélla me repugnaba un poco.

Cantadas las últimas coplas por el teniente alcalde (y debo decir que eran muy alegrillas), se pasó á la sala principal para disfrutar de la retirada de la novia, quien debía ser conducida muy pronto al dormitorio nupcial, porque era ya cerca de media noche.

Alfonso me llevó hacia el alféizar de una ventana y me dijo, volviendo á un lado los ojos:

—Va usted á burlarse de mí..... Pero no sé lo que tengo..... ¡estoy embrujado, el demonio me lleve!

El primer pensamiento que se me ocurrió fué el de que se creía amenazado por alguna desventura del género de aquellas de las cuales hablan Montaigne y la señora de Sévigné.

2008 Ministerio de Cultura

«Todo el imperio amoroso está lleno de historias trágicas», etc.

«Creí (dije para mí mismo) que esa clase de accidentes no acontecían sino á las personas de talento.»

—Ha bebido usted demasiado vino de Colliure, querido Alfonso. Ya se lo previne á usted—le dije.

—Sí, tal vez. Pero sucede una cosa mucho más terrible.

Tenía entrecortada la voz. Le creí borracho del todo.

—¿Se acuerda usted de mi anillo?—prosiguió después de un breve silencio.

—¡Qué! ¿Se lo han cogido?

—No.

—En ese caso, ¿lo tiene usted?

—No..... no puedo quitárselo del dedo á ese diablo de Venus.

—¡Vaya! No habrá tirado usted con bastante fuerza.

—Sí que lo he hecho..... Pero la Venus..... ha cerrado el dedo.

Me miraba fijamente, con aire huraño, apoyándose en la falleba para no caerse.

—¡Qué patraña!—le dije.—Eso es que metió usted demasiado el anillo. Mañana lo sacará usted con alicates. Pero cuide usted de no echar á perder la estatua.

—Le digo á usted que no. El dedo de Venus se ha retirado, doblado; tiene cerrada la mano, ¿entiende usted?..... Según parece es mi mujer, puesto que la he dado mi anillo..... No quiere devolvérmelo.

Sentí repentino escalofrío, y por un instante se me puso carne de gallina. Después, un gran suspiro suyo envióme una bocanada de vaho de vino, y desapareció toda mi emoción.

«El miserable está completamente ebrio», pensé.

—Es usted anticuario, caballero—añadió el novio con lastimero tono—y conoce usted esas estatuas..... Tal vez tenga algún resorte, alguna brujería, que yo no conozco..... Si tuviese usted la bondad de ir á ver.....

2008 Ministerio de Cultura

—Con mucho gusto—dije.—Venga usted conmigo.

—No, prefiero que vaya usted solo.

Salí del salón. El tiempo había cambiado durante la cena, y comenzaba á llover con fuerza. Iba á pedir un paraguas, cuando una reflexión me detuvo. «¡Sería un necio de marca mayor, si fuese yo á comprobar lo que me ha dicho un borracho! Además, acaso haya querido darme algún bromazo para hacer reir á estos honrados provincianos; y lo menos que puede acontecer es calarme hasta los huesos y pescar un romadizo de primera.»

Desde la puerta eché un vistazo á la estatua, que estaba chorreando agua, y subí á mi alcoba sin volver á entrar en la sala. Me acosté, pero tardé mucho en conciliar el sueño. Todas las escenas del día representábanse en mi mente. Pensaba en aquella virgen tan bella y tan pura, abandonada á un borracho brutal. «¡Qué odioso es un matrimonio de conveniencia!» (decía para mí). Un alcalde se pone su faja tricolor, un cura su estola, y ¡cátate á la más honesta doncella del mundo entregada al Minotauro! Dos seres que no se aman, ¿qué pueden decirse en tal momento, que dos amantes comprarían á costa de su existencia? ¿Puede una mujer amar nunca á un hombre á quien una vez haya visto ser grosero? Las primeras impresiones no se borran jamás, y estoy seguro de que Alfonso merecerá ser odiado.....»

Durante mi monólogo, que abrevio mucho, había oído muchas idas y venidas dentro de la casa, abrirse y cerrarse puertas, marcharse coches; luego me pareció haber oído en la escalera los pasos ligeros de varias mujeres dirigiéndose hacia el extremo del corredor opuesto á mi dormitorio. Probablemente era la comitiva de la novia, á quien llevaban á la cama. Después habían vuelto á bajar la escalera. Habíase cerrado la puerta del cuarto de la señora de Peyrehorade. «¡Qué turbada y confusa debe de estar ahora esa pobre chica!» dije para mí. Empecé á dar vueltas en la cama, con mal humor. Un soltero hace un papel muy tonto en la casa donde se consuma un matrimonio.

2008 Ministerio de Cultura

Reinaba silencio desde hacía ya algún tiempo, cuando lo turbaron unos pasos pesados que subían la escalera. Los peldaños de madera crujieron con fuerza.

—¡Qué gaznápiro!—exclamé.—Apuesto á que va á caerse en la escalera.

Todo volvió á quedarse tranquilo. Cogí un libro para cambiar el curso de mis ideas. Era una *Estadística del Departamento,* adicionada con una Memoria del Sr. de Peyrehorade acerca de los monumentos druídicos del distrito de Prades. Me aletargué á la tercera página.

Dormí mal y me desperté varias veces. Las cinco de la mañana serían, y estaba despierto desde veinte minutos antes, cuando cantó el gallo. Iba á salir el sol. Entonces oí con claridad los mismos pasos pesados, el mismo crugir de la escalera que había oído antes de dormirme. Aquello me pareció chocante. Bostezando, traté de adivinar por qué se levantaba Alfonso tan temprano. No imaginaba nada que fuese verosímil. Iba á volver á cerrar los ojos, cuando me llamaron de nuevo la atención extraños pateos, con los cuales se mezclaron bien pronto campanillazos y ruído de puertas que se abren con estrépito, y después distinguí gritos confusos.

—¡Mi beodo habrá puesto fuego á alguna cosa!—pensé, saltando de la cama al suelo.

Me vestí á escape y salí al pasillo. Del extremo opuesto partían gritos y lamentos, y una voz desgarradora dominaba á todas las demás, diciendo: «¡Hijo mío, hijo mío!» Era evidente que le había sucedido á Alfonso alguna desgracia. Acudí á la alcoba nupcial: estaba llena de gente. El primer espectáculo que se presentó á mi vista fué el del joven, á medio vestir, tendido al través de la cama, cuya madera estaba rota. Hallábase lívido, sin movimiento. Su madre lloraba y gritaba junto á él. Agitábase el Sr. de Peyrehorade, y le frotaba las sienes con agua de Colonia ó le ponía sales inglesas debajo de la nariz. ¡Ay! mucho tiempo hacía que estaba muerto su hijo. En un sofá, al otro extremo del cuarto, estaba la recién casa-

2008 Ministerio de Cultura

da, presa de horribles convulsiones. Exhalaba gritos inarticulados, y dos robustas sirvientes á duras penas podían contenerla.

—¡Dios mío!—exclamé.—¿Qué ha sucedido?

Me aproximé á la cama y levanté el cuerpo del desventurado joven: estaba ya rígido y frío. Sus dientes apretados y su rostro ennegrecido expresaban las más espantosas angustias. Harto se echaba de ver que su muerte fué violenta y terrible su agonía. Sin embargo, ninguna huella de sangre en sus ropas. Entreabrí su camisa y le ví en el pecho una impresión lívida que se prolongaba por las costillas y el dorso. Hubiérase dicho que le habían opreso dentro de un círculo de hierro. Puse el pie encima de una cosa dura que estaba sobre la alfombra; me bajé y ví la sortija de diamantes.

Me llevé por fuerza al Sr. de Peyrehorade y su mujer á su cuarto, y luego hice llevar allí á la recién casada.

—Aún les queda á ustedes una hija y deben cuidarla—les dije; y entonces los dejé solos.

No me parecía dudoso que Alfonso había sido víctima de un asesinato, cuyos autores hallaron medio de introducirse durante la noche en la alcoba de la recién casada. Esos verdugones en el pecho y su dirección circular dejábanme muy confuso, sin embargo, porque un palo ó una barra de hierro no hubieran podido producirlos. De pronto me acordé de haber oído decir que en Valencia los matones se valían de largos sacos de cuero rellenos de arena fina para asesinar á golpes á las personas cuya muerte se les pagaba. En seguida me acordé también del arriero aragonés y de su amenaza; sin embargo, apenas me atrevía á pensar que hubiese tomado tan terrible venganza de una burla ligera.

Recorrí la casa, buscando por todas partes vestigios de escalamiento y fractura, sin hallarlos en ninguna. Bajé al jardín para ver si los asesinos habrían podido introducirse por ese lado, pero no encontré ningún indicio seguro. La lluvia de la víspera había empapado, además, el suelo de tal modo, que

2008 Ministerio de Cultura

no hubiera podido conservar muy clara ninguna huella. No obstante, observé algunos pasos profundamente impresos en la tierra; los había en dos direcciones contrarias, pero en una misma línea que partía del ángulo del seto contiguo al juego de pelota y terminaba en la puerta de la casa. Podían ser los pasos de Alfonso cuando fué á buscar su anillo en el dedo de la estatua. Por otra parte, siendo menos espeso el seto en ese lado que en los demás, por aquel punto debieron de saltarlo los asesinos. Pasando y volviendo á pasar por delante de la estatua, me detuve un instante á contemplarla. Esa vez, lo confieso, no pude mirar sin espanto su expresión de maldad irónica; y, con el ánimo preocupado por las escenas horribles de que acababa de ser testigo, me pareció ver una divinidad infernal aplaudiendo la desventura que hería á aquella casa.

Volvíme á mi cuarto y en él permanecí hasta medio día. Salí entonces y pregunté por mis huéspedes. Estaban un poco más tranquilos. La señorita de Puygarrig (debiera decir la señora viuda de Alfonso Peyrehorade), había recobrado el conocimiento. Hasta habló con el fiscal de la Audiencia de Perpiñán, á la sazón de visita en Ille, y este magistrado recibió su declaración. También me pidió la mía: le dije aquello de que era yo sabedor, y no le oculté mis sospechas contra el arriero aragonés. Dispuso que en el acto fuese detenido éste.

—¿Sabe usted algo por la viuda de Alfonso?—pregunté al fiscal, cuando quedó escrita y firmada mi declaración.

—Esa desdichada joven se ha vuelto loca, — me dijo sonriéndose con tristeza.—¡Loca, loca de remate! He aquí lo que cuenta:

—Estaba acostada hacía algunos minutos (dice ella), con las cortinas del pabellón de la cama corridas, cuando abrióse la puerta del dormitorio y entró alguien. La señora de Alfonso estaba entonces junto al pasadizo del lecho, de cara á la pared. No hizo ningún movimiento, persuadida de que era su marido. Al cabo de un instante, crujió la cama cual si carga-

2008 Ministerio de Cultura

se sobre ella un peso enorme. Dióle gran miedo, pero no se atrevió á volver la cabeza. De ese modo pasaron cinco, diez minutos quizá..... pues no puede darse cuenta del tiempo transcurrido. Luego hizo un movimiento involuntario, ó tal vez lo hiciese la persona que estaba en la cama con ella, y sintió el contacto de una cosa fría como el hielo: son sus mismas expresiones. Arrimóse más al pasadizo, temblando con todos sus miembros. Al poco rato se abrió otra vez la puerta y entró alguien diciendo: «Buenas noches, mujercita mía.» Muy poco después, abrieron las cortinas del pabellón, y oyó ella un grito ahogado. La persona que estaba en la cama, junto á ella, incorporóse y pareció alargar los brazos hacia adelante. Volvió entonces ella la cabeza..... y vió (según dice), á su marido de rodillas, junto á la cama, con la cabeza al nivel de la almohada, entre los brazos de una especie de gigante verdoso que le oprimía con fuerza entre ellos. Dice, y me ha repetido veinte veces, ¡pobre mujer!..... dice que ha reconocido..... ¿á que no adivina usted el qué? La Venus de bronce, la estatua del señor de Peyrehorade..... Desde que se halla en el país, todo el mundo sueña con ella. Pero vuelvo á reanudar el relato de la infeliz loca. Al ver ese espectáculo perdió el conocimiento, y lo probable es que desde algunos instantes había perdido ya la razón. De ninguna manera puede decir cuánto tiempo permaneció desmayada. Vuelta en sí, tornó á ver el fantasma (ó la estatua, como ella dice siempre) inmóvil, con las piernas y de cintura para abajo dentro de la cama, con el busto y los brazos extendidos hacia adelante, y entre los brazos su marido, sin movimiento. Cantó un gallo. Entonces la estatua salió de la cama, dejó caer el cadáver, y salió. La señora de Alfonso colgóse de la campanilla, y ya sabe usted todo lo demás.»

Trajeron al español; estaba sereno y defendióse con mucha sangre fría y presencia de espíritu. Por supuesto, no negó el dicho que yo le había oído; pero lo explicaba pretendiendo que no había querido decir otra cosa sino que al día siguiente, ha-

2008 Ministerio de Cultura

llándose descansado, hubiera ganado una partida de pelota á su vencedor. Recuerdo que añadió:

—Cuando se ultraja á un aragonés, no espera á mañana para vengarse. Si hubiera creído que D. Alfonso quiso insultarme, en el acto le hubiese dado un navajazo en la tripa.

Compararon sus zapatos con las huellas de pisadas en el jardín; su calzado era mucho mayor.

Por último, el posadero en cuyo mesón estaba aposentado ese hombre aseguró que pasó toda la noche dando friegas y potingues á uno de sus mulos, que estaba enfermo.

Por otra parte, ese aragonés era un hombre bien conceptuado y muy conocido en el país, donde iba todos los años por asuntos de su tráfico. Por tanto, pusiéronle en libertad, dándole mil excusas.

Se me olvidaba la declaración de un criado, última persona que vió á Alfonso en vida. Era en el momento en que iba á subir al cuarto de su mujer; y, llamando á ese hombre, preguntóle con aire de inquietud si sabía donde estaba yo. Le contestó el criado que no me había visto. Entonces D. Alfonso exhaló un suspiro y permaneció más de un minuto sin hablar; después dijo:—*¡Vamos, también se lo habrá llevado consigo el demonio!*

Pregunté á ese hombre si Alfonso tenía puestà la sortija de diamantes cuando le habló. Vaciló el criado antes de responder y, por fin, dijo que no lo creia, aun cuando por lo demás no había puesto en ello ninguna atención.—«Si hubiese tenido en el dedo ese anillo (añadió rectificando) sin duda lo hubiera notado yo, pues creí que se lo había puesto á su señora.»

Al preguntar á ese hombre, experimenté algo del terror supersticioso que la declaración de la viuda de Alfonso había infundido en toda la casa. El fiscal de la Audiencia me miró sonriéndose, y me guardé mucho de insistir.

Pocas horas después de los funerales de Alfonso, me dispuse á marchar de Ille. El coche del Sr. de Peyrehorade me

2008 Ministerio de Cultura

iba á conducir á Perpiñán. A pesar de su estado de debilidad, el pobre anciano quiso acompañarme hasta la puerta de su jardín. Lo atravesamos en silencio, casi arrastrándose él, apoyado en mi brazo. En el momento de separarnos, eché la última ojeada á la Venus. Preveía que mi anfitrión, por más de que no participase de los terrores y los odios que inspiraba á una parte de su familia, querría deshacerse de un objeto que sin cesar le recordaría una tremenda desgracia. Mi intención era comprometerle á regalársela á un Museo. Vacilaba yo para entrar en materia, cuando el Sr. de Peyrehorade volvió maquinalmente la cabeza hacia el lado donde me veía mirar fijo. Notó que allí estaba la estatua y al punto se deshizo en llanto. Le abracé, y sin atreverme á decir una sola palabra, subí al coche.

Desde mi partida no he sabido que ninguna nueva luz haya llegado á aclarar aquella misteriosa catástrofe.

El Sr. de Peyrehorade murió algunos meses después que su hijo. En su testamento me legaba sus manuscritos, que tal vez publique algún día. No he hallado entre ellos la *Memoria* relativa á las inscripciones de la Venus.

P. S.—Mi amigo el Sr. de P. acaba de escribirme desde Perpiñán que ya no existe la estatua. Después del fallecimiento de su marido, el primer cuidado de la Sra. de Peyrehorade fué mandarla fundir para hacer una campana, y bajo esta nueva forma sirve en la iglesia de Ille. «Pero (añade el señor de P.) parece que persigue la mala sombra á los poseedores de ese bronce. Desde que esta campana suena en Ille, dos veces se han helado las viñas.

PRÓSPERO MÉRIMÉE.

2008 Ministerio de Cultura

CRÓNICA INTERNACIONAL.

El movimiento democrático cristiano. — Desgracias y calamidades públicas.—La cuestión del Transvaal.—El problema egipcio.—La paz entre Italia y Abisinia.—Enfermedad del czar.— El nuevo canciller moscovita.—La vieja Rusia y sus ideas.—El partido constitucional en Constantinopla.—La decadencia de Alemania.—Los pueblos danubianos.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Un movimiento religioso de alianza entre la democracia y el Cristianismo se manifiesta por todas partes, y pocos lo siguen y estudian, no obstante ceder en pro de la libertad humana y de la civilización universal. Es indudable que tuvo tres movimientos democráticos el Cristianismo en la Edad Media, representado el primero por San Francisco en Asís, representado el segundo por Gerson en Basilea, representado el último por Savonarola en Florencia; y es indudable también que todos estos movimientos evolutivos nos hubieran evitado Lutero y su revolución, si no los ahogan reacciones terribles representadas, unas por Alejandro IV, el Papa Borgia; otras por el advenimiento de San Ignacio á la Iglesia, y vencedoras todas con sus fórmulas siniestras en el Concilio de Trento. Pues ahora sucede al revés de antaño por completo. Ahora sucede á una terrible reacción religiosa representada por el *Sy-*

2008 Ministerio de Cultura

labus de Pío IX, una grande y eficaz acción democrática, representada por las Encíclicas del divino León XIII. La eficacia de un poder tan extraordinario como el poseído por este sublime Papa, se observa en resultados innumerables, á cual más instructivo y satisfactorio. No hay sino volver los ojos al Nuevo Mundo, y en seguida se descubren dos colosos de la república cristiana: el cardenal Gibonns y el obispo Iereland, figuras que parecen esculpidas por Miguel Angel, según su grandiosidad, é inspiradas por Isaías, según su lenguaje. Y no sólo en América, tierra idónea por la libertad, sucede ahora esto: también sucede por el contrario polo de la política, por escenarios clásicos de la lealtad monárquica, por tierras del Norte de Francia, donde un fraile se presenta candidato al distrito que requería de votos un pretendiente, y lleva en sus labios el nombre de la República correspondiente con el amor á la libertad y á la democracia que lleva en su pecho. Y no sólo se nota este movimiento avasallador en los hechos, también se nota en los libros. El Padre Maunus escribe uno que tengo sobre la mesa, titulado: *La Iglesia católica y la Francia moderna*. El ilustre publicista pone su libro al amparo de una frase de Lacordaire, que dice así: «durante medido siglo todos los sacerdotes fueron monárquicos; yo he dejado de serlo». Y con la llave áurea de tan excelso predicador, explica Maunus y aplaude la política pontificia empleada por el Vaticano en reconciliarse con la República y la revolución francesas. Siendo tan republicano este libro, es también muy ortodoxo, cuando el cardenal Perraud, conocido por su ortodoxia, le dice al autor: «Habéis justificado con los argumentos de nuestros teólogos y los hechos de nuestra historia, el consejo dado por nuestro Pontífice al clero francés de adherirse al Gobierno que Francia se ha decretado á sí misma.» Imposible comprender toda la trascendencia de tal paso. Así nunca nos cansaremos de aplaudirlo y mostrar á cuantos lo siguen, cuán funesto sería un retroceso para la sociedad civil y la sociedad eclesiástica, cual para la sociedad y para la Iglesia del siglo décimo-

2008 Ministerio de Cultura

sexto fué la reacción jesuítica subsiguiendo al gran movimiento democrático cristiano.

II

La pobre tierra nuestra, de paz ávida y de paz necesitada, para que pueda el espíritu humano continuar por el trabajo la creación divina hecha por el Verbo, pasa los mayores trances y sufre las más extraordinarias plagas, al azote de la guerra, difundida por todas partes, con triste mengua de la humanidad y como un mentís escupido á nuestras creencias y confianzas optimistas en el progreso universal. Por la cuestión de Venezuela temimos una guerra intercontinental, y temimos otra guerra intercontinental por la cuestión de Cuba. La prudencia de lord Salisbury, negándose á exacerbar las heridas de amor propio nacional con alardes ó arrogancias inútiles, y sometiendo sus diferencias con los Estados Unidos en las bocas del Orinoco á un tribunal de arbitraje y á una sentencia de árbitros, así como la extraordinaria capacidad y sabia experiencia de Cleveland, oponiendo su veto á intervenciones temerarias en tierras antillanas, y recabando para sí la dirección de los asuntos exteriores en el Estado aquel, han felizmente concluído con todos los recelos y puesto un áncora incontrastable al seguro y defensa de la humana paz. Pero hay excepciones desventuradas á estas venturas, obtenidas con tanto provecho, en las innumerables guerras coloniales, pestes, hambres que azotan Asia y Africa y América. El bubón, descrito mil veces en Tucydides, en Fravian, en Bocaccio, en el mismo contemporáneo Manzoni, ha caído sobre los humanos, como la voraz langosta sobre las plantas, en Bombay, amontonando tal número de cadáveres, que faltan fuerzas para envolverlos en el regazo de la tierra y cortar la comunicación de sus miasmas con el aire. Por los centros de las Indias no es menor la desgracia. Sequías pertinaces, allí donde

2008 Ministerio de Cultura

tanto se necesita de humedad y los excesos de vida traen aparejadas voracidades múltiples de la muerte, han desatado una miseria y un hambre, que las descripciones hechas por los periódicos europeos parecen aquellos versículos del Apocalipsis donde se contiene la pintura de los días anteriores al Juicio final. Y con todo esto se une la guerra filipina, en que una raza medio salvaje, sobreescitada por ejemplos como los que presenta el Japón, y por supersticiones fáciles de concebir en estados mentales como el suyo, urde terrible conjuración, análoga con aquellas asiáticas de universal exterminio, donde se degollaba todo un pueblo á una señal terrible convenida, ó á un signo sangriento puesto en las puertas de los hogares, atrayéndose así, con rebeliones insensatas, represalias de un horror que no pueden sino apenar los corazones piadosos estremecidos, y sugerir gritos de piedad clamando al cielo por la conclusión y término de calamidades tamañas. Y si á esto se unen las plagas extendidas por los insurrectos en Cuba, saqueos, y estragos, y violencias, y matanzas, y el incendio perpetuo que logra convertir sus selvas en carbones gigantescos y en océanos de ceniza los palmares, cargados de coco, y las maniguas cubiertas de lianas y enredaderas, bien puede asegurarse que nuestra España parece un infierno, y los españoles huérfanos de Dios, abandonados de la Providencia. Yo confieso mi culpa, si culpa hubiera en ello de mi parte: yo deseo la paz á toda costa, la paz á toda prisa, con la reserva de que la precipitación en intentarla y cumplirla no traiga mengua de ningún género al honor nacional: que siempre los españoles preferimos la muerte al deshonor. Mas el estado de nuestro Tesoro, el horror al odio y á la matanza, una imprescindible necesidad que tenemos en Europa, y en España especialmente, tras innumerables guerras, de sustituir el trabajo al combate, nos inspira y sugiere, sin excepción, á todos, el deseo vivísimo de la paz.

2008 Ministerio de Cultura

III

Hanla obtenido los republicanos del Transvaal; más ¡á cuánta costa! Un día, en principios del último Enero, cayó como centella fulminante, sobre nuestra Europa, la noticia de que un aventurero inglés, llamado Jameson, había por el austral Africa roto en guerra, obedeciendo sólo á su voluntad soberana y libre albedrío para conquistar, sin respeto alguno de los tratados, y sin miramientos á una independencia reconocida por su patria, desde la colonia del Cabo á la República de los boeros, compuesta por una raza provenida de los holandeses, y tan tenaz en el trabajo, como en el combate arrestada, fuerte, atrevida. El invasor era como un brazo de Rhodes, persona célebre, á quien se debía la fundación de un imperio inglés en el Cabo, conocido por estos otros sobrenombres que recuerdan las conquistas de César ó Alejandro, y dispuesto, según sus aduladores, á ir desde las aguas del Cabo á las bocas del Nilo, no para ceñirse tal estela y estola de dominios á su cuello, como la que llevan los Faraones y los Sardanápalos con los nombres en oro de sus conquistas, para ceñir con ella el cuello de la reina Victoria, y exaltarla sobre las Semíramis, Isabeles, Catalinas y demás amazonas armadas, cuyas heroicidades han celebrado la Historia ó la Leyenda. Pero, por mucho que se quisiera cohonestar con todos estos épicos velos el intento, resultaba que unos ciudadanos ingleses, ó unos protegidos de Inglaterra, cuando menos, se habían apoderado del influjo que les daba esta nación poderosísima sin escrúpulos y sin reservas, para cometer un acto piratesco de corrupción, y asaltar, como bandidos á viajeros, un pueblo soberano, cuyos poderes y Gobierno descansaban en la fe jurada, en relaciones corrientes entre buenos vecinos, en los principios de la moral divina y humana, en las bases inconmovibles del derecho in-

2008 Ministerio de Cultura

ternacional. Pero los ingleses del Cabo pretestaban que sus vecinos del Transvaal, por ellos asaltados, consintiéndoles la libertad entera del trabajo y del pensamiento y del culto, como extranjeros no les permitían revestir el carácter de ciudadanos y menos votar, no ya en las Cámaras, pero ni siquiera en los comicios. Mas tal pretexto no podía excusar su crimen. Cuando Inglaterra tuvo noticia del entuerto quiso enderezarlo, impidiendo á Jameson el atentado. Mas ya era tarde. Había tomado éste las órdenes del superior, urdido maquiavélica conjura, puesto sus gentes en armas, roto por las fronteras del Estado vecino, atropellando todas las leyes vigentes y cometiendo un crimen, del cual no podía en lo humano absolverle, ni la conciencia ni la Historia. Pero tenía que habérselas con fornidas gentes, cazadores acostumbrados á poner la bala donde ponen el ojo, nautas en lucha perenne con las ráfagas del huracán y curtidos en los oleajes de las tormentas; todos resueltos, después de haber combatido con las cóleras del cielo y los furores del universo, á luchar con las cóleras y con los furores del enemigo circunstante, tan fiero como sus leones y tan cruel como sus tigres. Así, en cuanto Jameson pasara la frontera, cayó en poder de los boeros, quienes le disolvieron la partida invasora y le condenaron, por ser su jefe, á muerte. Imaginad la imposible situación del Gobierno inglés. Si aprobaba el paso de sus protegidos, tenía que declararse reo de conquistas injustas ante la conciencia universal, y si lo rechazaba tenía que indisponerse con la opinión inglesa. Prefirió esto último. El hábil presidente de los boeros, con destreza política nunca bastante alabada, después de haber cogido y condenado al rebelde según las leyes del Estado, entrególo á Inglaterra para que lo juzgara según sus propias leyes, é Inglaterra no ha tenido más remedio que condenarlo. Indudablemente los interlanderes, como se llaman entre los boeros tales advenedizos, llegados allí de las colonias circunvecinas para explotar el oro, consiguieran la participación deseada en la gobernación de sus vecinos, si apelaran al método

2008 Ministerio de Cultura

evolutivo; pero apelando al suicida método de la revolución, han perdido todo derecho y han retrogradado en su empresa.

IV

Enmarañado el problema egipcio á primera vista, mas de una explicación por todo extremo fácil. Creían los franceses allanada por su inteligencia con Rusia esta cuestión, y facilitado el regreso de las tropas británicas á su patria, mientras los ingleses continúan trabajando por extender el Imperio egipcio, y darle aquellos contrafuertes necesarios á la seguridad suya, especie de diques opuestos á una invasión de los nubios, prontos, de antiguo, siempre, á descolgarse desde las altas corrientes del Nilo y los desiertos donde se adoraba el Júpiter Amón, á las bajas corrientes del Nilo, al espacio de los colosos, de los obeliscos, de las momias y de las pirámides. Por las fiestas, por los regocijos consiguientes á hechos como la exaltación de nuevo Czar al trono, como su boda con hermosa princesa germánica, como su coronación á grandiosos espectáculos ocasionada, parecía tan sólo en divertirse ocupado, en diversiones y fiestas llevadas á sus últimos extremos con el paseo triunfal por París; mas, en lo que realmente se ocupaba era en atender á su propio engrandecimiento, sin curarse para cosa ninguna del respectivo engrandecimiento de Inglaterra. Muy envalentonados los dervises y los mahedies nubios entre las tribus de negro ébano, que trabajan el blanco marfil, á causa del combate trabado por Italia con Abisinia, se removían en términos de levantar temores por su propia seguridad entre las tribus del bajo Egipto; y para disiparlos emprendió Inglaterra su feliz expedición á Dongola, con ánimo de ponerles bajo el yugo de los soldanes mediante un esfuerzo tenaz, el cual ha sido coronado por una victoria completa. Esta expedición cedía en bien del continente africano, porque importa y conviene á su prosperidad el predominio de razas, como las

2008 Ministerio de Cultura

egipcias, aunque infieles, ó cophtas á lo sumo, superiores por su cultura y por su color á las razas esclavistas y supersticiosas, las cuales se levantan batidas por el fanatismo y la intolerancia, como los oleajes de arena por el simoun, y caen sobre cualquier centro de cultura, destruyéndolo bajo sus asoladores pies, de igual modo que las lavas del Vesubio destruyeron á Herculano y Pompeya. Pero si la expedición favorecía mucho al bien común, castigando razas, conservadoras aún de la mutilación y del comercio de carne humana, tenía la contra de que perpetuaba la ocupación británica y hacía perdurable á los humanos ojos el dominio de los ingleses sobre tierras, claves de la navegación y senderos del comercio, desde que se convirtió en canal el istmo de Suez. Para ponerse Rusia un tanto en favor de Francia y sus pretensiones respecto de la evacuación inglesa, como los ingleses echaron mano de los fondos adscritos al pago de la deuda para pago de la guerra, le interpusieron una demanda en tribunales de carácter intercontinental, que ganaron, viéndose obligados á restituir las cantidades puestas en circulación, por creerlas un adelanto debido por el Imperio egipcio á sus esfuerzos y á sus trabajos. Mas, al ver perdida la demanda y encontrarse con la obligación de reintegrar en el Tesoro los adelantos recibidos á título de pronta devolución, dicen que, siendo por ellos la expedición satisfecha, el resultado debe ser por ellos aprovechadísimo también, y tendrán en la Nubia un jalón más, conducente á prosperar el plan, que habrá de realizarse y concluir dilatando el poder británico por todas las tierras del continente africano, hasta subir sus banderas desde los mares australes azotados por las tormentas, al primer origen ó manantial del Nilo, y bajar por su cauce hasta las plácidas riberas del Mediterráneo, iluminadas por el faro de Alejandría. Bueno será que recapacite Inglaterra sobre las extraordinarias consecuencias traídas por todos los extraordinarios excesos, y cumpla una promesa dada en el momento de ocupar Egipto, y que mantienen á una en todas partes y todos los días sus más escucha-

2008 Ministerio de Cultura

dos oradores. Una reconciliación entre Francia é Inglaterra se impone, al ver los aires de matón y baratero que toma el imperio ruso en todas partes, y esta reconciliación es imposible mientras esté Inglaterra en Egipto. Deseemos y pidamos la posible independencia del Nilo.

V

Y ésta puede cumplirse, como se ha cumplido también la paz entre Italia y Abisinia, tan deseada por la opinión europea, magüer oponerse á ella el patriotismo ciego de algunas fracciones italianas exaltadísimas, quienes todavía no han entendido los milagros que ha hecho y las ventajas que ha Italia en la segunda mitad de este nuestro siglo conseguido. Poseedora de una colonia, Eritrea, en los desiertos cercanos al Mar Rojo por Africa, no quería el Nego, su vecino abisinio, tras las fronteras propias, otra cosa que un recíproco cambio de buenos oficios entre los dos pueblos y una perdurable amistad. Cristiancs los abisinios, según ellos pretenden y dicen, quizás mucho antes que Italia lo fuese, por tradiciones bíblicas generadoras del Cristianismo; por comercio y relación inolvidables con el rey Salomón, que han pasado en sus recuerdos religiosos á épicas leyendas; por el envío de uno entre los reyes magos, cuya estrella en sus cielos encendidos aún brilla hoy, al Portal de Belén; por apostolados de los primeros evangelistas, no veían de mal ojo establecerse una potencia cristiana en su vecindad, cuando por todas partes envuelve al viejo y misterioso Imperio aquél la superstición y la combatividad musulmanas. Pero el pacto de alianza, firmado entre Menelick y Humberto, se convirtió en carta de protectorado, por la interpretación italiana, que rechazó el Nego, al punto de pisotear con sus pies los papeles donde se contenía, y retar á guerra sin cuartel ó sin descanso á los audaces intérpretes. Bajo impresión tal mandó sus señores feudales contra las tro-

2008 Ministerio de Cultura

pas italianas, y todos mordieron el polvo al valor de tan heroicos soldados, que mostraran en aquella tórrida campaña su noble descendencia de la eterna soberana Roma. Debió bastar este bello triunfo para seguridad completa de la colonia, tanto más cuanto que se había ido cada ras, como se llaman los reyecillos abisinios, á su respectiva madriguera, y no sentían gana ninguna de volver al combate, recibido el escarmiento. Siguiéronlos, pisándoles los talones, allende la línea del Mareb los afortunados, y el rigor de aquel clima, el cielo como un horno de fundición, el desierto donde parecen chispas las arenas, comenzaron á ponerse, con sus fatalidades abrumadoras, de parte del vencido. Así, conociendo lo angustioso de la situación del ejército italiano el Nego, y seguro, tras sus intangibles líneas del Mediodía, organizó á su guisa y grado cien mil hombres, curtidos en la guerra, no tan valerosos, á pesar de su audacia guerrera, como los italianos, pero favorecidos por un clima en el cual viven ellos á su sabor, y contra el cual pueden poco la inteligencia y la pujanza europeas. Así, después de haber contestado con grande jactancia el general Baratieri á una proposición de paz y hecho un fuerte que por completo carecía de agua, la primer avanzada en Alaghi, así como el primer avance, fueron contrastados y rotos por los malheridos de un menosprecio cándido é infantil. Contaban los italianos con que pasase allá, en Abisinia, lo que pasa en todos los tiempos y en todos los pueblos feudales: así que se presenta una tropa enemiga del emperador feudal, supremo imperante, se desgranan los feudos y se sublevan los vasallos con corona, que difícilmente sufren al ser supremo, quien parece, por lo soberbio, sobre la tierrra un Dios, acechado y combatido por ellos á la continua con odio y furor inextinguibles. Pero saliéronle á los italianos tales cuentas mal. Todos los régulos abisinios se quedaron á una con el emperador, y los inscritos bajo las banderas italianas concluyeron por abandonarlas, y se marcharon al campo donde les llamaba con la voz de su sangre, la voz de su tierra, incontrastables reclamos.

2008 Ministerio de Cultura

Y al poco tiempo de tales sucesos, el ejército abisinio cayó sobre las tropas italianas con furores de ciclón y produjo efectos de naufragio. Habían tomado la ofensiva los italianos, y para vencer dividieron en tres columnas sus fuerzas por los siniestros campos de Garima, las cuales tres columnas no pudieron entenderse y ayudarse mutuamente, cercadas y vencidas por un ejército triple, compuesto de soldados furiosos, los cuales peleaban á una en línea inmensa, con el furor de las alimañas esparcidas en sus territorios, sembrando el suelo de cadáveres, que luego mutilaban, haciendo de las matanzas algo cual los despojos de una carnicería, ó cual los cuerpos de las víctimas despedazados por uñas de águila, ó cual la pasta que con las carnes y las fibras y los huesos de sus presas hacen las garras de los tigres, el hocico de las hienas ó el diente y las quijadas de los leones. Después de haber matado muchas gentes, aquellos hijos de la guerra, por el odio enloquecedor, exterminaron todos cuantos italianos pudieron; y detenido el exterminio por una piedad superior, se llevaron los soldados restantes al cautiverio, repitiéndose los combates anteriores al comienzo de la civilización. El sentimiento público italiano se volvió contra el general que dirigiera la campaña y contra el Ministerio que la ordenó, siendo entregado Baratieri á un Consejo de guerra como reo, por lo menos, de incapacidad sin ejemplo, y puesto en trance Crispi de dimitir el Ministerio por haber ordenado la marcha del ejército patrio al Sur, donde halló su derrota, y haber con grandes instancias pedido una victoria para sus personales fines políticos. Así, un Ministerio nuevo, presidido por el marqués de Rudini, se formó para tratar la paz; y en este Ministerio entraron el caballeroso duque de Sermoneth, como ministro de Negocios Extranjeros, y el consumado economista Sr. Colombo en Hacienda, dirigida con tal acierto, que se halla en vías el Tesoro italiano de restañar las heridas causadas por la guerra y ofrecer un superabit, regaladísimo fruto de la libertad y de la paz. Deseémoslas para todos los pueblos y para todas las tierras.

2008 Ministerio de Cultura

VI

Las enfermedades cesáreas no influyen hoy sobre los valores públicos, cual antaño influían. Yo recuerdo los tiempos en que no podía dolerle al emperador Napoleón una muela, sin que las cotizaciones bursátiles cayesen á cero. Cierta baja en estos días hubo; mas, insignificante, pasajera, y en seguida repuesta. Provino la baja del rumor divulgado entre bajistas sistemáticos respecto de la salud imperial del buen Nicolás II. Como los czares dejaron de ser aquellos antiguos colosos, cuyas gigantes formas parecían proporcionadas á sus colosales poderes, y dejaron de serlo tras la intersección en su dinastía del elemento danés, á ella por la emperatriz madre aportado, todo el mundo teme ver corona, parecida en grandeza y esplendor á un astro, sobre las sienes de muy débil joven, quien sólo dejaría por heredero moribundo hermano y quizás póstumo príncipe, abriéndose así una era de regencia muy ocasionada en todas partes, con especialidad en Rusia, por la debilitación del jefe de aquellas gentes, á perturbaciones extremas. Pero no fué nada. El czar está bueno. Se le resintió la herida, en su cráneo abierta otro tiempo, al golpe asestado por un fanático é intolerante japonés, á su cabeza; y no obstante anunciar el telégrafo alguna operación quirúrgica de necesidad, todo ha corrido sin recurrir á tan extremo remedio. El Gobierno ruso ha hecho lo posible para disuadir á los mercados de persuasiones pesimistas, y poner en los más empecatados agoreros de males otras impresiones y otros juicios aromados por un dulce optimismo. Las fiestas litúrgicas de los griegos vienen todas retrasadas respecto de las nuestras, por no haber admitido tales buenos cristianos la corrección gregoriana. Y como el día de Reyes, que cae á comienzos del corriente

E. M.—*Febrero* 1897.

2008 Ministerio de Cultura

mes entre nosotros, mientras allá en Petersburgo á mediados, el czar acaba de acudir á la fiesta del Newa, tan semejante á la fiesta del Dux en las lagunas, después de haber pasado revistas militares ó terrestres, sin que se haya su buena salud resentido un minuto, ya nadie tiene recelo alguno, ni menciona tal especie.

VII

En cambio se habla muchísimo del ascenso de Mourawieff al cancillerato ruso, vacante por muerte de Lobanoff, desaparecido al rompimiento de una mortal aneurisma por los comienzos del último cesáreo viaje. En todas las cortes del mundo hay partidos, y en todos los partidos de las cortes hay cabezas. Más temibles que los motines callejeros las intrigas cortesanas. Parecía una balsa de aceite al vulgo el palacio de Berlín; sin embargo, viviendo el gran Guillermo, hubo tres centros de oposición á Bismark, sostenido contra todo y contra todos por el emperador en persona. Uno de los centros constituído, el cuarto de la emperatriz Augusta; otro, el cuarto de la princesa imperial Victoria; otro, el cuarto del príncipe imperial Federico. Pues lo mismo sucede ahora en Rusia. Danesa la emperatriz viuda y alemana la emperatriz consorte, no se llevan bastante bien, así por el parentesco entre las dos existentes, suegra y nuera, como por el origen opuesto de ambas princesas, perteneciente á un pueblo desmembrador la una, mientras la otra pertenece al pueblo desmembrado. No debemos extrañarnos de qué designación para una dignidad tan alta como la subjefatura del Imperio, inmediatamente bajo la persona del emperador mismo, promueva muchas cavilosidades y al compás de las cavilosidades muchos comentarios. Para todo el mundo aparece como artículo de fe que la designación de Mourawieff, embajador en Dinamarca mucho tiempo y amigo de la dinastía danesa muy antiguo, significa un

2008 Ministerio de Cultura

triunfo de la emperatriz madre sobre la emperatriz consorte. Yo nada quiero decir. Será todo eso lo que tase un sastre, ó sea el emperador, que hará siempre su santísima voluntad.

VIII

Existen los jóvenes y los viejos rusos en Rusia. Pero no se distinguen unos de otros por su edad; se distinguen por sus ideas. Puede un verdadero niño ser viejo ruso, y joven ruso un verdadero anciano. El viejo ruso, chapado al modo antiguo, profesa ideas ortodoxas; el joven ruso, pensando siempre á la moderna, profesa ideas colectivistas. Mourawieff pertenece á los viejos rusos, muy pagados de aquella iglesia, de aquella monarquía, de aquella constitución social en que arriba campea un emperador, casi Dios, y yace abajo un pueblo casi esclavo. Y perteneciendo á los viejos rusos, no hay para qué añadir cómo aborrecerá á los inquietos occidentales, empeñados en llevar allá nuestras instituciones parlamentarias con nuestras fecundas libertades, y cómo mantendrá el fiel de la balanza entre alemanes y franceses, por igual repulsivos á un buen ortodoxo reaccionario, pues son héroes y profetas de la revolución moderna los franceses por su parte; mientras por su parte son filósofos ó Bautistas de la revolución los alemanes. Así, en tanto que se dan de calabazadas todos los periodistas del mundo para inquirir y explicar qué proceder político seguirá Mourawieff, el gran estadista recluído en su Ponto, cual Ovidio, y consagrado á escribir también sus tristezas, aunque sus poderosos favorecidos le han agraviado en su vejez y le han abierto mortal herida en su pecho, se cree tutor nato de los intereses germánicos, y asegura, por medio de su órgano, tan escuchado en el mundo, que Alemania no recibirá nunca daño, ni mengua, del canciller Mourawieff. Al ver esto, sólo se me ocurre: los franceses tienen la palabra.

2008 Ministerio de Cultura

IX

Exceso de ortodoxia en Rusia y exceso de heterodoxia en Francia, sobre todo entre los republicanos de la izquierda. Se necesita vivir con éstos para comprender cómo les desatina y de quicio les saca el recuerdo, no ya de las religiones, el recuerdo de que habita en el espíritu la idea de Dios y en el espacio la presencia de Dios. En vano los adelantos contemporáneos científicos han por siempre concluído con la generación espontánea dentro de la experimental retorta de Pasteur; en vano el profundo sabio que ha perdido estos días Alemania, Reymond, ha muerto invocando el motor divino después de haber hecho revelaciones acerca de la relación del movimiento muscular nuestro con el movimiento cósmico universal, que confirman el gobierno por una Providencia de todos los seres: la facilidad en sus negaciones de los enciclopedistas se ha pegado á sus herederos, y el nombre de Dios es callado en Francia y suprimido por muchos, como puede suprimir el devoto una blasfemia. Y, sin embargo, se les ha entrado á los franceses por las puertas del Cuerpo legislativo, nada menos que un deista de tomo y lomo, quien cree con sinceridad en el Dios más despótico de todos los proclamados por las diversas creencias, en el Dios de Mahoma, siendo digno de respeto á causa del sincero fervor que muestra en sus oraciones diarias, y de la escrupulosidad con que cumple todos los deberes impuestos por su liturgia. Vestido á la manera de Abraham; envuelto en togas y hopalandas litúrgicas más antiguas que las usadas por los hijos de Santo Domingo y San Francisco; el turbante á la cabeza y el tafilete al pie y el rosario al cinto; vibrándole á la continua los labios oraciones y despidiéndole místicos relámpagos de sus órbitas los ojos ab-

2008 Ministerio de Cultura

sorbidos en un éxtasis completo; con sus abluciones koránicas en el Sena y sus besos fervorosos á las escaleras, por lavar aquellas el cuerpo de toda mancha y conducir éstas al Paraíso, el diputado de Pontalier, médico y sabio, demuestra que pueden los materialistas, al huir del Dios de Jesucristo, caer en el dios de Mahoma.

X

Y á propósito de Mahoma: gravísimo hecho ha pasado estos días por Constantinopla, nada conocido, y que merece mucho estudio. Uno de los ministros, el joven Fuad-Bajá, ha mostrado en sus conversaciones y en sus acuerdos pertenecer á la joven Turquía, es decir, al partido liberal y reformador, cuya cabecera ocupó un tiempo Midhat-Bajá, cabecera que le costó la vida. Pues parece que ha estado á punto de costarle tan precioso don del cielo al nuevo reformador, expedido por el sultan á un desierto, donde los leones dan cuenta de los vivos y los cuervos de los muertos, en la soledad inmensa de arenales parecidos á hornos caldeados. Una influencia diplomática se ha opuesto al propósito del sultán, y el jefe de los reformistas otomanos permanecerá en las amenísimas riberas del Bósforo tracio, tan diversas del desierto árabe pétreo. Mas parece que habrá su intento de marrar, estrellado contra creencias que han encallecido el espíritu de los turcos y contra costumbres que les han dado una indeleble naturaleza. Nadie con la ciencia y con la experiencia de Midhat-Bajá. Dueño del poder; teniendo á sus espaldas Inglaterra; con un partido numeroso á sus órdenes; cuando escribía la Constitución, mi grande amistad con él, á quien conocí en uno de mis viajes, y las consultas con que tantas veces me honrara, obligáronme á decirle que no había el Turgot musulmán brotado aun, y que sus esfuerzos habrían de costar la vida, narrados so el despo-

2008 Ministerio de Cultura

tismo de un sultán endiosadísimo y la ignorancia de un pueblo esclavizado.

XI

El Centro germánico de nuestro continente ha menguado mucho por consecuencia y obra de lo que adelantara y creciera el Norte ruso en su alianza con los franceses. Habíanse visto algunos asomos de disidencia entre los factores componentes de la multiplicación alemana, protestas más ó menos tácitas de algún soberano, malhumores más ó menos patentes da alguna Cámara. Mas nunca se vió síntoma tan grave de separación como el patentizado en Moscou á causa de haber un inocente cónsul alemán recibido en sus oficinas al príncipe de Prusia y llamado comitiva imperial á un acompañamiento en que iban personajes de tan grande altura como el heredero de la corona bávara. Y al mismo tiempo que se nota esto, nótase también una grande fatiga en el ejército, y otra mayor fatiga todavía en el pueblo, necesitado de sufrir y aguantar tan enorme carga. Lo cierto es que han menudeado los escándalos militares y se han visto procesos delatores de un quebranto enormísimo en tan fuerte y complicada máquiaa. El mismo Estado Mayor general no se halla concorde y unánime al tratar las mejoras pedidas por este capital sostén del Imperio. Mientras los generales parlamentarios pugnan por concordar el código militar como el código penal, pugnan por guardar su vieja disciplina los generales cortesanos. Un día, en cierto café de una corte germánica, tropieza modesto ciudadano con soberbio capitán. Este salta como si le hubiese picado una víbora, y exige le den por un pisotón satisfacciones rendidas. El ciudadano dice que no ha querido molestar y menos ofender con golpe dado de manera indeliberada é inconsciente, y no tiene para qué ofrecer ó dar satisfacciones inútiles. Pierde la cabeza el soberbio, y sacando su espada, la

2008 Ministerio de Cultura

hunde con fuerza en las entrañas del ciudadano y lo deja muerto á sus pies. Con este motivo se arma un proceso escandaloso, y en el proceso escandaloso se observa que ha entrado un poco el ejército alemán en Capua, necesitando saludables ejercicios físicos y morales para sanarse. Algo de lo mostrado por el ejército muestra el Cuerpo de comunicaciones y el Cuerpo de diplomáticos. Aquél trastrueca ó falsea un discurso del emperador Nicolás, pronunciado en Hesse, y éste comete, por boca de su gran maestre Bismark, la imperdonable falta de divulgar secretos del Estado, que piden y necesitan una grande reserva. El joven Guillermo debe decirse á sí mismo lo que Hamlet se decía en sus continuas cavilaciones: algo hay podrido en Dinamarca. Y, sin embargo, todavía sueña con desmedidos gastos en Marina y con desmedidos engrandecimientos en colonias. Parece imposible. De las gentes boreales en la Historia, sólo aparecen marineras las que tienen muchas costas: los daneses ó los escandinavos, cuando más la familia sajona, ida en movimientos é irrupciones de antiguo á Inglaterra. Pero el alemán, propiamente dicho, es continental; hace muchas acaparaciones cismarinas, como lo muestran tantos territorios conquistados por ellos; pocas acaparaciones trasmarinas. Y sin embargo, por el sueño colonial tropezaron un día con nosotros en las Carolinas; por el engrandecimiento colonial entraron en Zanzíbar sin motivo, y salieron de Zanzíbar sin provecho; por las tenaces aspiraciones coloniales, riñeron este año con sus abuelos ilustres, los lusitanos, y le dieron dolores de cabeza injustificados á Portugal. No llama Dios á los alemanes por ese camino.

XII

Réstanos tan sólo tratar la cuestión de Oriente, un poco diluida en los párrafos anteriores. Ninguno de los problemas europeos adolece de tan tenebrosos misterios cual este pro-

2008 Ministerio de Cultura

blema pavoroso. De un lado Imperio musulmán que agoniza; de otro lado pueblos desprendidos de tal Imperio que no acaban de constituirse y de formarse. Háse agravado mucho en este año último, á consecuencia de semejante situación, el estado de Oriente. Un espectáculo industrial han ofrecido estos pueblos, que restaña muchas heridas de la guerra y abre muchas esperanzas en los horizontes de la paz universal. Se han reunido, para celebrar en las Puertas de Hierro los trabajos que destruyen aquellos rápidos, semejantes á cataratas, y encauzar el Danubio, semejante al mar, los jefes de las naciones ribereñas, presididos por su presidente natural el emperador de Austria. Y sin embargo de tal solemne reunión, en que parecía no debiera faltar nadie, faltó nada menos que todo un príncipe de Bulgaria. Y esta falta decía bien la tranformación sufrida por estos pueblos en los últimos tiempos, en el año último casi. Mientras el rey de Rumania se ha visto precisado á entrar en la triple alianza, como se lo reclama su origen alemán y el despojo que le hicieran de su Besarabia los rusos victoriosos; el príncipe Fernando de Bulgaria, hechura y protegido de Stambuloff, descuartizó á su protector como una fiera dañina; puesto en Sofía para deservir á Rusia y servir al Austria, se ha vuelto hacia Rusia; preservado por una Constitución tolerante de un cambio religioso, ha bautizado á su primogénito en los ritos de una religión repulsiva por completo á su conciencia.

Y ahora, en el proceso abierto para castigar á los asesinos de Stambuloff, la viuda del muerto, llevando las manos de la víctima separadas de su tronco y pronunciando el nombre de cada terrible descuartizador ha dicho: «Los reos no son esos; el reo es único y está más arriba.» Tales dramas únicamente prueban que la cuestión oriental se halla en un estado de indefinición semejante al del protoplasma, quien produce muchos organismos con el tiempo y el movimiento, mas no pasa de materia gelatinosa en sus comienzos y no tiene carácter orgánico alguno. Las matanzas de Armenia, los incendios de

2008 Ministerio de Cultura

Anatolia, el movimiento mal apaciguado de Creta, los combates económicos entre tantos patriarcas como se disputan las orientales Iglesias, un emperador asediado por las rebeliones como Sardanápalo por las llamas, la muerte de una religión y la caída de un califato que dominaran grande parte del mundo; Bosnia, inquieta; Servia, no bien regulada y constituída; Bulgaria, perpleja; Macedonia, casi en armas, dicen al abrirse las puertas del nuevo año, que relampaguea la guerra en todos los horizontes. ¡Dios nos asegure la santa paz y nos prospere la indispensable libertad.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Enero de 1897.

2008 Ministerio de Cultura

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

La evolución social, obra escrita en inglés por Benjamín Kidd. Publícala en castellano LA ESPAÑA MODERNA. Madrid: un vol. de 344 págs.—Su precio, siete pesetas.

El libro del Sr. Kidd, que con excelente acierto acaba de publicarse en castellano, ha sido uno de los grandes éxitos editoriales de estos últimos años en Inglaterra. La primera edición de tan interesante obra vió la luz pública en Febrero de 1894, y según indicación que va al respaldo de la portada de una de las ediciones inglesas—que tengo á la vista—el libro fué reimpreso en Abril, Mayo, Junio, dos veces en Julio, en Agosto, Septiembre y Noviembre del mismo año, y luego creo que varias veces en 1895. La obra, que yo sepa, se tradujo en francés y en español; antes de que se publicase la traducción de que ahora quiero hablar, la dió á conocer en amplio y delicado análisis el Sr. Azcárate en nuestra *Revista de Derecho y sociología*.

Se trata, pues, de un libro que no es preciso recomendar de un modo especial desde estas notas: créese recomendado de antemano por su brillante historia. Un libro de sociología, cuyas ediciones se repiten en tan breve término en un país tan culto como Inglaterra, que luego se traduce á las lenguas continentales, y que además ha dado margen á grandes estudios en las revistas inglesas y no inglesas, se recomienda, desde luego, y pide ser leído y meditado por cuantos se interesen, más ó menos platónicamente, por las cuestiones sociales.

Pero, ¿de qué trata el libro de Kidd? Su título no es demasiado expresivo, *Social evolution: le evolucion sociel* puede

2008 Ministerio de Cultura

servir de rótulo ó epígrafe á los estudios más heterogéneos de la sociología. Toda la obra sociológica de Spencer pudiera titularse de ese modo. Nada más distinto, sin embargo, por el contrario, que el libro del Sr. Kidd, comparado con los libros de Spencer. No se trata de una obra sistemática, ni de una construcción total de la ciencia social, sino de una obra oportunista, circunstancial, de alta crítica sociológica, de la situación moral, religiosa, científica y en cierto respecto económica del mundo civilizado.

El primer capítulo está consagrado, pudiéramos decir, á tomar posiciones ante el problema de la vida humana moderna: el autor describe la situación de la sociedad al finalizar el siglo XIX; es como un balance del activo y del pasivo de una etapa que termina, y que es preciso conocer bien, para ver qué conviene hacer en la nueva etapa que comienza. Kidd atiende, sobre todo, á las condiciones particularísimas en que la nueva etapa encuentra el problema religioso: es de los que perciben y notan y aplauden el renacimiento de las ideas simpáticas al sentimiento religioso de la humanidad, no como adhesión á los dogmas, sino como tendencia ó disposición favorable á la religiosidad en su más amplio sentido, y como consecuencia de la alta función utilitaria que están llamadas á desempeñar las creencias. En el capítulo segundo estudia el autor las condiciones del progreso humano, fijándose, principalmente, en el elemento de la lucha, que conceptúa fatalmente como ley de vida, á través de las formas más violentas ó más disimuladas; en el capítulo siguiente procura poner de relieve la antítesis que existe entre los dictados de la razón y las condiciones impuestas por el progreso: la doctrina evolucionista, en opinión del autor, ha logrado sentar como verdad este antítesis: el principio fundamental del desarrollo social es que, en dicho desarrollo, los intereses del individuo y los del organismo social á que pertenece no son idénticos. La razón dirá siempre al individuo que para él sólo son de importancia el tiempo presente y sus propios intereses, y entre

2008 Ministerio de Cultura

tanto, las fuerzas que trabajan para nuestro progreso tienen, ante todo, en cuenta, no los intereses del industrial, sino los harto diferentes del organismo social, sujeto á sus condiciones y poseedor de una vida muchísimo más larga.

En el capítulo siguiente (cuarto), considerándose el autor en posesión de los datos del problema social, pasa á estudiarlo y á indicar la terminación de su solución circunstancial. La cuestión más grave está, sin duda, en explicar cómo, á pesar de la antítesis de intereses, antes indicada, se producen las grandes síntesis de la sumisión del interés individual, egoista, á las corrientes de la general y de la colectiva. Aquí es donde el autor encuentra el gran influjo de las religiones, y por eso, en el capítulo quinto, pasa á estudiar el papel de la creencia religiosa en la evolución de las sociedades, refiriéndose después, en los capítulos sexto y séptimo, á las condiciones del problema en la civilización occidental, al carácter y valor del socialismo moderno, etc., etc.

Leyendo el libro de Kidd con cuidado, se comprende su gran éxito en Inglaterra. Es un libro oportunísimo: trata las cuestiones más altas de la filosofía social, desde puntos de vista que excitan el interés inmediato de las gentes que en los países cultos se ocupan en el estudio y solución de los grandes problemas del mundo moral, bajo su aspecto práctico. Además, aun cuando el lector no comulgue con las opiniones del autor, están estas expuestas de un modo atractivo y simpático y sugestivo en extremo. Por último, no habrá contribuído poco al éxito de la obra, lo original de muchas de sus ideas, como dice el Sr. Azcárate: «el consorcio, que tan extraño ha parecido á muchos, del cristianismo con la doctrina evolucionista; el sentido individualista, revelado en la proclamación de la competencia como expresión de la ley de la lucha por la existencia, compaginado con el criterio socialista con que examina el estado actual de la sociedad, la fe en las doctrinas de la democracia, etc., etc.»

ADOLFO POSADA.

2008 Ministerio de Cultura

OBRAS NUEVAS

Acevedo y Huelves (B.)—Legislación del impuesto de derechos reales y transmisión de bienes. En 4.°, LVI-183 págs.: 3 pesetas.

Aguilar Martinez (F. de B.)—Apuntes de hidrología médica general. *Tomo II y último*. En 4.°, 2 hojas 471 págs.: 12 pesetas.

Algara y Cervantes (J.)—Los descendientes de Miguel de Cervantes Saavedra. Apuntes genealógicos. En 8.°, 61 págs.

Anguelú (P.)—Guía para aprender con facilidad y perfección los verbos franceses más usuales. En 4.°, 284 págs.: 3 pesetas.

Anuario Barreiro. *Año I.* 1896. Enciclopedia agrícola, ganadería, industrial, comercial y estadística de la República del Uruguay. En 8.°, VIII-480 págs.: 4 pesetas.

Aza (V.)—Bagatelas; poesías. En 8.° prolongado, 181 págs.: 2 pesetas.

Balart (F.)—Horizontes; poesías. En 8.°, 207 págs.: 3 pesetas.

Barrantes (P.)—Tierra y cielo; poesías. En 8.°, 223 págs.: 3 pesetas.

Bhagavad-gita ó poema sagrado. Episodio del mahabharata, ó sea el venerable poema sagrado, la ciencia del ser supremo, el libro de la devoción, coloquio entre el venerable Krixna y Arjuna, traducido del sánskrito, por José Alemany Bolufer. En 8.°, XXXIII-186 págs.: 3 pesetas.

Blanco Constans (F.)—Estudios elementales de derecho mercantil. *2 tomos*. En 4.°: 14 pesetas.

Blasco Ibáñez (V.)—Cuentos valencianos. En 8.° 248 págs.: 1,50 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Diciembre de 1896*. Cada cuaderno 1,25 pesetas.

Cabezón (E.)—Coplas alegres. En 8.°, 237 págs.: 2 pesetas.

Cases (C. de las).—Memorial de Santa Elena. *4 tomos*. En 8.°: 18 pesetas.

Castel del Valle (O.)—Circular amorosa; juguete cómico. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818), colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo X. Valdivia y sus*

2008 Ministerio de Cultura

compañeros. III. Santiago de Chile. Impr. Elzeviriana. 1896. En 4.° mayor, 494 págs.: 15 pesetas.

Corrales (V.)—Conversaciones familiares en castellano y latín. En 4.°, 336 págs. á dos columas: 6 pesetas.

Corzo (A.)—Hojas de Otoño, colección de artículos. En 8.°, XIX-421 páginas: 10 pesetas.

Dalmau Carles (J.)—Aritmética razonada y nociones de álgebra. *Libro del alumno.* En 4.°, 510 páginas: 6 pesetas.

Dessault (M.)—Tratado práctico de corte y hechura de trajes para hombres y niños. En 8.°, XI-589 páginas: 6 pesetas.

Diablo Cojuelo (El).—Pompas y honores. En 8.°, 51 págs.: 1 peseta.

Díaz Carmona (F.)—Elementos de historia de España. En 4.°: 17 pesetas.

Dicenta (J.)—El señor feudal; drama en tres actos. En 8.°, 79 páginas: 2 pesetas.

Reglamento para la provisión de escuelas públicas. En 4.°, 24 páginas: 0,50 peseta.

Foz (B.)—Vida de Pedro Saputo, natural de Almudévar, hijo de mujer, ojos de vista clara y padre de la agudeza, por D. Braulio Foz. *Segunda edición.* En 8.°, 368 págs.: 2,50 pesetas.

García Bruna (A.)—Guia del pasajero en vía marítima. En folio, 20 páginas: 1,50 pesetas.

García Montalbán (A.)—Historia de una sortija, contada por ella misma. En 16.°, 66 págs.: 0,50 pta.

Granda (L. G. de).—Cartilla militar, para uso de cabos, sargentos y oficiales en campaña. En 8.°, 90 páginas: 1 peseta.

Guichot y Sierra (A.)—La montaña de los ángeles; monografía histórico-crítica. En 4.°, 250 páginas: 2 pesetas.

Gutiérrez (F. de A.)—Anuario postal y telegráfico para 1897. En 4.°, 192 págs.: 2 pesetas.

Heras (D. de las) y Bel (F.)—Vis á vis; juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. En 8.°, 95 páginas: 1 peseta.

López Silva (J.) y Fernández Shaw (C.)—Las bravías; sainete lírico. En 8.°, 56 págs.: 1 peseta.

López-Valdemoro (J.)—La niña Araceli (historia que parece cuento). En 12.°, 190 págs.: 0,50 peseta.

Mestres Gómez (J.)—Unidades eléctricas; su fundamento y empleo. En 8.°, 80 págs.: 1,50 pesetas.

Moraleda y Esteban (J.)—Mis viajes. *Segunda parte.* España, Francia, Italia y Suiza. En 12.°, 203 páginas: 1,50 pesetas.

Muñiz y Más (A.)—Maruja Carmela; parodia de «María del Carmen». En 8.°, 32 págs.: 1 peseta.

Nieto Serrano (M.)—Historia crítica de los sistemas filosóficos. *Tomo I.* En 8.° mayor, VI-366 páginas: 3,50 pesetas.

Nogués (E. J. M.) y Martorell y Rovira de Casellas (L.)—Quiebras y suspensiones de pagos. Comentarios al libro IV del Código de Comercio. En 4.°, VI-297, 605 páginas: 20 pesetas.

Olivart (M. de).—Colección de los tratados, convenios y documentos internacionales celebrados por nuestros Gobiernos con los Estados extranjeros desde el reinado de Doña Isabel II hasta nuestros días. (1875-79.) (Volumen séptimo de la colección completa.) En 4.° mayor, 482 páginas: 15 ptas.

2008 Ministerio de Cultura

Padrón Ruíz (J. M.)—Málaga en nuestros días. En 8.°, xv-420 páginas: 3 pesetas.

Parellada (P.)—Las olivas; cuento en un acto y dos cuadros. En 8.°, 28 págs.: 1 peseta.

Pérez Pujol (E.)—Historia de las instituciones sociales de la España goda. 4 tomos. En 4.°: 35 ptas.

Puente y Ubeda (C.)—Meteorología pupular ó refranero meteorológico de la Península ibérica. *I. Climatología.* En 8.° mayor, 4 hojas, 279 páginas: 3 pesetas.

Reyles (C.)—Academias. Primitivo. Montevideo. Imprenta de Dornelache y Reyes. S. a. (1896.) En 8.°, 54 páginas: 1 peseta.

Ribera (J.)—Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana. *Segunda edición.* En 12.°, 67 páginas: 1 peseta.

Rigualt y Soler (T. de A.)—Compendio de Religión y moral. En 8.°, 136 págs.: 1 peseta.

Rioja (A.)—En la Manigua. El Guao. Ceja del Negro y Guayabito en Vuelta Abajo. Sitio de Cascorro en el Camagüey. Habana. Imprenta «La Universal». En 8.°, 32 páginas: 0,50 pesetas.

Rodríguez Arias y Boada (E.)—El sueño de un colegial; monólogo en verso. En 8.°, 18 págs.: 1 peseta.

Rodríguez García (J. A.)—Enseñanza gradual de la lengua castellana. Principios de Gramática. Habana. Imprenta de Bernabeu y Compañía. En 8.°, 224 páginas: 2 pesetas.

Romea (J.)—El padrino de «El Nene»; sainete lírico. En 8.°, 49 páginas: 1 peseta.

Ruiz de Alarcón (J.)—La verdad sospechosa; comedia refundida y arreglada por Rafael María Liern. En 8.°, 87 páginas: 2 pesetas.

Silvela (F.) y Liniers (S. de).—Discursos leídos ante la Real Academia Española, en la sesión pública celebrada el día 20 de Diciembre de 1896, para la repartición de premios y socorros de la Fundación de San Gaspar. En 4.° mayor, 29 páginas.

Stricker (S.)—Fisiología del derecho. En 8.°, 222 páginas: 2 ptas.

Tolosa Latour (M.)—La noche buena de un médico. Niñerías. *Nueva edición* aumentada. En 8.°, XII-320 páginas: 3,50 pesetas.

Tomasich (E.)—Media docena de cuentos. En 12.°, 145 págs: 1 peseta.

Torre-Isunza (R.)—Filosofía cristiana. *Tomo I. Prolegómenos.* En 8.°, xv-383 págs.: 4 pesetas.

Torres Zamorano (F.)—Manual de legislación de montes. En 4.°, 279 págs.: 3 pesetas.

Tribunal de lo Contencioso.—Repertorio alfabético por materias de todas las sentencias y autos dictados por el Tribunal de lo Contencioso-administrativo, desde su creación hasta el 15 de Julio de 1896. En 4.°, 659-LXXIII páginas: 12 pesetas.

Vidal y Blanca (J.) y Lorente y Valcárcel (C.)—Justicia de Marina. Leyes de organización y atribuciones de los tribunales y de enjuiciamiento militar de Marina y Código penal de la Marina de guerra. En 4.°, 1012 págs.: 11 pesetas,

Zorrilla de San Martín (J.)—Resonancias del camino. En 8.°, 364 páginas: 4 pesetas.

2008 Ministerio de Cultura

INDICE

	Págs.
El saludo de las brujas, por Emilia Pardo Bazán.....	5
Cartas de tierras lejanas: Aden, por Rafael Farias..... ..	22
Nueva biografía del Abate Marchena, por M. Menéndez y Pelayo..	36
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo.....	92
Los impuestos y la Hacienda en España desde Felipe III á Carlos II, por Bonnal de Ganges.....	113
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero.....	135
La prensa internacional.—La Venus de Ille, por Próspero Merimée.....	149
Crónica internacional, por Emilio Castelar..	182
Notas bibliográficas, por A. Posada.....	202
Obras nuevas.....	205

2008 Ministerio de Cultura